

POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

VI. DE PAMPLONA A LA AEZCOA



Prólogo de Francisco Indurain

POR Víctor Manuel Arbeloa
NAVARRA

DE PAMPLONA A LA AEZCOA

VI

Prólogo
Francisco Induráin

POR NAVARRA

Algunos de estos artículos fueron publicados en DIARIO DE NAVARRA.

Impreso en I.G. Castuera, S.A. - San Bla, 4 - Burlada
I.S.B.N. 84-404-5727-8
D.L. NA 1480 - 1989

PROLOGO

«Para conocer una patria, un pueblo, no basta conocer su alma —lo que llamamos su alma— lo que dicen y hacen sus hombres; es menester también conocer su cuerpo, su suelo, su tierra».

A estas palabras de Unamuno añadiría yo, después de haberme leído los tomos de Víctor Manuel Arbeloa, POR NAVARRA, que es preciso, además, conocer su historia, la remota y la que ha venido sedimentándose en las generaciones recientes y actuales. El Viejo Reino mantiene un sentido tradicional de su entidad con varias interpretaciones desde donde van surgiendo proyectos de ser y de realizarse. Ahora tenemos uno de esos libros en que se recogen andaduras, visión y comentario, donde la letra compite con la pintura o se la ha incorporado, cuando no se ha valido también de la música como fondo insonoro, sugerido. Las experiencias del viajero le sugieren un caudal de reacciones y comentarios que resultan no sólo traslado de lo contemplado, sino, también, retrato del contemplador. Andar, ver y narrar, acudir a la poesía cuando ya la prosa resulta incapaz de expresar lo que se nos quiere transmitir, he ahí la textura de este nuevo tomo que debemos a la navarritud de Arbeloa (No digo «navarrismo», que me suena con sentido menos ancho y esencial, algo como marcado por secta o partido: en «navarritud» aspiro a incluir todo lo más peculiar de lo nuestro).

Navarra ha tenido escritores que han trasladado a letra sus pasos por la tierra, gracias a los cuales hemos adquirido nueva visión del entorno, algo más entrañable, antes inadvertido: recuerdo un breve relato de mi inolvidable amigo, José M.^a Iribarren, «Tarde de domingo en Aoiz», en mi villa natal, que tan adentro llevo: el texto me descubrió algo, insospechado antes y me predispuso a rehacer memorias y recuerdos, enriquecidos desde esa lectu-

ra. En cada visión hay tanto de receptivo como de comunicante, en relación siempre con el que contempla.

Ahora el narrador-poeta, Víctor Manuel Arbeloa, navarro por todos los costados es amigo intermitente, no en afecto y estima, sino en presencia y trato, dado que sus cargos públicos de rango nacional y europeo me lo han distanciado, no en el recuerdo apoyado, tantas veces, en su literatura gracias a la cual uno iba remediando la dilatada ausencia de lugares que habían sido escena de su ya remota infancia y mocedad. Porque, ¿hay algo más hondo y entrañado en la persona que las primeras vividuras, antes de haber encontrado todavía marca duradera en palabras? En inglés se dijo que el niño es el padre del hombre, y no apelo a la autoridad del testimonio inglés, pues se trata de algo bien sabido y quizá más experimentado que descrito. Pero no debo hablar de mí, salvo por lo que pueda valer como algo compartido y consabido.

Nuestro escritor, ahora, no evoca pasos infantiles ni de juventud salvo ocasionalmente, pues recorre en granada madurez nuestras tierras, con mirada actual y proyección histórica oportuna literaturizadas en el arte por la palabra en que tan seguro se nos había ya hace tiempo expresado. Sobriedad, precisión y una copiosa riqueza de vocabulario que impresiona, especialmente cuando de nombres de la vegetación se trata, o de caracteres y accidentes del terrazgo. Parece como si al poeta se le hubiera incorporado el botánico o el geólogo, remediando así la parquedad del léxico campesino y aun ciudadano, que resume en generalidades la incitante variedad de la naturaleza. Si a esto añadimos actualidad social y tipismo de carácter en las gentes, todavía nos queda la noticia de restos que el pasado nos ha legado en arte, más el trasfondo de una historia evocada en el escenario correspondiente. De aquí que estos libros proveen tanto de instrucción como de gozosa lectura, sin estrechez localista, pues la perspectiva humana de Arbeloa, resulta de aplicación que alcanza y vale a todos.

El amor a su tierra, la nuestra, se hace compartible sin proclama ni elogio a ultranza. La experiencia de ver supone inevitablemente una proyección del contemplador, incluso desde intenciones y propósitos diferentes, porque aun la mirada casual y somera es resultado de alguna de las facetas que pone en juego el que mira, por donde viene a condicionar el objeto en algún modo. A más rica personalidad, más fecundas visiones de lo contemplado. Arbeloa

PROLOGO

nos viene dando una visión de nuestra Navarra que resulta incrementada al contemplarla desde la altura de una vida cuajada de realizaciones, de noticias y cultura que desbordan el ámbito regional y lo instalan a cotejo del mayor empeño. Nos vale así para superar la tópica complacencia colectiva, aplicada individualmente: trasvase de valores no siempre ingenuo. La lúcida mente y estricto sentido moral de nuestro paisano sabe muy bien poner linde a complacencias hueras y aplica oportuno correctivos necesarios.

En suma, Arbeloa nos ha ganado al cumplir con el viejo, y tan vigente, precepto horaciano: enseñar deleitando. Merece, pues, nuestra gratitud. Sin jugar del vocablo, **POR NAVARRA**, como determinación de recorridos, puede compartir otro significado ambivalente: ¡**POR NAVARRA!**, en ofrenda entusiasta.

Francisco Induráin

FUEGOS SOBRE LA CIUDADELA

Yo que no voy a las corridas de toros tengo mucho tiempo libre e incitante para correr la tarde sanferminera, mirarle a los ojos, oler su perfume, cogerle a veces la mano y dar con ella, si se terciá, unos pasos lentos o rápidos, según.

Acaba de cerrar por fin la noche, una noche que nos libera de la pegajosa y hasta preguntada tarde de este julio roso.

Es la hora inmensa de la cena, de la mítica *manduca navarra*, donde nadie es forzado a mascar despacio, beber poco y limpiarse a menudo; donde reina e impera el poderío de las ollas, de los zaques y de las frutas de sartén; donde cocineras y cocineros, servidoras y servidores, que pueden ser todos, van y vienen «todos limpios, todos diligentes y todos contentos», que no hay más que desear.

Pero antes de que comience este sonoro festín, hay una pausa fina, casi lírica, semiceleste. Son los fuegos artificiales, que quema cada día una acreditada casa pirotécnica, tecnológicamente en punta, sobre el baluarte impertérrito de Santa María en la Ciudadela.

Yo los veo a veces desde mi casa, que da a la Vuelta del Castillo.

Entre los álamos, los plátanos y los castaños que adornan los glacis, en lo que durante el año es era y jardín, campo de fútbol, pista de corredores y recreo de paseantes, se colocan chicos y grandes, cuadrillas alborotadoras o parejas holicantes, toda una turba alegre y regocijada.



Un cuarto de hora dura la dicha, iniciada por un cohete vertical, seco y aturdido, que abre el espacio a la luz y los ánimos a la sorpresa y al embobamiento.

¡Quién iba a decir de esta sufrida Ciudadela, levantada para sustituir al castillo armado por Fernando el Católico, que acabaría siendo un lugar de regocijo y, algunas noches, de fuegos, pero de fuegos artificiales!

Ascienden las primeras bengalas, y luego las primeras guirnaldas, y poco después las primeras palmeras —verdes, rojas, amarillas y violetas—, con silbos amorosos y rumores suaves de fiesta galante. A su luz nocherniega veo al ingeniero italiano Giacomo Palearo (el capitán Fratrín) y al maestre Vespasiano Gonzaga, virrey de Navarra, autores principales de este pentágono regular, de cinco bastiones, «la más insigne fábrica fortificada del mundo», semejante a las de Amberes, Courtrai o Estrasburgo, inaugurada un día como hoy, 11 de julio de 1571.

Como si los fuegos fueran la bóveda mágica de una función de «Luz y Sonido» —¿a qué aguarda el Ayuntamiento de Pamplona?—, veo al rey Felipe II, ya anciano y gotoso, acompañado de su hijo y heredero y de la infanta doña Isabel, visitando este «lindísimo castillo» en noviembre de 1592, antes de asistir al juramento de Felipe III en la catedral. Cañones, cañoncillos, culebrinas, sacres y falconetes, en buena parte botín luterano de la batalla de Mühlberg, hacen 60 salvas de pólvora en honor del rey emperador y le rinden armas 3.000 hombres, 1.000 de ellos con lanzas y el resto con los más lustrosos arcabuces del imperio.

¡Cómo rutilan los orgullosos arneses del mejor ejército del mundo bajo los artísticos fuegos sanfermineros!

El gentío, plural y anónimo, que contempla la fiesta de colores desde los glacis, desde la calle —los coches están parados— o desde

las ventanas, aplaude y jalea cuando el juego de los fuegos coloridos ha sido, a todas luces, cabal. Se disparan ahora hacia el cielo unas fuentes disueltas en cascadas, unas flores que luego se deshojan en pétalos, unas estrellas fugaces...

¡Holgáranse harto de verlas desde una ranura de su prisión, los partidarios del Archiduque: el marqués de Leganés, el conde de Requena, o el duque de Medinaceli, que aquí falleció, o, más tarde, el ex ministro Floridablanca, o el poeta liberal Manuel José Quintana, y tantos más, con menos rango y más peligro de muerte!

Pasan luego, bajo abanicos, sombrillas y arcos triunfantes de fulgor, los soldados franceses del general D'Armagnac. Es el 17 de febrero de 1808 y hay mucha nieve en el patio de armas. Vienen hoy a recoger las habituales raciones de pan los cazadores más ágiles y resueltos, con las armas ocultas bajo los capotes. Se ponen a jugar, fingiendo pueril recreo, lanzándose bolas de nieve para distraer la atención de la guardia, mientras otros, parados en el puente levadizo, impiden que el rastrillo pueda levantarse. Se apoderan pronto de los fusiles, y acuden a todo correr los granaderos franceses concentrados en el palacio de Vesolla y la tropa alojada en el cercano cuartel de San Martín. La Ciudadela ya es francesa.

El espacio se relampaguea ahora de crespas de luz, de gusanos de luz, de varas de luz. Después, se rompe un cohete segurísimo en un estruendo semi sideral.

Y así terminan mis historias, el tablero de los fuegos, el solaz y el contento de todos.

¿No son las fiestas de San Fermín como estos fuegos artificiales?

¿Y no es acaso la vida una breve traca de fuegos, menos bonitos a veces?

HACIA EL CASERIO LEGENDARIO DE AMOCAIN

Está estos últimos días el sol de muy levantado humor, y por las noches la luna creciente y replataada anuncia un sol cada vez más crecido.

Es el primer día de los postsanfermines; así que, imitando a la mayoritaria ciudadanía pamplonesa, nos echamos al campo muy de mañanica para que los calores nos cojan sólo a la vuelta.

No están las cosas como para andar mucho, después de haber andado tanto. Pasado el triángulo de Egüés-Elcano-Ibiricu, y no sin hacer una venia de admiración al Malkaiz y al Urri, nos metemos hacia Echálaz y Elía, camino del viejo caserío de Amocáin.

Entramos de buen pie por el pequeño valle excavado en las margas grisazulencas, recubiertas por los depósitos de los glaciares que descienden de los escarpes de ambos lados.

Pronto nos sale al paso Echálaz, señorío de no sé quién. La carretera se cierra de pronto en sombra verde. Y de pronto nos oscurece y nos fascina una fronda de cedros azules, de pinos, abetos, serbales, arces, olmos escalados por hiedras... y se nos aparece, como una visión en medio del bosque, el palacio del siglo XVI, que lleva colgado un escudo moderno de estilo barroco.

—Para un poco.

—No se puede. Está prohibido.

En una pequeña jaula hay un perro negro. Seguimos un poco más adelante, donde termina la espesura boscosa y arquitectónica, y donde está aparcado un coche rojo.

—Aquí tampoco se puede.

Un perro albazano deambula por aquí.

—Vámonos a Elía.

Elía está atravesado por la regata Mendi, y protegido por la iglesia de la Asunción, alta como su Patrona, y desparramado en unas pocas casas, largas, con la piedra sacada y lucida, una con clave gótica y otra con ajimez partido. Las II casas de mediados de siglo pasado se han convertido en éstas, mucho mejores que aquéllas, y sin llegar, ni de lejos, a los 65 habitantes de entonces. Queda todavía una chimenea de ésas que llamamos pirenaicas. Canta el agua y hay muchos tiestos con flores.

Subimos a la iglesia, románica de finales del siglo XII, pero tan reparada y restaurada que nadie lo diría. El pórtico tiene cubierta de madera de roble y delante un atrio exterior con acacias y nogales. En el cementerio, situado en un extremo del atrio-era, crecen también acacias.

El párroco, viejo comilitón, que me obliga con muchas y comedidas razones a ser muy discreto, nos muestra despacio la casa parroquial, recién restaurada y amueblada, y el interior del templo que se agrieta peligrosamente.

Aunque nuevo en la plaza, anda preocupado, y con razón, en rehacer la iglesita, pero dejando quieto ese púlpito y su tornavoz, de madera, tan monos; la pila de 1796, que está ahora en el trastero; y las dos «fuesas» con sus tres velas cada una, que todavía funcionan debajo del coro. Presidirá el retablo esa Virgen rococó tan nerviosa y tendrá un sitio de honor esa esplendorosa cruz parroquial del siglo XVI.

Trepamos por la maciza escalera de caracol y el cura da el primer toque de la misa dominical con las campanas fundidas en

1884, «siendo párroco don Fermín Erro Goñi». Con las dos cuerdas en las manos, primero una, luego la otra, y después las dos.

¿Recuerda el lector aquel toque de campanas en la película *Tristana*, de Buñuel?

Al final le ayudamos a voltear una de ellas, cogiéndola por el cabezal.

Debajo de las campanas hay un cercano tejadillo, que quita el miedo, y en él crece, robusto, un gordolobo, con su mazorca florida de cáliz pentalobulado y corola amarilla.

En el campanario se pudre el candelabro de las velas que se usaba en las antiguas funciones del Jueves Santo. No hay rastros de lechuzas ni de mochuelos. Sólo unas viejas botellas de cerveza.

—No lo ha hecho del todo mal —le dice al párroco un vecino cuando llegamos al atrio.

—Pero no tan bien como el titular, ¿verdad?

—Todavía no.

Con este buen vecino y parroquiano, propietario de *Gure Etxe-txo*, levantada hace diez años, y con el señor Julián recorreremos el pueblo. Este señor Julián nació en Elcoaz y se casó en Amocáin, donde vivió once años y le nació el primer hijo.

El pueblo está lleno de nogales y alrededor del regato se enfila un choperal lombardo tan alto y verdeante que no hay más que ver. Al choperal se le añaden acá y allá fresnos y cerezos y lo rodean huertecillos abajo y trigales maduros arriba.

Se ha achicado el esplendor floral de junio tras estos abrasados calores, pero aún nos alegran los caminos correhuelas, achicorias silvestres, escabiosas, consueñas menores, galios, oréganos... y nos perfuman las cimas de flores blancas y tetrasépalas de las clemátides.

Amocáin se asoma descaradamente sobre un cerro, en el centro del circo que hacen los montes a uno y otro lado del valle. Desde

«las peñas de detrás de la iglesia» hasta Lacarri o Mendi la altura no pasa de los ochocientos metros, salvo al Este, en la peña Belogáin.

«Ojo, abejas», dice un letrero sobre la valla de un huerto. Los panales se alistan en un breve talud. A uno le vienen aquellos versos de la fábula:

*A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron...*

A la izquierda del arroyo corren algunos coches hacia el final del circo de montañas. ¿A dónde irán a estas horas? «Poca caza y ninguna pesca» dice, hablando de estos campos, el enciclopédico Madoz.

Salvamos dos alambradas y tomamos el camino pedregoso que sigue a la derecha. A campo traviesa llegamos a un soto de fresnos, que enseñan sus sámaras frescas. Hay también hierba abundante, algunos cerezos y robles, algunas junqueras.

Dos arroyos pequeños y mansos hacen apacible el lugar y como encantado. Sobre el rincón del tamaral crecen los pinos en las laderas de los montes, salpicados de robles, arces y fresnos en las riberas de las rozas que de ellos descienden.

Nos persigue el sol con su redoma de fuego mientras subimos el recuesto, pero pronto alcanzamos la humilde cima de Amocáin. La casona, habitada hasta hace poco, como acabamos de oír, está en parte derruida y la parte que aún se tiene en pie hace de establo de vacas.

Se asoma una, berrenda, a la puerta, pero de ahí no pasa.

—¿A dónde vas?

—¡A ver si van a ser bravas!

Buena portada con dovelas. Junto a la casa, la ermita de la Aparición de San Miguel, que era la iglesia del lugarcejo, tiene enhiestas aún la espadaña y las paredes maestras, ya sin cubrir; dentro se revuelve un zarzal.

Varios duques de Aquitania –que se incorporó a la Corona francesa en 1453– peregrinaron a Santiago de Compostela. Una buena leyenda, levantada sobre datos históricos, cuenta que la princesa aquitana Felicia visitó también la tumba del Apóstol. Arrebatada de fervor, decidió no volver a su palacio, olvidar su regalada vida y alabar al Señor en silencio. Y mira por dónde se quedó a servir en Amocáin. Nadie sabe por qué ni por medio de qué extraños caminos. Pero la noticia llegó a la corte de Aquitania. Y Guillén o Guillermo –nombre clásico en la dinastía–, hermano de Felicia, vino hasta aquí decidido a rescatarla por todos los medios. La penitente debió de resistírsele y Guillermo, en un acceso de cólera, la dejó muerta.

Las gentes de Amocáin, horrorizadas, lo arrojaron, para hacer penitencia, al Camino de Compostela, de donde volvió para retirarse al santuario de Arnotegui, junto a Obanos, en el que acabó sus días.

Nos recordaba todo esto, hace años, la estampa segunda del «Misterio de Obanos», obra de Santos Beguiristáin y Manuel Iribarren, en el festival veraniego del mismo nombre, desgraciadamente desaparecido.

Olmos muertos o terminando de morir, zarzales, agavanzos, bojes, yedras... rodean piadosamente las ruinas. El pinar domina los montes que nos separan del próximo valle de Arriasgoiti.

Desde la era del antiguo poblado vemos en el recodo de la derecha, paralelo al fresnedal, unos chiringuitos o «cabañas», rodeados de algunos árboles, algunos huertecillos y algunos coches.

–Mira a dónde venían los que vimos.

Después de levantarle la falda a la mañana, volvemos por la pista y luego por un pequeño atajo hasta la fresneda, donde, de nuevo, nos ponemos a la altura de la naturaleza y aún la superamos.

Vamos más despacio. Dos alondras se nos disparan hacia el cielo. Cuando salvamos la segunda valla ganadera, aciertan a pasar

por allí tres damas honestas, dos más discretas y recatadas, con sus trajes de baño completos, y otra más desenvuelta en su bikini verde, las tres delicadas como hechas de alfeñique, que nos miran con resbaladizas y oleosas miradas.

–Buenos días.

–Buenos días.

–¿Van a pasar luego?

Dudan y una se decide:

–No, que igual no volvemos por aquí.

Ponemos, pues, la valla como estaba y continuamos.

En el pueblo algunas mujeres andan de acá para allá, afanosas. Un hombrón barbotea no sé qué palabrotas mientras se mete malhumorado en un coche. Un fuerte portazo y sale zumbando.

Dos picarazas alborotan en el choperal.

Cuando recorriamos el pueblo, quien puede decírnoslo nos ha dicho hablando de Echálaz:

–Ahora están los señores y no se puede visitar.

–¿Pero por fuera lo podemos ver?

–Hombre, por fuera, hagan lo que quieran.

Intentamos pararnos de nuevo en Echálaz, esta vez cerca del camino que sube a la iglesia de San Martín, pero vemos otra señal de prohibición. Un coche que viene por detrás nos ve titubear y nos pita desalentadamente.

–Al cuerno. Tira, sigue.

Los campos de la Cuenca están resecos. Es la hora de la siega y de la trilla. Hoy día, de las cosechadoras.

*Campillo amarillento
como toSCO sayal de campesina.*

habría escrito Don Antonio.

A EUROPA VAN LOS CAMINOS

A Europa van los caminos
que antes llevaban a Roma,
la capital del imperio
que hoy día se llama Europa.

A Europa van los caminos
en busca de meta y norma.
Son los caminos que vienen
de batallas y derrotas,
buscando la paz perpetua
que desde siglos añoran.

Caminos de muchas gentes
que van, vienen, sufren, gozan,
rompen fronteras y límites...
Que Europa es nación redonda.

Gentes que suben y bajan,
entran, salen, venden, compran...
Que toda Europa es mercado,
plaza bien puesta y sabrosa,
pero también es taller
de trabajo y de concordia,
y catedral, y posada,

y universidad nerviosa,
y recio yunque de ensayos
donde el futuro se forja.

Los caminos se entrecruzan,
se reparten, se interrogan,
se deshacen, se rehacen,
se dejan y se retoman.
La andadura es siempre nueva,
la meta siempre remota.

Europa es el gran quehacer,
que cada día desborda
las bardas de nuestros pueblos
y más allá nos convoca.

Los caminos europeos
nos llevan lejos de Europa,
como un día nos llevaron
otras aventuras locas.

Esta vez es la aventura
de la paz, que nos arroja
hacia todos los países
que el hambre o la guerra acosan;
a la rosa de los vientos
donde florece la rosa.

* * *

A Europa van los caminos,
los caminos de la historia.
Tras ellos nos vamos todos.
Viento de futuro sopla.

Estella, junio 1989

SAGASETA Y ALZUZA UN DÍA DE TORMENTA

La tarde de julio se está poniendo moracha y temblona.

Llegamos a Elcano, seguimos hasta Sagaseta. El vallejo es parecido al de Elía, drenado también por un regacho entre arboledas, que baja de más arriba que Egulbati.

Cuando el otro día hablamos de llegarnos hasta ese caserío, alguien nos sentenció, grave:

—No se lo recomiendo.

Y otro nos contó que a un hijo suyo, que llegó allá por el monte, le amenazaron con un hacha.

—¿Qué me dice usted?

Subimos a la iglesita de Sagaseta emplazada en un atillo que domina el pueblo. Está rodeada de acacias y de robles, y el cementerio, como en Elía, se esconde a su vera. Crecen en él caléndulas, rosas, crisantemos, gladiolos, y sobre todo grandes margaritas.

La iglesia, de principios del siglo XIII, tiene un pórtico adintelado de madera y una puerta de arco de medio punto abocinada, con la torre a los pies en el primer tramo de la nave. Bajo el pórtico, unos geranios y dos sillas de madera y esparto. En la antigua casa

parroquial adjunta se han rasgado unos grandes ventanales. Tocamos el timbre. Nadie responde. Nos sentamos en las sillas y vemos amurriarse y apesadumbrarse la tarde. Pasan rápidas unas nubes blancas y grises.

Y en esto que sube una señora mayor, de pelo gris y mirada un poco perdida, que viene a dar una vuelta a las flores del camposanto.

Le preguntamos quién vive ahora en la casa parroquial

—Una pareja.

—Vaya.

Baja a pedir la llave de la iglesia «a la Inés».

Si el templo está restaurado recientemente, el retablo acaba de serlo este mismo año. De los últimos tiempos del Renacimiento, con influencias italianas, nos gusta sobre todo la imagen de la Patrona Santa Engracia y la Virgen del Rosario, que es una donosura. La señora que nos acompaña y guía, todo cortesía y amabilidad, quiere llevarnos a la torre pero nosotros nos entretemos mirando las ménsulas del coro alto, amarillentas ya, talladas con curiosas figuras de animalejos, con varios objetos entre dientes y zarpas.

Desde el atrio vemos el tejerío, viejo y nuevo, del pueblo a los pies.

—¿Cuántas casas habitadas hay ahora?

—Cuatro. Algunos vienen sólo en verano.

Tuvo el lugar 10 casas en sus buenos tiempos y en la triste historia —triste, como todas— de sus pechas aparece la princesa navarra Doña Leonor. A la derecha del caserío vemos un cedro y un ciprés.

—¿Y esa torre palomar?

—Es de «la Basilia», que tiene palomas.

Algo es algo.

Huertos, árboles, flores. Y una villa ostentosa, con cercado y todo, en medio del casco.

—¿Quieren ustedes verla?

—No, que no tenemos tiempo.

Pero la señora, que todo lo cuenta, les dice a un corrillo de hombres que queremos ir a Egulbati.

—No se puede —dice uno de ellos—. Hay una cadena.

Y la señora termina confesándonos, que a ella también, que pasó la cadena con un perro, quisieron denunciarla un día.

—Está visto que no se puede ir a Egulbati.

El cielo se ha puesto amarotado en unos sitios, barroso en otros, peligrosamente blanquecino sobre el Perdón. Es un cielo de Turner o para Turner.

—Vamos a verlo desde Alzuza.

¿Ha subido el lector alguna vez hasta allí un día de tormenta?

Pasamos el coto de las villas elegantes y ascendemos hasta el pueblo. Un muchacho lee y mira desde la galería de una casa bien restaurada. Cuando bajamos del coche, él se va. Cerca hay otra casa nueva, con una gran antena encima del tejado. Otra, con las cuatro paredes en pie y vacía el resto, aguarda, según nos dicen luego, el futuro museo de Oteiza, de Jorge Oteiza, sí, el artista genial y áspero ciudadano vasco, que compró esta otra casa cercana de piedra, de 1745, según reza la clave, para hacer de ella vivienda, museo y taller. En una puerta lateral podemos leer este bien-humorado aviso:

*«ESTA CASA YA HA SIDO ROBADA
EN SETIEMBRE DEL 82.
SE RESPETARON MIS ESCULTURAS Y ESCRITOS.
ESTO YA ES DE AGRADECER.
SOLAMENTE ME QUEDA UN POCO DE TIEMPO
NO ME LO ROBEIS AMIGOS.
(Los objetos de algún valor
ya desaparecidos no han sido
respuestos)
4.ª EDICION DE ESTE COMUNICADO
ZORIONAK GUZTIOI*

Una señora, con chandal, hace piernas. Su marido, nativo de aquí, sale del coche y nos dice con sabia franqueza

—Aquí, a oír tronar.

La verdad que es un buen sitio éste para oír esa música del rayo que nos llega a 340 kms. por segundo. Allí, sobre Urbasa y Andía, las nubes de desarrollo vertical provocan la acumulación de cargas eléctricas, y de las descargas entre las nubes, y entre las nubes y la tierra. Los relámpagos, luz de los rayos, son sinuosos a veces y otras se ramifican en haces de luz más débil.

Las riberas verdes del río Egüés, que da con sus tristes aguas en el Arga, y las riberas de los dos regachos que le bajan de Alzuza se ponen verdes vejiga. El monte Miravalles, que defiende a Huarte, se ha vuelto fosco.

Toda la tarde se vuelve triste y nos contagia pegajosamente su tristeza. Tristes están las nubes que pasan más veloces que nunca, tristes los barrancos que parecen hundirse aún más, tristes los pinos que circundan la clínica de Elcano, triste la torre inútil de Gorraiz, tristes los ojos, tristes los recuerdos y los presentimientos, triste la casa hoy vacía, y un día robada, de Oteiza. Triste todo.

Pasamos junto a un lote de malvaviscos, tristes, que adornan otra casa renovada de Alzuza. El viento barre el polvo del camino y nos empuja no se sabe a dónde. Caen unos goterones. Abrimos el paraguas que el ventarrón nos desquicia. Damos un rodeo, bajo un cerco de cipreses azules, para ver de entrar en la iglesia, de origen medieval, bien restaurada, verla y cobijarnos en ella, pero está cerrada, y nos refugiamos en el adjunto «Hogar misionero» de los salesianos, antigua casa parroquial. Cerca, bajo un ciprés común, una lápida con letras en hierro negro recuerda al P. «J. Luis Carreño Echandía, obrero de Dios (1905-1986)», misionero, escritor y fundador del Hogar. Era cuñado de Jorge Oteiza.

La atmósfera está saturada y verticalmente inestable. Las vertientes montañosas elevan aire ligero hasta la misma altura de las partículas densas y desencadenan movimientos ascendentes que forman cúmulonimbos. Comienzan a resbalarse las primeras ráfagas con todo el aparato de rayos, relámpagos y truenos, y en seguida los chubascos, mal encarados, confusos y hasta violentos. Por la parte de Pamplona y sobre el Perdón y Alaiz el cielo está blanco, casi nívco:

*«Oh dueño de la nube del estío
que la campiña arrasa,
del seco otoño, del helar tardío
y del bochorno que la mies abrasa...».*

Muchos millones de hombres durante miles de años han sufrido este terror en días de cosechas, que ahora sólo han aliviado, en parte, los seguros agrícolas y algunos, aún rudimentarios, medios físicos de luchar contra el pedrisco.

En mi casa mi madre habrá encendido «la vela de las tormentas» y rezará la plegaria aprendida en Mañeru:

*«Aplaca, Señor, tu ira,
tu justicia y tu furor.
Dulce Jesús de mi vida,
misericordia, Señor».*

uniendo en una misma cuarteta la concepción del Dios justiciero y del Jesús misericordioso y compasivo.

Cuando parece que el primer chubasco se debilita, echamos a correr hacia el coche, al que llegamos chirriadicos por todos los lados.

Siguen los truenos y los relámpagos. Siguen, por tanto, los rayos. «El gradiente de estado más elevado que el gradiente pseudoadiabático...» nos decían en aquellas lecciones de física que apenas entendíamos.

La lluvia ha despejado un poco la tristeza telúrica que nos ha invadido la parte inferior del alma.

El conjunto semioculto y selecto de «Errikotxiki» se sacude suavemente la lluvia de los árboles, de los setos, de las plantas y de los tejados inclinados a dos aguas.

Cuando llegamos a Pamplona, ya pasó la tormenta. Llueve, sí, pero ya sin malicia. Llueve.

LEIZALARREA

(Pasando por Leiza y Huici)

La niebla hace más turística aún la parte nueva de Lecumberri y más misteriosa todavía la parte vieja, más recoleta y ensimismada que nunca.

Pronto nos metemos entre montes —Alume, Huici, Larráun, Guraz, entre otros, y la cordillera donde se empina el Cornieta—, con hayas arriba, robles abajo, y unos caseríos encalados, dispersos y perdidos, como jugando al escondite.

Atravesamos el «manto de mármoles», como lo llamó el geólogo Lamare, formado por calizas y margas apizarradas.

Las hayas ahora están cárdenas, los robles pardos y los alerces pajizos. Algunas ovejas se sostienen en las pendientes por donde se derrama el cobre vegetal de los helechales secos.

Bajamos y subimos hasta que nos hundimos en el Valle avenado por el arroyo Erasote, que baja desde las raíces del Ernaitzu y se junta, cerca de Leiza, con el Gorritzarán; de ellos nace el Leizarán que se va por tierras de Guipúzcoa.

Por estos parajes trotó de lo lindo don José María Sagastibelza, aquel farmacéutico de Ituren, que se alzó el 1823 a favor de la casa realista y diez años después se puso a las órdenes de Zumalacárregui para controlar el triángulo geográfico y humano de Roncesvalles-Irún-Areso.

Ya estamos en Leiza. La mañana plomiza y plomosa, no saca a la gente a la calle. Veo que el cuartel de la guardia civil —que un día

visité desventrado por la metralla— no ha cambiado de sitio, a pesar de todos los intentos. Tomamos la indefinida carretera que va a Leizalarrea, monte comunal de 3.906 hectáreas.

Una casa nueva con jardín —*larraña*— y unas piedras de levantar, de 100, 125 y 225 kilos como adornos en la cerca, no puede ser de otro que de Iñaki Perurena, a quien vi la última vez, mejor que nunca, en el *Nafarroan oinez* de Lesaca. Al volver, veremos junto a la puerta una niña rubia y fortachona, Perurena pintada.

Hay muchos camiones junto a la vieja casa del peón caminero.

Avanzamos entre pinares, hayedos, bosquetes de alerces, hayedos de nuevo, cumbres arriba, precipicios abajo.

Llegamos a Iskíbar, recodo de pinos albares, robles, hayas, alerces y abedules, alegrado por la regata Olantz, que corre fría y descalza desde las entrañas del Aizarán.

Subimos levemente hasta el collado Arizmendi, donde nos detenemos a conmemorar la memoria forestal, en parte cósmica y en parte humana, de un viejo roble pedunculado, «herido por el rayo» hace poco más de un siglo. Fue un árbol descomunal, mítico en toda la zona, nuestro «*arbola santua*». Como lo atestiguan unas fotografías de 1920, hábilmente expuestas en el monolito conmemorativo, seguía casi intacto, por esas fechas, sobre el santo suelo. Una inscripción en vascuence, del día 27 de marzo de 1988, lo celebra así:

*«Milla zortzireun larogei eta
zortzigarrengo martxoan
elurte arek etzan zintuen
ama lurraren altzoan.
Oroitau ezartzen dugu
eun urte hetetakoan
aritz berri bat bestan aldatuz
zarraren zanen ondoan.
Leitzarrok beti gorde dezagun
aritz aundia gogoan».*

Lo que queda hoy del viejo tronco está podrido y oculto bajo musgos y helechos «en el regazo de la madre tierra». Pero crece el nuevo roble —*aritz berri*— en medio del recuerdo.

Pasamos junto a un bosque de abetos rojos y, atravesando el raso de Urdola, nos acercamos a las faldas del Petriketa y del Eguzki, para bajar en seguida, bordeando el sonoro arroyo Errozte que desciende entre robles, hasta el rellano de Sarasáin.

Bello puente de piedra. Nos entretenemos examinando unas lechetreznas y unos eléboros verdes. Tres muchachos cargan, sobre un tractor unos fajos de helechos secos, entre grandes risas y gritos como salvajes.

Egun on.

—*Egun on.*

—*Parrandan ibiltzen zerate?*

—*Bai, bai.*

y vuelven a gritar y a reírse.

Junto al refugio, unos gigantescos pinos blancos, lisos y gris-verdosos, desafían a las hayas, a los castaños, a los alerces del Japón, y a los mismísimos abetos blancos, procedentes del bosque Irati, que encontramos luego en Izaieta, esbeltos de talle, elegantes de pies, limpios de suelo. Rodcados de abetos rojos y abetos Douglas, pareciera que, de dos en dos, se preparasen para un baile al aire libre que celebrara su 175 aniversario.

Durante todo el paseo nos saltan entre los pies los arroyos, ligeros y suaves como manadas de armiños.

Pocos trayectos conozco en Navarra tan plácidos, tan amenos y deliciosos, de arbolado tan variado y exótico, con tantos regajos que lo recorran y montes que lo arropen, como éste de Leizalarrea. Tan edénicos.

—*Lástima que no haya sol.*

—*Bueno, también esto tiene su encanto.*

Volvemos hacia Leiza. Pasan alborotando los del tractor. No faltan tampoco por aquí las basuras y los basureros abominables. Llegamos a un rodal de alerces de color casi anaranjado y nos paramos a la vista general de Leiza.

Leiza, que ha triplicado su población de primeros de siglo, convalece aún, urbanísticamente, del largo proceso industrializador.

Desde aquí uno no sabe a ciencia cierta cómo fue este pueblo, aunque sepa bien los nombres de los barrios: Elgoyen (el de arriba), Elbarren (el de abajo), San Migucl (centro), Amazábal y Patxi Arrázola.

Pasan bandadas de cables hacia las naves de «Sarrió», de donde llega un rumor sordo y de donde sale un poco de humo.

La villa se hizo rehaciéndose y deshaciéndose a la sombra matinal del Ariaz y del Azqueta, caballero y escudero montaraces, que llevan a sus espaldas prados, helechos, hayas y alerces. Los caseríos, donde vive todavía una quinta parte de la población, toman posiciones estratégicas de supervivencia alrededor del núcleo urbano y se extravían luego por los barrios de Arquisquil, Erasote, Erreka, Gorriztarán, Ibero y Mayeta.

Población fronteriza, Leiza fue quemada y destruida en 1444 por las tropas guipuzcoanas a las órdenes del rey castellano Don Juan II, durante las luchas fratricidas y parricidas de agramonteses y beamonteses. Similar suerte corrieron todos los pueblos de la zona. Quedaron, éstos, dice el Príncipe de Viana, *«en tal manera que no les fucó cosa alguna en los dichos lugares»*.

Reducida a un barrio de Tolosa y huídos los habitantes que pudieron, pronto volvió Leiza a la obediencia de los reyes navarros. El Príncipe don Carlos, cabeza del bando beamontés le premió su lealtad con muchas mercedes, entre otras, la exención de impuestos durante mucho tiempo. Carlos I el emperador, le concedió la facultad de proponer alcalde y, dos siglos después, Carlos III el derecho de elegirlo.

Lugar de ferrerías famosas en los siglos posteriores, conservaba aún a mediados de siglo pasado dos fábricas de hierro, una de cobre, una de papel, ocho fraguas de hachas y tres molinos harineros. Hoy sigue siendo famosa por sus hachas (*aitzkor*), sus aitzkolaris, sus cesterías de castaño y sus cerámicas. Y sobre todo por la

fábrica «Sarrió», que ha dado trabajo a su triplicada población y a muchos pueblos cercanos.

La gente cruza la calle mayor en la romería dominguera de los múltiples bares, santuarios acogedores para estómagos devotos al final de la mañana.

Nos adentramos en el casco viejo, que encuentro triste y solitario. Algunas casonas principales están cerradas y vacías. Tal vez el calabobos que ahora cae y la piedra apizarrada de las casas me aumentan esa sensación de desolamiento. Entre los árboles corpulentos de un jardín casero un cedro verdea altísimo y parece blandir una única esperanza.

Dos chicos juegan en el frontón de la plaza, célebre por las fiestas de corte de troncos. La ikurriña luce sobre la campanilla del Ayuntamiento, macizo y ungulado.

En casa Martxenea una señora con chaqueta gris pasa el cepillo a la madera del vestíbulo.

Ahí arriba, junto al cementerio, después de subir muchas escaleras, se asienta la iglesia parroquial de San Miguel, que me trae el mal recuerdo de un mal funeral, tras un acto terrorista, del que muchos estuvimos a punto de salir de estampía. Corramos un velo color de luto.

A Huici, ya de vuelta, lo recorremos subiéndolo por la derecha y bajándolo por la izquierda de la plaza-frontón, donde, bajo una ikurriña pintada, se nos advierte que «*Herri honetan, euskaraz*». Otro letrero a la entrada, muy urbanizada, del pueblo nos repite que «*euskaraz eta kitto*».

En la fachada de una casa grande hay una estatua del Corazón de Jesús. Un San José preside, desde su hornacina, la noble portada del Ayuntamiento, y, un poco más arriba, nos saluda San Miguel, con los brazos en alto, en el atrio de la iglesia parroquial.

Unos mocetes juegan al fútbol en la era, cerca del frontón.

A un lado y otro, casas dieciochescas, a cuatro aguas, con molduras, balcones corridos y balcones centrales, y muchos huecos.

En una de ellas nació don Mariano Iriarte y Osambela (1794-1880), sobrino de un mercader y banquero, con grandes intereses en Cádiz y Lima. Murió en la ciudad andaluza y dejó un legado para construir escuelas en su pueblo natal.

Todo el pueblo da sensación de seguridad, de bienestar y de un discreta altanería. Todo el pueblo es un bello óvalo arquitectónico inclinado.

-Si le diera el sol...

-También así tiene su encanto.

De Lecumberri ha desaparecido la niebla, que nos envuelve de nuevo al llegar a Sarasate.

UN BAUTIZO EN ARALAR

Por fin, ya están dándole salida a la peligrosa salida de Huarte-Araquil, en la que muchas personas perdieron la vida. Ya podrán dormir tranquilos aquellos alcaldes y aquellos concejales que no pararon de plantear esta antigua reclamación.

El frontón abierto, donde tenemos la cita, está manchado con los sucios letreros que manchan toda la zona.

Repasamos una casa cercana de piedra gris, llamada «Mutilleña», que debe de ser estancia juvenil. Siguiendo una mala costumbre, le han sacado la cal incluso de las partes de mampostería, cosa que no imaginaron nunca sus constructores. Véase su fachada oeste y se verá cuánto mejor está.

Hace un sol octubreño y Huarte está tan bonito como siempre, tan arreglado, tan coherente. Los tres tilos, aún frondosos, custodian vegetalmente la imponente iglesia cerrada a estas horas, y el anchurón, que es la plaza de la villa, con su fuente de piedra y agua, está que da gozo verlo. No me gusta ese último reboque de la torre ni ese templetillo final de cemento.

Así se lo digo a dos concejales que encuentro cuando voy a ver el nuevo Colegio recién ampliado e inaugurado, con unos accesos impresentables, llenos de piedras que acaban algunas veces según

veo, en los cristales de las ventanas. Enorme frontón cubierto, mucho más bello por dentro que por fuera. Un autobús recoge a los mocetes que acaban de jugar en los nuevos campos deportivos.

Como ya llegó el padrino, que venía de Madrid, subimos todos juntos al santuario. Hay un hombre sobre el puente viejo mirando el río en el que se mira la mañana. La pista, que a mí me tocó inaugurar, está recién rehecha, ensanchada, encementada.

—Ay, Señor.

Pero luego me parece mejor, cuando la veo un poco más disimulada, un poco más oscura.

—¿Cómo iba a subir la gente, si no?

—Claro.

La subida es menos espectacular que por Lecumberri pero mucho más rápida, y también bella. En la segunda revuelta nos topamos con unas ovejas.

—Más despacio, mujer.

—Más despacio no se puede.

Unos chicos y chicas, con muchos colorines en la ropa, hacen auto-stop.

—¿Tan pronto? —les gritamos.

Se sonríen como si dijeran:

—¡Imbéciles!

Otro grupo de adolescentes, con las mismas trazas, descansa unos cientos de metros más arriba.

—Venga, ¡ánimo, que sois unos robles!

Los robles de verdad aguantan mal el otoño y sufren sin gracia la pelona. Las hayas se almagran en los sombríos y se aherrumbran ya en los carasoles.

Todavía no ha llegado hasta Aralar la riolada de los fines de semana. Está llegando. Hoy está el tiempo como para asomarse un buen rato al balcón de la sierra sobre la Barranca, que es la

barranca del Araquil. El otoño lo ha asaltado todo. Resisten bien algunos fresnos.

Pero la protagonista del día no es hoy la naturaleza sino Lorena, la niña que ya tiene nombre y que llevamos a cristianar.

Como Lorena tiene ya sus mesecitos, resiste con brazaleos y lloros el contacto de los sacros elementos, y eso que ahora no les ponen la sal en la boca, como recuerda una madre experta en bautizos.

Muchos siglos contemplan aquí este rito sencillo y hermoso, mucho más antiguo que el prerrománico y el románico que nos circundan. Falta el retablo, que tantas veces hemos reclamado, pero San Miguel aletea sobre nuestras cabezas. Además, está con nosotros don Inocencio, que es la presencia viviente de la tradición que estas nobles piedras recogen.

*Mikel, Mikel,
Mikel gurea...*

Hace exactamente un siglo el Santuario de Aralar fue escenario grandioso de multitudes incontables. Lo cuentan los periódicos y después los libros. Lo recuerdan dos placas altas y oscuras en la pared occidental del templo. Los días 2 y 3 de junio de 1889 solemenes cultos en vascuence y en castellano celebraron el XIII centenario de la unidad de España. Los días 24 y 25 de agosto del mismo año 18.000 peregrinos se reunieron aquí «para implorar del cielo la unión de los católicos, la regeneración de la sociedad y el reinado de Jesucristo en el mundo».

¿Alguien lo recordó, este año, en esas fechas? ¿Alguien ha celebrado entre nosotros esa, entonces importante, efemérides?

¡Quién nos lo iba a decir que esas fiestas se celebraron en Aralar!

Los huesos del venerable Mariano Arigita, enterrados aquí cerca, se habrán esmorecido de tanta ignorancia y de tanto descuido.

Pasamos por el bar y por la tienda. Don Inocencio ha publicado dos libritos en euskara o vascuence, un vascuence que, según don

Justo Gárate, autoridad donde las haya, es «puro y lindo». Una gramática vasca y un libro de narraciones cortas y chispeantes, titulado nada menos *¿Apezak sacristiara?*

El capellán de Aralar muestra con su vida, como tantos de su generación, que es injusta e innoble esa tonta frase que es para muchos un agresivo lema.

Doy una vuelta por las estancias donde tan buenos ratos he convivido; en el salón de estar *-gela nagusia-* lucen esas fotografías tan vivas del Angel peregrino por la nieve, de las nevadas en Aralar, de la típica fachada vasca, del monaguillo que enciende su cigarrillo en el incensario...

Cuesta dejar esta solana que es hoy «la cumbre de Aralar» y no perderse un rato en el monte. Pero Lorena es la reina de la fiesta y ella quiere bajar.

Almorzamos, como ahora se dice por ahí, muy gozosamente en Arbizu, como si tuviéramos bulimia. Seguimos así la castiza costumbre memorial de unir a la fiesta religiosa la gastronómica, costumbre cristiana muy bien fundada.

La sala del comedor está sobriamente decorada con cuadros de manjares y ambiente del país. Lo mejor para mí, el pastel de setas, que ahora es el tiempo, y la ensaladilla de gambas. Los vinos, de Olite.

Los pequeños se portan bien y comen como los mayores. Los mayores comemos como los pequeños y tampoco nos portamos mal.

En la cresta de Beriáin pone su último nido el sol de otoño. Los robles americanos de la falda de Aralar levantan su hoguera de colores.

Mientras volvemos, imaginamos que a estas horas, bajo la sierra de San Donato, el silencio debe de ser majestuoso y el anochecer mágico. Ese paseo nos falta.

¡Qué bien conserva Arruazu su primitiva y casonil estampa!

El estrellío se nos enciende antes de llegar a Pamplona.

EN LA PLAZA DE URROZ

Va la escolanía del Colegio de San Ignacio a cantar a Urroz y nos vamos para allá.

Tenemos un otoño muy dominguero. Tan alegre está la mañana, que dan ganas de salir a volar la ribera.

La iglesia de la Asunción está llena de gente. La bóveda de crucería y de crucería estrellada resplandece con la luz tardotoñal del sol purificado, que se derrama litúrgicamente sobre la nave.

Los chicos de la escolanía, vestidos de mayorcitos, tienen caras nuevas y voces recientes. Me gustan sobre todo unas canciones populares alemanas, aunque los escolanos se fuerzan los mofletes con las vocales y consonantes germánicas. A los padres, que los escuchan embelesados, les gustan todas.

Mientras el coro canta, contemplo las figuras renacentistas del fulgurante retablo de Miguel de Espinal, policromado, unos cuantos años después, por Pedro Landa. Hermes, *putti* y ángeles van y vienen jubilosos por las cinco calles de tres pisos, entre mártires, apóstoles, padres de la iglesia y escenas evangélicas.

Desde el piso segundo, la Virgen con el Niño parece tender el libro abierto de su mano derecha al coro que canta. Los relieves de

la adoración de los magos y de los pastores, para mí lo mejor del retablo, se animan con la música popular de los infantes y adquieren esa viveza que presta un arte a otro cuando, como en este caso, se entienden bien.

El párroco, que nos recibe con mucho comedimiento, nos explica el lindo museo que se guarda en la sacristía: paneles tal vez del antiguo coro del templo; unas Vírgenes románicas procedentes de Iloz, Urroz y Leyún; un Santiago peregrino barroco; una renacentista Santa Ana con Virgen y Niño...

Por fuera, la iglesia, remodelada durante los siglos XIV al XVI sobre un anterior templo románico —crismones, arquivoltas, capiteles—, tiene aire y peso de altiva fortaleza de piedra, vigía sobre la peligrosa vega que abre el río Erro, que antaño cuidaba desde el sur el castillo de Leguín.

Urroz fue una de las plazas fuertes desmanteladas por orden de Cisneros. En el siglo pasado apenas quedaban del antiguo recinto amurallado un portal con dos baluartes y un lienzo de muralla, todavía reconocible hoy.

Saludamos al alcalde, que trabaja en Superser. Casi todos los de Urroz andan metidos en la industria y en los servicios, y sólo unos pocos viven de los cereales.

Vamos a dar una vuelta por el pueblo para terminar en la plaza.

Urroz, como se sabe, fue lugar realengo. Uno de sus vecinos hacía las funciones de escanciador en la Corte navarra y sus iguales de Urroz se llamaban escancianos, palabreja de raíz germánica, que quiere decir servidores de vino en la mesa. El rey Teobaldo II confirmó en 1237 los derechos concedidos por su antecesor Sancho el Fuerte a los escancianos y los extendió a los collazos o labradores, que no podían ser enajenados de la Corona.

El Príncipe de Viana —cuya hermana, Doña Blanca, vivió en una casa de aquí, que aún conserva su nombre— les quitó el mote de escancianos y la pecha que el palabrejo llevaba consigo. Y les otorgó, además, la libertad y franqueza del Burgo de Pamplona,

junto con otras mercedes, por las que Urroz empezó a contarse entre las buenas villas, con asiento en Cortes.

La verdad es que estas bellas casonas góticas que vamos viendo, con sus ventanas amaineladas, sus portadas doveladas como soles de piedra, sus blasones góticos en las claves de las puertas, las labras sobre las ventanas, las solanas de arcos, los recios alares de madera... están diciendo a gritos lo importante que fue esta villa, cabeza y centro de los Valles de Lizoáin, Arriasgoiti e Izagaondoa; pueblo fortaleza; estación obligada antes de llegar a Pamplona, y sobre todo plaza de mercado.

Entramos en un bar y luego en otro, y aún debe de quedarnos un tercero. Con tantas artes que admirar el desmayo de estómago debe de ser mayor. El alcalde lleva bien herrada la bolsa.

Por fin desembocamos en la plaza, grande como un puerto y como un lago. La plaza de El Ferial es no sólo el corazón, corazonazo, de la villa, sino también su mejor símbolo, su mayor regalo. Es tan grande, que el rebote, bonito porque sólo tiene una pared y no está cubierto, casi no ocupa lugar.

Detrás de la pared del frontón yace un gran prisma rectangular de piedra, puesto horizontalmente en el centro de un círculo bien empedrado. Cuentan en Urroz que desde la sierra de Izaga lo arrojó el legendario Roldán y que los cinco agujeros que tiene la mole son la huella de sus dedos gigantes. Otros, más cautos, lo llaman el menhir «Erroldan Arriya» (piedra de Roldán). De aquel Roldán que Don Quijote describió «de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado... velloso en el cuerpo y de vista amenazadora».

Por la plaza, sobre yerbines, hacen corros unos plátanos ya crecidos que comienzan a perder las manos de las hojas.

El Ferial está ahora ruidoso con las finas voces de los escolanos, que vocean, corren y juegan mientras los padres intentan reducirlos a entrar en los coches familiares.

—Así recordamos mejor el mercado antiguo, alcalde.

Está escrito que en 1286 el gobernador del reino Hugo de Conflant otorgó a Urroz un mercado semanal, que se celebraba los miércoles, con los usos y costumbres del de Monreal, y que el rey Felipe I confirmó la concesión que la equiparaba a la del mercado semanal de Estella.

Debió de tener esta plaza, como sus modelos, porches o soportales que defendieran a los mercaderes de la lluvia y de otros desagradables meteoros, aquí tan frecuentes. Aún queda un porche original y algunos rehchos en tiempos recientes.

El año de gracia de 1630, reinando el buen señor don Felipe III de Castilla y no sé cuántos de Navarra, se concedió a la villa el privilegio de feria anual, feria de San Martín, del 10 al 12 de noviembre. Hasta tiempos no muy lejanos, dicen las crónicas, era feria concurridísima. Se contrataban buenas cantidades de mulas, caballos, suelas, cordobanes y becerrillos, que a veces se traían de Francia, que tampoco está tan lejos.

—Ahora aún se juntan algunos pastores, pero no tiene color.

La sierra de Gongólaz le trae a Urroz un color y un perfume de pinos desde su extremo occidental, el monte Sainguibel, que aquí llaman «la pinera».

Pasa por medio de la plaza un carretil asfaltado, que uno quisiera más en consonancia con el conjunto.

El alcalde y el médico-concejal que nos acompañan nos explican que hay por ahí algunos proyectos sobre el embellecimiento de la plaza, que no le gustan al viajero. A éste le gusta el yerbín y le gustan los árboles y un carretil que no esté embreado.

Las casas que cierran, distantes y discretas, la plaza majestuosa, son casas a dos y cuatro aguas, con dos pisos. Algunos fueron levantados sobre el primero y único de piedra. No me gusta un edificio nuevo, con fea cubierta, ni el colorejo que le dieron a la fachada de otro.

—Hombre, con el tiempo ya se le disimulará.

—Está por ver.

Me quedo mirando, sorprendido, una vieja pintada, ya descolorida, con cruz gamada y todo: «Viva Hitler». La mujer del médico, lista y humorada al mismo tiempo, que se da cuenta de mi extrañeza, sale al quite:

—¡Somos de derecha pero no tanto!

El bloque de casas nuevas está a la salida del pueblo, al otro lado de la carretera y no afea el casco antiguo.

El templete de madera y chapa de cinc, que protege el crucero gótico del siglo XVI, probable obra de Miguel de Espinal, cumple bien su misión pero exige detenerse y admirar de cerca el Calvario en el anverso, y la Virgen con Niño y dos ángeles en el reverso. Parece que el Cristo es un intento de reproducir la talla del castillo de Javier. Todo lo que rodea al crucero está muy descuidado.

Por los campos enjutos de los Valles de Lizoáin y Egüés, que empiezan a verdear, *«corren luces con agresión de júbilo»*, según el inmejorable verso del poeta.

Es hoy 27 de noviembre.



SOBRE LA MUERTE Y LOS MUERTOS

Nuestros refranes clásicos ignoran la apacible otoñada de los primeros días de noviembre, tal vez los más hermosos del año:

*Todos los Santos
campos verdes y montes blancos.*

Por Tierra Estella otro refrán similar habla de lloviznas y neviscas:

*Por Todos Santos
agua en Estella
nieve en los altos.*

Estoy viendo desde mi ventana el tilo aún verde, los álamos que se intercambian ramas de plata, y los primeros oros naturales de los castaños que encienden de otoño la Ciudadela.

Tienen este atardecer las nubes bajas unos trazos de carmín como de adolescente que se pintara por primera vez.

*Noviembre
el frío mata la liendre*

dice otro refrán de aquellos tiempos de miseria.

Pero noviembre es mes de belleza final, de plenitud, de recogida. Acaso por eso los antiguos lo eligieron como el mes de la muerte.

* * *

Me gustaría morir en noviembre, mientras se caldercan las hayas y caen pájaros heridos de los chopos, los plátanos y los arces; cuando las viñas y las esparragueras se otoñan de pavos reales de secano.

Me gustaría morir, si la muerte me viene tranquila, oyendo mecerse el mar o caer las hojas de los árboles. Y que suene la música de Bach y el prefacio de Pascua.

* * *

Amo los cementerios pequeños. Me gustan más los que tienen árboles y flores naturales, y unas tumbas recogidas y humildes. Me encantan esos cementerios escandinavos, perdidos en los bosques, con una lápida discreta junto a un abeto, un haya o un abedul.

Pero yo prefiero que me incineren y que, un día de viento, esparzan las cenizas en el cementerio de mi pueblo.

* * *

Visito los cementerios en silencio. No aguanto allí el ruido ni la frivolidad. Son un excelente lugar de oración. Detesto los cementerios llenos de grandes monumentos, de lápidas lujosas, abarrotados de ostentación y vanidades. Ni siquiera en el lugar de los muertos sabemos renunciar a la desigualdad, a la separación, a la injusticia de los vivos.

Prefiero un minuto de recogimiento o una lágrima sincera a cien coronas o a diez discursos.

* * *

Y sí, además de asistir al funeral, acto social tan cómodo,

¿pasáramos unos minutos acompañando a las personas vivas en sus trances de soledad y de desgracia?

* * *

No me gustan los «elogios fúnebres», tan antilitúrgicos, en que se han convertido las homilías de las misas de difuntos. Que eso lo digan otros y en otro lugar. Además de ridículos muchas veces, suelen ser con frecuencia discriminatorios e injustos.

Me gustan los funerales presididos por un solo sacerdote, cantados por la gente de la parroquia. Me gusta el órgano y el silencio.

* * *

Tal vez ha llegado la hora de sustituir a veces, como ya se hace en otros países de Europa, la misa funeral, propia de los creyentes, por un rito sencillo y breve, sobre todo cuando ni el muerto ni la familia son gente de fe y se trata, más bien, de un «acto social».

¿No es hora también de que los ateos convencidos, los agnósticos militantes, los anticlericales de toda la vida, sean un poco más consecuentes?

* * *

La muerte no está de moda. Ahora que hemos podido vencerla en muchos de sus dominios y retrasarla notablemente, cuesta admitirla y reconocerla. Nuestra sociedad urbana, comida por la prisa y las apariencias, hace lo posible por ocultarla, disimularla, negarla. La hemos hecho lejana, extraña, casi escandalosa.

Admiro a las personas que se enfrentan con paz y serenidad a la muerte. He visto morir alegres a muchas personas. Es la sabiduría suprema.

* * *

Todo es delicado en torno a la muerte. Pero no creo que lo mejor sea, en principio, ignorarla o ser despojado de ella. Ya que no depende de nosotros la hora ni la manera, que al menos el lugar sea, si es posible, el que nosotros elijamos. «Que no nos roben la muerte», es el grito angustiado de muchos. ¿Ni siquiera podremos morir nosotros mismos?

* * *

*Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.*

Son alturas místicas. Pero una educación social como la nuestra, que «ignora», por miedo o por cualquier otro prejuicio, la muerte, no trae más que deshumanización. Lo que se traduce casi siempre en indiferencia y crueldad.

Después de la muerte de Jesús, pudo bien Francisco de Asís llamarla «hermana».

La que nos lleva de la vida a la vida.

EL CASTILLO Y EL CONVENTO DE MARCILLA

Marcilla —la antigua Marciella, Marziella, Marziella—, lugar de márgenes o de marca, es una buena villa a la que he venido muchas veces.

Tuve yo aquí una tía-abuela en el convento de las religiosas concepcionistas y cuando íbamos a verla nos paseábamos por la huerta, llena de árboles frutales, de moscas y de mosquitos. Después he tenido una tía y una prima, monjas también.

Era 1979 cuando se preparaba en Marcilla una candidatura municipal de amplio respiro. Salió alcalde quien ya lo era y se las sabía todas, el gran Aurelio San Juan. El día en que inauguramos, bajo su activa presidencia, la nueva casa consistorial, habló en prosa y después en verso con tal donaire y gravedad, que fue la admiración y el pasmo de todos.

Después, Marcilla ha sido una agradable ocasión de encuentros de todo género, en la Sala de Cultura, en el Ayuntamiento, en el Instituto Comarcal, o en cualquier sitio.

Me toca hoy intervenir en el ciclo cultural que organizan el Ayuntamiento y la Asociación Deportivo-Recreativo-Cultural «Ana de Velasco». Voy con el tiempo holgado para darme un paseo por el pueblo.

Aún hay sol en las bardas. Dejamos el automóvil en la plaza del P. Fabo. Fue este fraile agustino marcillés (1873-1933) toda una biografía. Misionero activísimo en Hispanoamérica, poeta, novelista, filólogo, lingüista, biógrafo, agustinólogo, cronista general de la Orden, académico correspondiente de varias Academias españolas, americanas y europeas, historiador de su villa natal e hijo predilecto de la misma.

Cierran un ángulo de la plaza dos bloques de casas recientes, de las muchas que van levantándose en Marcilla. Por el otro lado se abre un pasadizo de arco rebajado sobre el que se extiende una gran casa de ladrillo, del siglo XVI, con dos cuerpos y un ático de arcos rebajados ciegos. Encima de la boca del pasadizo lucen dos escudos de alabastro, en los que acierto a ver las armas de la monarquía española, una cruz latina y una cruz de Calatrava. Me dan barruntos de que la obra se encuentra en tenguereñgue y de que necesita un serio retoque.

—¿Qué es esta sorpresa, y más de noche?

—Es un antiguo monasterio de monjas bernardas.

—Ah, claro...

Alrededor de 1160, y a iniciativa de la reina doña Sancha, esposa de Sancho el Sabio, se fundó un monasterio de monjas bernardas o cistercienses que fueron dueñas del señorío de Marcilla hasta el año 1407.

El codicioso y turbulento Mosén Pierres de Peralta, cortesano del palacio de Olite, consiguió de Carlos III el Noble y, por su mediación, del antipapa Pedro de Luna, Benedicto XIII, desterrar a las religiosas, que fueron trasladadas al Convento de Cambrón. La bula pontificia anexó el monasterio marcillés al de Santa María de la Oliva, que estableció aquí un priorato, convertido en abadía el año 1608. Desde entonces tuvo representantes en Cortes.

Visité despacio el actual convento de Agustinos un día de abril del año pasado.

Los monjes tuvieron que abandonar la vieja construcción que amenazaba ruina. En 1773 se inauguró el nuevo convento, hecho

según los planos de un lego cisterciense. Dieciséis años más tarde se remataba la ampliación y transformación de la iglesia parroquial de San Bartolomé, el antiguo templo gótico del cenobio cisterciense. Malos años aquellos para los frailes de Francia y España. Desde la invasión napoleónica hasta la primera desamortización, no tuvieron aquí día bueno. En 1808 el convento pasó a ser hospital y en él se albergaron, por disposición real, nueve sacerdotes franceses.

En 1835 monasterio y fincas pasaron al Estado y luego a manos de particulares.

Es un edificio enorme, con dos largas alas de ladrillo, una a cada lado de la fachada de la iglesia, ventanas y balcones enmarcados por pilastras toscanas, parrales en la parte baja, y huertas y campos de deportes a los pies.

La iglesia forma parte del conjunto conventual. Tiene planta de cruz latina, cúpula gallonada y un claustro a cada lado. Tres óculos ciegos nos miran ciegamente desde el segundo piso de la fachada, entre dos semi torrecillas con campanas mudas.

El templo por dentro es protoneoclásicamente alegre, alegre de blancos, celestes y oros, de ángeles y guirnaldas. Me gusta la Virgen Blanca, hispano-flamenca del siglo XV, ágil, frágil y un poco distraída. Es bella desde la cofia a los alcorques. Le falta al Niño la flor de la mano y a la Madre la flor de la poma.

Es mala hora para visitar la casa, y agradecemos doblemente al fraile que nos acompaña y nos enseña.

—Con mucho gusto, hombre, no faltaba más.

El Concordato de 1851 sancionó la situación de las cosas. Tenemos la fiesta en paz, debieron de decir los negociadores. Sólo tres órdenes religiosas fueron reconocidas legalmente. Pero las que tenían misiones en el extranjero fueron autorizadas para abrir casas de formación en España. Este era el caso de los agustinos recoletos que en Monteagudo conservaron un noviciado. Previo permiso del Gobierno, compraron a la familia Elorz el convento abandonado de Marcilla, donde se instaló la comunidad en 1865.

—Antes de la separación de la Provincia de Filipinas, esto estaba lleno. Ahora sobra sitio.

Entre el claustro del Pozo y la iglesia sube y baja una doble escalera barroca, tipo imperial, entre lienzos también barrocos y otros de santos y santas agustinos, firmados por José M.^a Romero, autor del siglo pasado. Visitamos el refectorio y el salón de actos, que guardan pinturas de los siglos XVII y XVIII, y nos entretenemos un rato por el museo, con curiosas colecciones de objetos traídos por los misioneros de Hispanoamérica y Filipinas, desde ternos de casullas a marfiles, desde mariposas a espadas.

Casa de formación filosófica, teológica y misionera, lugar de múltiples encuentros religiosos y culturales, el convento de agustinos recoletos de Marcilla da relumbre y universalidad a la villa y a toda Navarra.

Pero a la alcaldesa que nos acompaña le gustaría que hubiera más conexión e intercambios entre el convento y el pueblo. No le parecen bastante ni la obra religiosa y cultural interna ni las muchas obras de caridad que llevan a cabo.

—Tenéis que hablar con ellos un día a fondo.

El 27 de noviembre de 1873 —nos cuenta don Eugenio Ayape, biógrafo del P. Fabo—, don Domingo Moriones y Murillo, nacido en Leache, teniente general de los ejércitos nacionales y general en jefe de operaciones del Norte, visitó el convento de Marcilla.

Moriones había estado en Filipinas, donde se hizo amigo de los frailes recoletos. A él se debe que a esta comunidad fuera entregado después el monasterio de San Millán de la Cogolla.

Esta vez el general cristino vino a pedir a los agustinos que interpusieran su influencia ante el gobierno carlista para que éste no mandara cortar el puente de hierro de Marcilla ni el de Castejón. Se lo pedía por razones de humanidad.

Era prior el padre Iñigo Narro, que llegó a ser superior general de la Orden, y vivía en el monasterio el P. Pío Mareca, amigo del general Elío, ministro de la guerra del rey Carlos VII, entonces

residente en Estella. Mareca, protegido por un amplio salvaconducto, permaneció en Estella varios días y logró que se cumpliera el deseo humanitario del general de la Reina.

De la plaza del P. Fabo parte la calle de San Bartolomé, estrecha y torcida, con muchas casas enladrilladas, arquillos en algunos áticos y varios escudos del siglo XVIII. En esta calle está la ermita de Nuestra Señora del Plu, o del Pruno (del ciruelo), o del Puy, que de todas maneras se ha llamado; ya existía en el siglo XV, pero el edificio data de la segunda mitad del XVII y la fachada, reformada, lleva fecha de 1882.

La Rúa de los Judíos, muy parecida a la anterior, sale a la plaza del Postigo, compuesta por casas originariamente del siglo XVII, muy renovadas ya; un escudo lleva las cadenas de Navarra, un castillo y un dragón.

Estamos en la vieja Marcilla, mucho más difícil de ver y contemplar que la rica villa agrícola, conservera e industrial a la que estamos acostumbrados.

En la plaza de España, una casa de ladrillo en esquina, con muchos balcones, tiene un escudo rococó con la leyenda: «Armas de Domec Antigua Fero», leyenda que he visto en otro escudo de la calle San Bartolomé.

Pero la gloria más ilustre de Marcilla es su castillo. Se ha cerrado la noche sobre él y lo vemos sólo a la luz discreta, anaranjada, de los nuevos fanales del tendido municipal.

El pueblo tiene su héroe medieval en la figura del capitán e infanzón hazañoso Fermín de Marcilla.

Acompañado de un buen número de gentes de armas, Fermín luchó con bravura y denuedo al lado del rey navarro Sancho el Fuerte en la batalla de las Navas de Tolosa. Dicen que en premio a tamaña valentía concedió el rey a la villa el derecho de llevar en el blasón las cadenas de Navarra.

El pueblo tiene su héroe renacentista en el castillo y en su alcaidesa Ana de Velasco.



En 1424 Carlos III el Noble dio ciertos materiales para las obras del castillo a mosén Pierres de Peralta y poco después mil libras fuertes. Cinco o seis años más tarde don Juan II y doña Blanca dieron al de Peralta el ambicionado señorío del lugar.

El castillo es un imponente bloque cuadrado de ladrillo color paja, montado sobre un pedestal de piedra gris, tal vez de época anterior, rodeado de un ancho foso y levantado por cuatro torreones en los cuatro ángulos.

El foso que recorta la fortaleza por los cuatro costados ha sido limpiado y pulido hace poco y han desaparecido unos arbolitos que parecían adornarlo, excepto una docena de plátanos, que, bien podados, se conservan aún.

—Este no es un castillo del Loira. Tiene que ser un castillo austero, sin adorno alguno —dice uno de mis guías.

Desde 1513 fue cabeza del marquesado de Falces, uno de los señoríos o *estados* más importantes y dilatados del Reino. Alonso Carrillo, primer marqués y nieto de mosén Pierres, hizo construir el pórtico renacentista y reformar las partes altas de las torres.

—¡Qué hermoso puede ser esto cuando pongáis una buena iluminación indirecta!

—El problema es saber para qué va a servir.

—En principio, para verlo y mirarlo.

Damos varias vueltas por la explanada en torno al castillo.

La torre del homenaje, torre de águila imperial, entre los dos torreones prismáticos, lleva un nido de cigüeñas en una de sus almenas. El nido le da a la fortaleza un leve aire de cuna y le aligera de un cierto peso de gravedad y de rudeza.

—La arquitecta nos hizo quitar también aquellos bancos que había en los bordes.

—Eso está bien: el castillo mondo y lirondo. Así queda más limpio, además.

—Por supuesto.

El castillo-palacio deja ver a las claras ciertas irregularidades de material y estilo, debidas sin duda a tiempos diversos y a diversas manos. En la parte alta, destinada a vivienda, se rasgaron ventanas y balcones de hierro, algunos de ellos corridos. Las cañoneras o flecheras se reparten por las cuatro caras.

Según las fotos que tenemos de la parte interior, el primitivo patio de armas fue convertido en patio de casa de labranza, cuando el castillo se convirtió en palacio y el palacio en vivienda común. A los cuatro lados se añadieron cuerpos de edificios y tejados más bajos.

Todavía hoy hace doscientos años la armería del castillo-palacio contenía numerosas adargas, petos, morriones, picas y todo género de armas y arneses, entre ellos la armadura de mosén Pierres, que en 1469 asesinó al obispo de Pamplona. En la cámara del marqués se guardaba antiguamente la espada *Tizona* del Cid, y en la capilla se veneraba una Santa Espina y se conservaba «un dinero de los que fue vendido Nuestro Señor».

Cuenta la leyenda y también el P. Moret la heroica resistencia de doña Ana de Velasco, esposa del marqués de Falces, dentro de su castillo.

El cardenal Cisneros había ordenado la demolición de todos los castillos de Navarra.

Las fuerzas castellanas, a las órdenes del alarbe y execrado coronel Hernández de Villalba, intimaron la rendición de la fortaleza de Marcilla. Se desplazó hasta el puente levadizo el capitán Fulgoso, acompañado de dos jinetes. El emisario demandó la rendición del castillo. Se hallaba ausente el marqués y su esposa se negó con enérgica rotundidad a la entrega.

Estordido Villalba, roso de ira, dispuso el ataque inmediato a la fortaleza, tras cercarla con sus numerosas tropas, haciendo saber que por esta sola vez serían perdonadas las vidas de sus defensores.

Doña Ana de Velasco, impávida, se aprestó de inmediato a la defensa del castillo, al tiempo que gritaba a sus soldados: «¡Mis villanos, a las armas!».

Todos los elementos de combate entraron en acción. Doña Ana, mujer esforzada y de pecho grande, alentaba a la bien pertrechada

guarnición, recorriendo almenas y saeteras, torres y matacanes, y acorriendo a todos sus defensores.

Tras una hora de combate, las tropas del coronel Villalba, que no habían logrado progreso alguno, decidieron abandonar el campo de batalla y a todo galope se alejaron de Marcilla.

Cuando uno recuerda aquí cosas como éstas, el castillo, anochecido y trasojado, cobra tales visos de inmediatez histórica, que se nos convierte en una espantosa y formidable máquina de guerra, y nos da como miedo.

—Tenemos que ir a la sala de cultura «Ana de Velasco».

—Ya va siendo hora.

NAVARRA DESDE EL PARLAMENTO EUROPEO

Basta subir al avión. Navarra es unos pocos minutos en avión.

Llega uno del centro de Europa. Una playa rectilínea y espumosa bordea las últimas parcelas del jardín de Francia. Los modestos Pirineos navarros lucen los primeros espolvoreos de nieve. El macizo de Aralar-Malloas, la sierra de Satrústegui y el mesetón de Urbasa tienen un suave color de mosto, de mosto de haya. Beriáin es un alarido geológico en medio del corredor secular de la Burunda-Barranca.

Visto desde arriba, no es difícil imaginar que durante siglos esos murallones rocosos dividieran reinos y dominios; que detuvieran a moros, castellanos o cristinos, mientras servían de refugio a cristianos, navarros o carlistas. ¿Pero dónde queda hoy todo eso?

Navarra no está separada, la estoy viendo, de nada ni de nadie. Aquí todo es continuo. La sierra de Cantabria, la de Illón, o los Pirineos, que van achicándose a la izquierda y robusteciéndose a la derecha, unen nuestra geografía con todas las demás. El pantano de Allos es un laguito verde, a donde la vista baja y se sosiega. Montejurra aparece como el último bastión geográfico e histórico antes de llegar al somontano de cereal y de huerta.

A la izquierda, el chafarrinón urbano de Pamplona: se distinguen bien la ciudadela, la catedral, la plaza de toros y el brillante cinturón del Arga. Erreniega y Alaiz, con canteras y todo, son las divisorias de aguas y climas. Los espejos de tres ríos flacos se rompen unos contra otros, hasta que el Ebro recoge la luz de los tres y escapa a campo traviesa en restallantes zigzagucos. Tierras llanas de color húmedo. Ya están ahí el Moncayo y la Sierra de la Demanda.

Viniendo desde Madrid, una vez pasado el Ebro, casi no tiene uno tiempo de identificar los viejos pueblos ocre que un día fueron línea fronteriza entre moros y cristianos, cuando ya se levanta el aguerrido Cerco de Artajona sobre un horizonte de campos de labor robados a los bosques enciniegos. Pamplona es desembocadura de caminos que vienen entre montañas, donde aún se refugia el buen gusto de la construcción, la ganadería y el vascuence genuino.

Nadie nos pide el pasaporte en los aires, y ahí anda ya el mar azul, por donde salieron nuestros emigrantes, nuestros misioneros y nuestros hombres de fortuna.

Si es fácil encontrar a Navarra en Pau, en París, en Evreux o en Cherburgo, no lo es tanto en Bruselas, en Luxemburgo o en Estrasburgo, las tres capitales comunitarias.

En Bruselas encuentro con frecuencia a empresarios, agricultores, altos funcionarios, de mi tierra. En Estrasburgo acompaño a concejales, profesores, estudiantes o sindicalistas, que vienen a visitar las instituciones de la CEE. Pero Navarra apenas suena. ¿Y por qué había de sonar? Suena algo más en el Parlamento de Estrasburgo, pero casi ningún navarro se entera, porque «las cosas de Europa», según me dicen en algunos medios, «están muy lejos». ¿De verdad que no interesan o es que nosotros no hacemos nada por hacerlas interesantes?

Navarro, español, europeo, y, sobre todo, hombre de este tiempo y de este espacio mundial, mal parlamentario europeo sería yo si

me empeñase bobamente en navarrizar todo lo que toco. ¿No será que nosotros conocemos tan mal a ellos, como ellos a nosotros? ¿No es mejor ir por la vida aprendiendo de todos y no sólo enseñando lo nuestro?

Navarra suena poco en Europa, para qué engañarnos. Otros muchos países como el nuestro tampoco suenan. Se conocen los Sanfermines, y todos los que estuvicron por aquí alguna vez recuerdan con gusto lo que vieron y comieron. ¡Algunos creen que Navarra está cerca de Cataluña, y otros que da San Sebastián!

Desde la perspectiva europea y europeísta creo, por otra parte, que Europa puede ser otro mito pernicioso —los mitos son fenómenos neutrales de por sí—, si no tomamos pronto nuestras precauciones. Europa es ya una mercancía demasiado general. Europa hasta en la sopa. Todo es ya ahora europeo: la farola que ponemos o el árbol que plantamos. ¿Por arte de birlibirloque? ¿Y por qué no ser ahora más navarros todavía, para poder así ser más europeos? ¿Todo se va a ir en precios agrícolas, aranceles, exacciones, ivas y venivas, mercados comunes? ¿Qué Europa saldrá, si cada uno de nosotros no llevamos algo para llenar el tan dichoso «espacio económico y social»?

Navarra —solemos decir— es Europa hace siglos. Pero ¿qué es Europa? ¿Acaso las guerras napoleónicas, Goebbels, o la banca suiza no son europeos? ¿Navarra ha sido siempre europea? ¿Qué nos falta tal vez para alcanzar esa maravilla?

Nos falta, por ejemplo, agua, teniendo a dos pasos ríos traviesos y mares interiores. Nos falta mucha educación. Comemos y bebemos muchísimo, leemos poquísimo. La verdad es que ahora tenemos tres universidades donde hasta ahora no habíamos tenido ninguna. Tenemos aún guerrilleros, como en los peores tiempos. Navarra está sucia, sucísima, de pintadas, de basuras y de basureros. Sucia de mal hablar, que es una pena. Sucia y agresiva. El machismo tiene aún mucho poder.

Estamos perdiendo la costumbre ancestral de situar la casa en amigable relación con la naturaleza. Si queremos ser *también* una

excelente reserva natural en la Europa del Sur, tendremos que abrir un poco más los Pirineos y hacer de Pamplona una ciudad fronteriza, variopinta y feliz. ¿Por qué ser siempre *importantes* y no felices?

No tengan miedo: los buenos vinos y las buenas hortalizas se venderán bien, pero habrá menos viñas y menos cereal. Menos gente en la agricultura y más en el campo.

Si el movimiento cooperativo, de recia estirpe entre nosotros, se refuerza, coordina y actualiza, seremos un país de alternativa y con alternativa. Pero no, la moda son hoy las multinaciones, cosa, además, tan cómoda.

¿Europa? Claro, pero sin complejos y sin aspavientos. Europa, y América, y el resto del mundo. ¿No llegó Javier hasta allí? Si lo tenemos por Patrono, no es menester hablar más. Nosotros llegamos hoy a Rwanda, a Bolivia y a otros muchos sitios. Eso sí que es ser europeos de nuestro tiempo.

Pequeño reino pirenaico, con reyes de abarca y honda. Reino hispánico. Comunidad pirenaica-europea... Cuanto más navarros, ¿no seremos más europeos? Digo navarros que no piensen sólo en Navarra. ¿No es la Europa total la que hace convivir armónicamente sus pueblos, sus regiones, sus Estados? «*Hacer algo y no sólo ser algo*», fue el lema de Jean Monnet, aquel vinatero burgués de Cognac, ahora padre de la patria europea.

BAJABA LA NIEVE

Bajaba la nieve
como las manos de Dios.

Se derramaba
la manirrota
placidez del cielo antiguo.

Con los cestos de los ojos
y las palas del alma
nos íbamos a cogerla.

¡Qué limpia conjunción
de tierra y cielo.

Qué cercano y amable
lo infinito!

SETUAIN, ZAY Y ERREA

El sol está tendido ya por todo el suelo.

A Setuáin llegamos pronto, subiendo desde Larrasoaña, entre pinos, robles, bojés y enebros de la miera.

Ha llovido este fin de semana y la lluvia, precedida de hielos y ventiscas, ha terminado con el largo otoño. No queda un chopo ni un avellano con hojas. Los robles aguantan todavía con su hojarasca revuelta y atabacada y algunas ramas de color habano.

No se parece en nada esta mañana a la mañana diciembreña en la que Théophile Gautier, arrojado de su habitación por el hastío, deambulaba por un boulevard de París:

*Il faisait un temps de décembre
Vent froid, fine pluie et brouillard.*

Seguimos andando porque la mañana está llovida y guapa, fresca y soleada. Trae el cierzo desde los Pirineos, pasando por las cimas de Sayoa y Zuriáin, unas ligeras alas de nieve novicia que nos empujan hacia adelante. De vez en cuando encontramos un coche vacío en el borde del carretil y de vez en cuando unos troncos de pinos, escandalados, dispuestos ya para el transporte.

Hay muchos pájaros, como si alguien los hubiera echado a volar hace un rato.

Entramos en el horizonte montañoso que rasgan el Valle de Arriasgoiti y, más arriba, el Valle de Erro. Un horizonte zarco, pulido por este débil sol de diciembre, y un horizonte verdinegro de pinos albares, trufado por el gálbano de los pocos robles que resisten mustiamente en la fronda.

Estamos en un tozal de la tiramira que baja desde Lindux hasta el cabo de la sierra de Tajonar. Nos limitan los montes cercanos de Zaldaiz, Etarte, Oyarzábal, y las Peñas de Arrialde y Ukúa. Más a la izquierda, vemos el doble lomo de la Peña de Aincioa, cortada a pico sobre el Valle de Arce, y de la cercana, más alta, Peña de Larrogáiñ. Allí lejos los ventisqueros de nieve de Ortanzurieta. Sobre Errea, el tapial rocoso de Meazkaitz.

Unas cadenas, con algunos alambres y un palo, cierran de mala manera a los coches el paso de entrada al despoblado de Zay, mejor, al «Zai-ko Nagusia» (¿Señorío de Zay?).

Bajamos con el sobrecogimiento que da entrar en una heredad privada, cerrada con una cadena y circundada de pinos tan solemnes y serios.

El caserío pardo-tejoso está en la hondonada, entre árboles frutales y un roble corpulento, intacto y verde como si estuviéramos en agosto. La iglesita medieval de San Esteban, toda de piedra sillar, y un pequeño pórtico con frontón, se rodea de zumaques, yedras, rosales y un magnolio. Unas estelas funerarias se reparten el yerbín, antiguo cementerio.

La casona, en la que pasan temporadas los nuevos dueños de Zai, abarca la primitiva vivienda, una pequeña casa alargada, y la casa, mucho mayor, a cuatro aguas, construida después y unida a ella en forma de V. Sobre la puerta de entrada corre un balcón de madera apoyado en un poste de piedra. Hay algunas ventanas con cristales rotos.

Enfrente de la iglesia hay otra casa cerrada, y alrededor algunos cobertizos bien mantenidos.

Hubo en el siglo pasado aquí 2 vecinos y 22 almas.

Un ganadero del Baztán tiene arrendadas las hierbas.

En estos poblados solitarios, de atmósfera encantada, da casi miedo hablar alto. Cualquiera duende puede abrir una ventana o puerta y aparecer algún endriago o vestiglo, si se da el caso.

No parece, pues, nada extraño que de repente oigamos una dulce música de flauta o txistu, allá lejos, y que vaya acercándose poco a poco. El encantamiento es realidad de pronto cuando vemos sobre la carretera que lleva a Errea dos hombres, maduros por el hablar, vestidos con una especie de chandales blanqui-azules, que tocan con el txistu unos aires tradicionales vascos. Nos quedamos oyendo y mirando embobados y nos cuesta salir luego del aturdimiento.

—¿Estamos en una película de Fellini, *La Strada*, *Amarcord*, *Giulietta degli Spiriti*?

—Eso parece.

Se oye ladrar unos perros lejanos. Y un continuo tintineo de esquilas.

Pasan muchos coches hacia Errea.

—¿Habrá alguna fiesta?

Errea, visto desde el último recodo de la carretera que baja hacia él, es un pueblo muy bonito. Está apoyado en los últimos estribos rocosos del Otamendi y alzado sobre unos barrancos con árboles. Parece que lo hubieran puesto así para que tomara en su ancianidad, por las tardes, el sol que se demora ante el circo de montañas que preceden al Valle de Arriasgoiti.

Un hombre que lava unos puerros en el aska de la fuente cercana al pueblo nos explica que los que han venido son cazadores de jabalí o caminantes de domingo. Unas yeguas jóvenes, con sus colas y crines burrieles, pastan en las laderías. Ahí vienen tres hombres hechos y derechos, bien equipados de ropa, negros y pizmientos de sol. Nos saludan y siguen su camino.

En Errea hay tres casas habitadas y una iglesia muy modernizada, dedicada a Nuestra Señora del Rosario, que guarda una valiosa cruz parroquial del siglo XVI y una Virgen gótica inspirada en la aragonesa Nuestra Señora de la Huerta.

En una, la más grande, construida en 1732, un «inri» inscrito en la dovella clave, vive habitualmente una familia, a la que toca esta

vez tener el presidente del Concejo. Junto a ella juega una niña rubia y ladra un perro desesperadamente. En otras dos casas habitan, respectivamente, dos solteros que vienen al pueblo los fines de semana y en otras ocasiones.

—Ahora estamos en paro y vivimos aquí.

Una casa de éstas tiene fecha de 1800, y la otra, hita, Casa Beltrán, lleva inscrita en la clave de la portada, además de la fecha, 1739, una cruz central con adornos y una especie de flechas-hojas a los dos lados.

Tuvo Errea, el siglo pasado, 5 vecinos y 44 almas. Hoy casi tiene el mismo número de casas y muchas menos almas. Y cuerpos, ya se entiende. Sólo una casa derrumbada, con una bella portada aún en pie, es testigo molesto del declive.

Nadie se dedica, «en estas lueñas y apartadas» tierras, a la agricultura ni a la ganadería. También aquí los pocos prados han sido arrendados a unos ganaderos de Elizondo.

Volvemos. En el primer altozano se aprovecharon las paredes bajas de piedra de la que fue ermita de San Pedro para acomodar un cementerio. Lo preside una gastada cruz de madera, clavada en el muro que da al pueblo. Hay una lápida pequeña y blanca, que parece reciente, con las letras de la inscripción borradas, y otra, más grande y antigua, donde puedo leer la palabra «requeté». Un ramo de flores dejado el 1 de noviembre es todo el adorno vegetal de este camposanto.

En Setuáin hay dos casas habitadas, donde el siglo pasado hubo cuatro, con 30 almas. A la iglesia de San Juan Bautista se sube por unos peldaños, que están al otro lado del carretil. Es tarde para pedir la llave y contemplar la Virgen románica, por desgracia muy reformada. Adjunto está el cementerio, un yerbín con una lápida acostada a la pared y tres hermosos cipreses.

Cuando nos acercamos a una casa vacía, con inscripción y adornos en la clave de la portada (1790), un perro que parece montar la guardia ni se inmuta. ¿Qué le pasará a ese perro? Una

mujer joven y garbosa, con chandal, riega los tiestos de la casa vecina. Una manada de perros vienen de la casa de abajo y nos obliga a volver sobre nuestros pasos.

Ya en la carretera, sale un hombre joven de la primera casa, fachada un poco cóncava, alero de madera arreglado y una flor de lis con una paloma labradas en la clave.

—Le quitaron del escudo una serpiente porque decían que daba mala suerte.

El dueño no vive aquí, pero tiene ovejas dentro. La compró hace poco y está contento con la compra. Nos dice que los curas se llevaron no sé qué cosas de la iglesia, y que, gracias a don Amadeo Marco... Dos estribillos que el viajero ha oído varias veces por estos pueblos de Dios.

* * *

En Baratxucta hay unas manchas de nieve. El Goitean y el Arzábal siguen en su imperturbable guardia fronteriza.

Bajamos hasta Larrasoaña. Todos los árboles perdieron ya su antiguo esplendor.

No nos gusta nada el colorín de la puerta del cementerio.

Sudados y algo correosos, como Aldonza Lorenzo cuando la criba, volvemos en coche hasta Pamplona.

ARRIETA Y VILLANUEVA

Se ve un poco de nieve en Ortanzurieta y en Mendixuri, y el cielo se hace de bronce. Nos tememos ahora que en Roncesvalles la niebla no nos deje dar un paso. Pero en Pamplona nos ha salido un sol tan sano en medio de este diciembre anticiclónico, que nos hemos dejado engañar y hemos llegado hasta aquí.

Los tejados de uralita y zinc de la Colegiata se confunden fácilmente con la borra.

Dejamos el coche junto a la nueva capilla de Roldán, en Ibañeta, y subimos decididos por una pista, ya casi borrada por la niebla, que va hacia Girizu.

—Hasta donde lleguemos.

Está la niebla hecha hielo sobre los juncos, sobre las matas, sobre las hierbas, en forma de agujas o de pequeñas cuchillas dirigidas hacia el oeste, que es cosa de ver.

—No había visto esto nunca.

—Ni yo.

Ahora sí que puede decirse aquel verso guilleniano:

«El viento viene lleno de cristales».

Cuando llegamos a las primeras hayas, el espectáculo es bellísimo. Parece cosa de cuentos, porque no es niebla, no, sino niebla

helada, que es mucho más bonita. Las cercas metálicas del poste repetidor parecen esas tapias con cristales de botellas que vemos en las huertas de nuestros pueblos. Pero son cristales de nieblas heladas, cascós de botellas líricas de hielo.

Tenemos que volver. No vemos, no para jurar, que no tenemos esa mala costumbre, sino ni siquiera para andar. Volvemos a ver si cogemos al sol.

Lo cogemos cuando llegamos a la Venta de Arrieta. Vemos la seductora torrecilla de Villanueva y hacia allá que nos vamos.

Superada la *ese* mayúscula de la carretera, nos plantamos en el anchurón que hace de plaza del pueblo, ahora fría y solitaria.

Desfilan unas nubes breves ante el sol, que se queda solo y omnímodo. El dueño de Matxiarena, con un gorrito gris, se entretiene junto a la puerta de su casa que da a oriente. Es, como casi todas, alta de dos pisos, en hastial, con una custodia grabada en la clave de la puerta y, como casi todas, de mediados del siglo pasado. Del alero pende una polea.

Todas fueron rehechas sobre las antiguas, de las que quedan, como en ésta, unos restos que sirven de cuadras o almacenes.

—¿Se quemaron las casas, igual?

—No hemos oído nada de eso lo que es.

Tampoco guardan memoria, como en otros pueblos de la Montaña, de guerras y ocupaciones.

Los hombres de estos pueblos lucharon a favor del Príncipe de Viana y de los últimos reyes de Navarra, así como contra las fuerzas francesas en los siglos posteriores, al servicio del rey de España. Algunos fueron deportados al país vecino. Engrosaron después las filas carlistas. Los pueblos sufrieron exacciones y violencias, pero el Valle se libró, con sonoras excepciones, de los estragos que padecieron los Valles vecinos. Tal vez, por su difícil accesibilidad, Villanueva y Arrieta se libraron mejor que otros.

La pared oeste de la iglesia hace de frontón. Se llama Iraberri, palabra que recuerda el viejo nombre vasco del lugar.

Desde el atrio que da al sol nos asomamos a la breve hondonada de landas, dominada, al norte, por los montes que llevan los nombres de los dos pueblos, y, al este, por el escarpe calizo de Juandetakako, seguido, más abajo, por el de la Peña Pausarán.

La puerta norte de la casa que tenemos delante lleva, grabada en piedra, la fecha de 1812. Llamamos a la puertecilla lateral, sobre escaleras, que da a la plaza. Nos sale una mujer con tres niñas. Se ve un pasillo largo, de madera de roble, lleno de cuadros. Cerca de la puerta hay una exposición de cabezas disecadas de jabalíes, de un corzo y de un ciervo; todos del país.

Tienen en esta casa la llave de la iglesia y nos acompañan a verla. Es un edificio de estructura romanizante, como casi todas las del Valle, rehecha en el renacimiento y restaurada en el siglo pasado. Tras el pórtico moderno, la puerta, de arco de medio punto, está enmarcada por pilastras que sostienen un entablamento con adornos y fecha de 1844. La torre, alzada sobre la estructura de la medieval, y rematada en chapitel, se construyó en los últimos sesenta.

Por dentro está bien restaurada. Los arcos fajones recorren una piedra rosácea.

La señora Torrea no es del pueblo y, a excepción de San Andrés, que es el patrón, no distingue bien el santoral del retablo, presidido por una Virgen romanista. Los retablos laterales, presentan una excelente iconografía franciscana de la primera mitad del siglo XVII, en relieve, procedentes tal vez del convento de San Francisco de Pamplona tras la Desamortización.

Dos chicas estudian en Pamplona y la pequeña va a la escuela de Aoiz.

—¿Ya habéis escrito la carta a los Reyes?

—No, aún no.

En la pared lateral de la casa vecina que tenemos enfrente domina un gran escudo alto, con lobos y veras.

En el barrio de arriba, al que se llega por un cómodo camino, entre berzas y cardos helados, hay cuatro casas, muy arregladas, una incluso con soportal.



El «viejo» de Matxiarena se quejaba de que algunas casas estén vacías en estos dos pueblos. Las casas son las mismas, poco más o menos, que hace un siglo, pero los habitantes, como en todo el valle de Arce, muchos menos.

Queremos ir al monte a tomar un rato el sol. La señora Torrea nos dice que merece la pena subir a Lerdengibel (espalda esbelta), desde donde se ve el llano de Burguete y Roncesvalles. No vamos a tener tiempo.

—Adiós. Felices Pascuas. Muchas gracias.

Nos quedamos mirando, antes de bajar, hacia la sierra de Labia, farallón calizo de tres curvas convexas y una cóncava, bajo el que se refugian los dos poblados más pequeños del Valle: Saragüeta y Lusarreta, que son desde aquí dos caseríos del mismo belén montañoso.

Después de bajar la *ese* larga, la carretera hace una *uve* minúscula y bien abierta que nos deja en Arrieta, el pueblo más grande de Arce, con una docena y pico de casas. Arrieta ha dado raíz a muchos linajes ilustres repartidos por todo el mundo.

La iglesia y la mayor parte de las casas están en un altillo rocoso, claramente defensivo, ahora decorado de plantas, mientras el resto de las viviendas se alinean en la calle de San Lorenzo que da la vuelta al pueblo.

La primera a la derecha, casa Inda, tiene una inscripción fechada en 1611, con una leyenda en latín: «*Honor et gloria soli Deo JHS et María sint nobis lux et vita*».

—Pero la casa debe de ser de antes —nos dice un hombretón que sale de la misma casa y nos ve leer a duras penas el letrado.

Un edificio gótico, con escudo en la clave y ventana amainelada, está deshabitado. Junto a él, casa Charles data de 1820. Un señor mayor se asoma a la ventana. Alguien debe de preguntarle por nosotros, porque se le oye decir en voz alta:

—Son unos que están retratando.

Cerca está el palacio de Casa Marterena. Alguien nos ha dicho antes de él:

—Sale en un libro de la Caja de Ahorros.

Tiene elementos del siglo XIII, restos del patio de armas y del foso, junto a un torreón con abertura para el puente levadizo, y una portada gótica. El dueño está clavando unas tablas, una especie de marco, sobre el suelo.

Le preguntamos por el palacio. Está contento porque «Príncipe de Viana» le va a pagar bien la próxima reconstrucción. Me atrevo a decirle que sobra el cemento del balcón. Se sonríe seguro y nos confiesa:

—Todo eso desaparece.

Se caen las últimas hojas de los membrillos, de los perales, de los manzanos.

La iglesia de San Lorenzo empieza también en el medievo y termina en una restauración que se quiso primorosa en los años anteriores al Concilio. El pórtico lleva fecha de 1826 y una inscripción recuerda lacónicamente al «abate Ellya».

Por dentro parece la capilla de un convento o de un colegio de gente muy enterada y fina. Es un perfecto ejemplo de restauración litúrgica de los años cincuenta: los bancos, el altar, el nuevo baptisterio, las vidrieras trinitarias...

—No me gusta, qué quieres que te diga.

A un lado, discreta, la Virgen gótica, repintada. Inspirada en la de Musquilda, tiene una cara ingenua y alegre. En medio del atrio, la antigua pila bautismal hace de jarrón central o de fuente ciega, rodeada de plantas y flores, ahora heladas.

Damos una vuelta por la parte alta. El pueblo está muy cuidado, muy bien pavimentado. En la casa llamada de «La Piedad», antes «José», sacamos una foto al dueño, a dos muchachos, y a la portada con ventana ajimezada y rota:

—No se apure, las han roto en casi todos los sitios.

¿Para tener la ventana más grande, con más luz, y poder sacudir mejor la ropa? ¿Por qué no?

Vemos, en fin, el viejo palacio de Ezar con sus cuatro lobos en el escudo, todo un símbolo, y la fecha de 1658.

Subimos andando por un buen camino de tierra rojiza, agrietada por las aguas escurridizas.

No tenemos tiempo para llegar al Lardengibel y nos quedamos a la altura del Oyanbizcar, sobre Villanueva, carne de foto y contento de los ojos.

Vuela, agudo, un pajarraco negro. Los escaramujos de los bordes del camino lucen, únicos, sus farolillos rojos entre el robledal.

La sierra Labia dormita al sol, bien apoyadas las patas en Lirán, y con el cogote erguido en Larrogain.

Canta el agua en una fuente de Arrieta.

Volvemos por el paraíso del Urrobi, río que canté una mañana en que llovía si Dios tenía qué.

Hoy el buen sol, sol repetido en este larguísimo otoño, resalta la color macilenta de los campos sin agua.

DESDE BIGÜEZAL A LA SIERRA DE LEYRE

El sol de este primer invierno funde la escarcha por tierras de Ibargoiti.

Desde el alto de Izco contemplamos la «lechosa claror del horizonte», que diría el maestro Azorín. La lechosa claror del cejo sobre el río Irati y de la vaharina sobre los montes de alrededor.

Unos cuervos sobrevuelan la sembrada del Romanzado, en la que asoman unos hilachos verdiamarillos que no pueden crecer por la sequía. El campo no vale dos habas.

Está Bigüezal tan solo como solía. No se ve un alma por el pueblo. Un perro vagabudea por la bonita plaza de D. Amadeo Marco, donde las antiguas escuelas se han convertido en el elegante Bar Bigüezal, que es a la vez centro recreativo.

Campos tristes y solos, tierras de matorral, oleadas de montes y montecillos, unos encima de otros. ¡Qué serena sensación de lejanía y abandono!

El carretil que lleva en principio hasta Arangoiti nos deja en el descargadero de madera, frente a la sierra de Leyre. Cogemos otro que lleva a Lando.

Pinares albares, altos y rotundos. Bojes, gurrillones y enebros.



Hay unas pequeñas charcas heladas por el camino. En el raso abierto quedan algunas planchas de nieve. Sobre la nieve, muchas huellas. Paulita se empeña en que son huellas de osos, del *ursus pyrenaicus*, según ella.

—El oso está arriba, mujer.

—¿Y por qué no puede bajar hasta aquí?

—También es verdad, que no está tan lejos.

Alguien recuerda que ahí, enfrente, tenemos el Paso del Oso, sobre el monasterio.

Lo cierto es que son cinco dedazos y el largo talle de la planta. Hay también otras huellas de animales y de hombres. No somos expertos en calcas o pisaduras y vamos todo el viaje imaginándonos al oso que puede salirnos en cualquier descuido: cabeza grande, orejas pequeñas, patas gruesas, vestido de crema pálido a pardo oscuro, torpe y pesado de suyo pero ágil y pronto en cuanto nos vea y nos oiga.

Ascendemos por la cañada real, la vía que lleva del Valle de Roncal a las tierras calientes de la Bardena.

La cañada sube entre pinos royos, algunos quejigos, bojerales, enebrales y gayubales. Algunas hayas crecen decididas junto a los mismos pinos, disputándoles el aire y el sol. Las pobres, menos rentables tal vez, fueron arrancadas de estos parajes y ahora vuelven por sus fueros: nunca mejor dicha la expresión.

Se conserva bastante bien el empedrado de la cañada y a veces también el pastizal, una servidumbre de paso a lo largo del trayecto, pero los pinos silvestres, colonizadores y glaucos, van invadiéndolo todo.

Desde un raso muy abierto, casi al fin de la ascensión, nos damos de bruces con la pantalla nevada del Pirineo, desde el Ory hasta Somport. La nieve es aún poca pero la suficiente para que el fondo sea fascinante y a la vez remoto, de tan bello. Contrasta con ese alboroto blanco el cercano alto del Borreguil, último baluarte de

la sierra de Illón, todo verdinegro de frondosas mediterráneas. La ermita de San Quirico, donde comienza la sierra, parece un molso de nieve.

Un último pechugón, entre pinos y hayas, ya con la pista perdida, y alcanzamos el cresterío de la sierra de Leyre, siguiendo nuestro «natural distinto».

Nos asomamos por Paso Ancho, tras un pequeño pastizal invadido por retoños de hayas y renuevos de pinos.

Tenemos delante de nosotros un paraíso de horizonte. El pantano de Yesa, bajo los montes borrosos de Aragón, es ahora un lago romántico, azul celeste a trozos, a trozos azul de Prusia y, si la sombra lo oscurece, azul marino. El azul se hace azulejo cuando el sol, que se deja velar a ratos por la calina, resplandece directo sobre el agua, la trocea y la vidria.

Está el pantano bajo y al agua de la rebalsa le salen troncos y ramas como si fuera un bosque fluvial.

Al restaño se le entra por los flancos más débiles la tierra reseca, recomponiendo, paso a paso, el mapa que un día fue.

De pronto un águila real, oscura y majestuosa, surca el espacio azul con los grandes remos de sus alas y se pierde a nuestra izquierda, como un sueño.

—¿Pero es águila real?

—Sí, sí, seguro.

—¿Tan seguro como el oso?

—Mucho más.

El tintineo de unas esquilas invisibles sacraliza la majestad de la belleza matutina.

El cono de Tiermas hace de puerto nostálgico, de faro geográfico y de museo histórico.

El color índigo de los montes aragoneses se ahoga en el ancho azogue del pantano. Las margas erosionadas de las orillas vuelven

a su antiguo papel prehistórico, mientras los pinares de repoblación suben como un viento verde hasta tocar las lindes de las carrascas.

En esa frontera dudosa, se ven unas charcas con agua y unos cobertizos de uralita. Distantes de nosotros, el gran cubo del monasterio y la ocre pequeñez de la iglesia románica se protegen del Sur tras un serrijuelo de tres lomas, que sortea el río Aragón cuando se libra de la trampa del pantano.

Desde el arranque de la pendiente sube el lienzo, color café con leche, del quejigal, colgado de los escarpes rocosos, festoneados por unas hayas gráciles, de alas cenizas que podrían volar en cualquier momento.

La sierra de Peña levanta su corpachón en el inseguro mapa de fosca. Desde San Pedro a Chucho Alto y desde Santa Agata al Alto de Lerga corren dos líneas paralelas y discretas. Más a la derecha, de Olaz hasta Alaiz, se tensa la última raya montañosa que podemos ver desde estos peligrosos miradores.

Nos montamos en el caballo galopante de la sierra, hecho de calizas y dolomías arenosas, y cabalgamos soñadamente por dulces reinos de fantasías. Nos sentimos más felices que si fuéramos condes de la ínsula Firme.

Tenemos que volver. No encontramos el camino más corto de descenso y nos perdemos entre los pinares de la umbría, llenos de ramojos, hasta salir a una senda cómoda que nos devuelve, después de mucho andar y de mirar el reloj, al carretil que conduce al cargadero de madera.

Señorío nobiliario desde la edad media, Bigüezal continúa expuesto al sol y a los vientos que le llegan de las dos sierras entre las que resiste la soledad.

La iglesia de Santa Eulalia tiene la torre un poco más alta que la nave y un pórtico acogedor y contenido. Todo, color terroso de siglos.

El caserío ha conservado su linda estampa fotogénica, bien encalado y listo para cualquier toma.

La ermita de Santa Quiteria, abogada contra la rabia, guarda los muertos del cementerio.

Pocos recordarán que en este pueblo nació y en él ejerció de párroco durante unos meses de 1823 Don José Areso (1797-1878), luego fraile franciscano, comisario general de Tierra Santa, restaurador de la Orden sobre todo en Francia, famoso predicador y escritor apologético en español y francés, que murió en el convento bajonavarro de Saint Palais.

En el trayecto de Bigüezal hasta el Irati llevamos delante la película en color de las sierras de Archuba y Zariquieta, sobre Urraul Alto, y la más cercana del circo de Ugarra, la peña de Napal y la base irregular del triángulo de Idokorri, verdioscuro de carrascas y pinos. Iso es un viejo belén sobre el Cerro del Cristo.

Hay un pico de nieve sobre la Peña de Santa Bárbara.

Nos miran pero no nos ven los tres ojos del puente sobre el río. Son las cuatro de la tarde.

CUANDO NO LLUEVE EN IBARGOYORA

No llueve en Donamaría, Doniane o Donamari. No llueve en Ibarгойora. Ni en el Valle de Lerín. Ni en toda Navarra.

Dejamos el coche, pasado Santesteban, junto a una casa con huerto. En el huerto hay dos pavos, uno con la carúncula azul, otro con la carúncula roja, y los dos con el moco colgando. Los dos, qué cosa, gluglutean a la vez. Un perro sale en su auxilio y se viene hacia nosotros, pero la dueña sale a su vez a calmarlo.

Una señora con acento francés, pelo teñido y un perrillo faldero en la mano, que va tan campante por la carretera, nos indica la dirección hacia Santa Leocadia.

—Por ahí.

—*Merci, madame.*

Criban la luz unas nubes grises. No hace frío. De vez en cuando vemos un trozo de cielo cobalto, restalla el sol y lo encorralan las nubes de nuevo.

Subimos con buen brío y continente por un camino mal arreglado, entre castaños, robles pedunculares, fresnos y arces; a la derecha corre un tupido robledal. Nos topamos luego con un pinar de repoblación.

Pasa un mozo alegremente vestido que trae unas ovejas lachas hacia Santesteban.

—Voy a ver si las llevo a pastar algo, porque está secándose todo.

Hablamos de la seca, de una seca como no se conocía hacía muchos años.

—¿Viste ayer en la tele lo de Galicia? Era de pena.

—Pues aquí... parecido.

También aquí, la verdad, el campo esté revejudo. Revejudo o revejido.

Nos asomamos a unos largos helechales secos, tras los que se abre el horizonte sobre el Valle de Ibarгойora, toponímico documentado en el siglo XIX para definir el conjunto de Gaztelu y Donamaría.

Estamos en Bordazelaieta.

Hay que detenerse aquí y sorber con los ojos esta suculencia de paisajes hasta donde los montes lo permiten: el Mendaur, entre boiras, y las crestas del Loizate, el Aloña y el Ekaitza, por un lado, y, por el otro, el Bonozorrotz, el Argibel y el Garmendi. Un rebaño hosco de montes menores baja desde las alturas y se aprieta contra los breves valles avenados por el Gualbayalarre o Errecastillo, el Txarruta, el Anizpe y el Ezpelura, que llevan sus devaneos, bajo puentes oficiales, hasta la suave placidez del Baztán-Bidasoa.

Se resbala un poco el sol entre las nubes, que pronto vuelven a envolverlo. Domina todo una luz pálida, turbia, como ciega. No hay nadie por estas soledades. Suben y bajan las colinas por donde triscan los caseríos y las bordas. No triscan sino balan como inválidos los rebaños en los pastizales secos de las colinas y sus balidos atormentan el aire quieto de esta mañana de Santa Agueda.

Santa Lucía, la que las fiestas cría.

Santa Aguedacha, la que las despacha.

En las colinas de Rwanda, siempre de un verde recién llovido, que acabo de visitar, se oye un clamor de niños, de vida abierta y pública que puebla los innumerables lotes de tierra en que se divide su miseria. Aquí lo llenan todo estos balidos quejumbrantes, a los

que se les une de vez en cuando el ruido sordo de los coches que van por la carretera de Arce a Gaztelu.

El color noguerado de castaños y robles se distingue bien de las hayas cada día un poco más amarrotadas, del verde esmeralda de los pinares y del anaranjado seco de los alerces. Los helechales cortados están pardos rojizos. Los prados perdieron aquel verde grasiento, aceitoso, y están ahora, en el mejor de los casos, pintados de verde veronés y, si los rebaños pasaron por ellos, de verdiamarillo y hasta de amarillo de cromo medio. Los maizales, hasta hace poco en pie, están casi consumidos.

El barrio de Igurin es un palomar de doce casas, de donde sale humo. Sale humo de muchos sitios. Seguramente están quemando los rastrojos de los helechales, pero desde aquí parece que la sequía comenzase a arder por los cuatro costados.

En el altillo de Arizmendi, bajando ya hacia Donamaría, nos damos con el cementerio nuevo, que desde lejos nos semejaba una discoteca, con perdón. Pues no, es el «Donamariako Hil-Herria»: pueblo de muertos de Donamaría. Tras una reja forjada está el altar con una ara de mármol bajo una cruz del mismo material y en torno a él un semicírculo de tres pisos de nichos, todo de bloques de hormigón, igual que el suelo. Algunas flores en los más próximos cubículos.

Todo nos parece frío, feo y ajeno. Descansen en paz los que ya estén aquí.

Un poco más abajo está el viejo cementerio, entre viejas, casi caídas, tapias, pero lleno de muertos, lápidas y flores. ¿No pudo renovarse y ensancharse éste y evitarse aquél? No hay nadie por aquí para preguntárselo.

El barrio de Arce conserva, bien airado y airoso, su caserío sobre una loma bajo el monte Osaidor. Las cuatro casas, literalmente cuatro, de las Ventas juegan a las cuatro esquinas de la carretera.

Bajamos por el ribazo hacia el lugar de Donamaría, que tiene unas pocas casas, grandes, blanqueadas y dispersas. Al final está el convento, grande, limpio y bien pintado, de las monjas.

La iglesia de la Asunción, cilíndrica de cuerpo, se cubre con un gorrito cónico, terminado en 1846. En el atrio porticado queda un resto de lo que fue una cruz de «misión», e intacta la placa del Corazón de Jesús con el «Bendeciré las casas en que la imagen...». El anchurón está ocupado por un campo de maíz cercado con bloques de hormigón.

A un tiro largo de piedra está el, tantas veces fotografiado, palacio-fortaleza, casa-torre o *jauregia*, típica torre de linaje del ocaso de la edad media. De planta cuadrada y construida con recios sillares, conserva su primitivo «cadalso» de madera, ya muy deteriorado, cubierto con tejado a cuatro aguas. Nos recuerda la iglesia de Castillo-Elejabeitia y la casa torre de Arráyo. Junto a ella, dos cobertizos pequeños, unas pilas de troncos cortados y tres metas de helechos. Nobleza campesina, hecha de tradición y trabajo cotidiano.

El viejo molino cercano, con tejado a cuatro aguas, se deja devorar por la hiedra, mientras el río se le ríe y pasa.

Oímos una trikitixa en el barrio vecino de Ascárraga. Le preguntamos a un mozo que saca leña de un montón protegido por plásticos, junto a *Dominika etxea*.

—¿Qué es eso, un acordeón?

—Sí.

—¿Del Carnaval?

—Sí.

—¿Van por las casas?

—Sí.

—¿Los chicos del pueblo?

—Y las chicas.

Algo es algo. Pasamos por encima del Gualbayalarre, que atraviesa el estrecho valle desde el macizo de Demanda y continuamos hacia Gaztelu por la carretera. Algunas pequeñas cercas dejan ver

a las claras las ofitas, rodas volcánicas que componen parte del suelo que pisamos.

El barrio de Ascárraga tiene algunas casas bien compuestas, como *Zurienea*, de buena piedra sin pintar, y con un gran arco de entrada sin puerta. Unos adolescentes, con chandales vistosos, se sientan en un paredón.

-Es casa de éste.

-Y ¿qué hacéis que no vais con la trikitixa?

-Bah...

Los de la trikitixa están ahora mismo bailando en corro junto a esa casa de arriba, al son del ya clásico

*Bat, bi, iru, lau,
bost, sei, zazpi...*

Son chicas y chicos, pequeños y grandes, vestidos algunos con gorros carnavalescos. ¡Suerte con los regalos!

A la puerta de un caserón están descargando una carreta tirada por bueyes. Cuenta Henningsen, aquel capitán escocés de lanceros en el ejército de Zumalacárregui, que en marzo de 1834 Mina destruyó la fundición carlista de este pueblo, propiedad de los señores Goicoechea y Latiegui. Andaba el caudillo liberal buscando activamente los cañones fundidos por don Vicente Reina en la herrería de Zumarrista, en el bosque de Labayen, tras encontrar uno de los morteros grandes. Así que vio Mina que, por temor a sus posibles venganzas, habían huido los vecinos de Donamaría, hizo que mataran a tiros a los bueyes que fueron empleados en el transporte de los cañones. Al militar y escritor escocés esto le recordaba los latigazos que el rey persa descargó sobre el Hesponto.

En Gaztelu, como su nombre lo indica, debió de haber un castillo o casa torre. Aquí vivió aquel don Pedro de Gaztelu, que abandonó sus bienes por guardar fidelidad al rey navarro, quien lo hizo notario y clérigo de la Cámara de Comptos en 1462; siete años más tarde la princesa Leonor le dio la pecha del lugar de Iriso.

—¿Y qué nos importa a nosotros ese personaje?

—Hombre, para una cosa que uno sabe...

En la terraza de una casa con escudo, junto a la carretera, patina alegremente un chaval. Le preguntamos por dónde podemos volver mejor a Santesteban

—Por el camino que sale de la plaza.

A primera vista no hay plaza en Gaztelu. Se llama así el anchurón que se extiende delante de la iglesia de Santo Domingo, que guarda un retablo de la primera mitad del siglo XVIII y, sobre todo, una preciosa escultura de la Inmaculada así como un bonito lienzo con la adoración de los pastores, todos vestidos de regocijo y fiestas. Enternece contemplar aquí y ahora, cuando en el valle balan los corderos, este regalo de la devoción y de la vista.

Tomamos el camino que parte de la plaza y zancajemos hacia Bertizarana, donde, bajo el recuadro, se extiende Legasa, lindo pueblecito no destruido por la cuota que le tocó de Laminaciones. El Oteixón, el Mallur-Kete y el Amaburu llevan a sus espaldas una declinante tristeza.

Santa Leocadia o Locadia, ermita y vivienda, con su campanar de ladrillo rojo por montera, se asoma al Valle, entre un bosquecillo de árboles fieles.

Un carpintero (*kokil berdea*) tamborilea contra el tronco de un roble.

En el último tramo del camino pasamos bajo unos castaños corpulentos como pocas veces habíamos visto. Tienen aún colgando algunos erizos boquiabiertos. Una plantación de pinos insignes se seca sin remedio en el Arregui.

Descansamos un poco y sacamos nuestros soles al sol de febrero que se ha quedado solo como un señor.

En nuestro semiinsomnio oímos el tamborileo del pájaro.

Bajamos la cuestecilla de Amunakobidea, mientras la luz de mediodía rebota en la blancura de las casas de Elgorriaga y Santesteban.

La descripción que de Santesteban, pueblo entonces cristino, nos dejó C. F. Henningsen, no nos parece tan lejana:

«Las casas están casi todas pintadas de blanco, con tejados algo por el estilo de las moradas suizas o piamontesas (...). Antes de la entrada del pueblo hay un paseo sombreado por viejos árboles a la derecha, donde los burgueses pasean por la tarde. Santesteban está habitado por muchas personas de clase superior a la de los labradores o campesinos, y hay muchas «villas» y casas de campo en su vecindad (aunque ahora casi todas están cerradas y abandonadas), donde los habitantes de Bilbao y Pamplona pasan los meses en que pueden dejar el comercio».

En Santesteban nos paramos unos minutos para hablar por teléfono. Recordamos aquella visita, difícil de olvidar, en la que nos enamoramos de este pueblo. Hay una pausa de silencio, de sol y de nostalgia en el frontón de guante.

A orillas del río Baztán, cuelgan ya los avellanos sus flores masculinas, tintineando el aire de primavera.

MUNDO COMO CARCEL

Me asomo al ventanuco vergonzante de la cárcel
para asirme al lejano y recortado resplandor de la noche.

Me agarro a las rejas cruzadas, lo mismo que un enfermo
que se viera inseguro ya sobre su vida.

Me enloquece el unánime color de las paredes,
de mesillas y camas de esta vieja enfermería,
recinto clausurado de dolencias,
y el cerrojo brutal e inexorable
traspasa mis sentidos.

He temido unos minutos quedarme sin aire y sin espacio,
o quemarme aquí solo
en un violento incendio imaginario,
como una pobre bestia taponada en su cueva.

Vuelvo luego cansado,
avergonzado casi,
a mi cama doblemente paciente,
y pienso si no estamos
tantas veces en el mundo
en celdas blancas, conclusas...
y un cerrojo furioso

VICTOR MANUEL ARBELOA

sujeta implacablemente
las puertas de una múltiple esperanza.

Cárcel de Pamplona, 5-2-1975

RONCESVALLES - LINDUX - RONCESVALLES

F ebrerillo está loco porque no llueve ni tiene pintas de llover. En Egüés vemos las primeras sembradas verdaderamente verdes.

Nos cierra el horizonte un halo de calima, en el que se envuelve también el gigantón de Izaga, adonde suben hoy en rogativa los agricultores de Izagaondoa pidiendo lluvia. La calima es la ceniza que queda del incendio de la mañana que se levanta sobre los sequerales.

«Boicot productos franceses», leemos en la pared de una fábrica de Aoiz.

—¡Estáis buenos!

—¿Y si el agua viniera de Francia?

Las basuras están donde estaban. Como no hay viento, al menos se están hoy quietas.

—En el monte de la Cañonera pusieron cuando la República una cruz muy grande hecha de espejos para que se viera bien en los alrededores.

Miramos hacia allá para no mirar a las basuras.

La «buena moza» de Nagore toma el loco sol de febrero. El Urrobi baja como lamentándose de lo magro y cojo que se va quedando. Cuán triste es ver un río cojo. Santa María del Camino, desde su ermita casera, nos abre la vía del Pirineo.

Subimos a prisa desde Roncesvalles hasta el puerto. Esta vez tomamos el buen camino que nos lleva hasta Lindux. Hay unas estrías de nieve en Ortzanzurieta. Tamborilea el sol sobre Lepoeder, Astobizkar y Menditxipi. Pasamos junto a dos nidos antiguerrilleros, de los tiempos del *maquis*, disimulados en los ribazos.

Un poco más adelante podemos recorrer de un vistazo el hondo e interminable zig-zag, por donde culebrea el Luzaide, que nos lleva hasta Valcarlos y su barrio de Azoleta, dos regueros de caseríos bajo el pico geológico que mete Navarra en el elegante gallinero francés.

Las cumbres de Achistoy, Lauriñak, Meatze y Argaray se solean y se derraman sobre la regata de Hayra, que corre hasta la Nive.

Nos salta el primer arroyo Errekabelta, entre el hayedal. Vamos bordeando el macizo de Baigorribizkay y llegamos a buen paso al collado de Gabarbide, a donde acaba de llegar una familia de Oroz Betelu, matrimonio y dos hijos ya mocicos.

Los muchachos se meten pronto entre las hayas y los padres, bien equipados, comienzan a dar una vuelta. Hablamos de la sequía, tema-recurso de esta temporada, y de Oroz. Ellos viven en La Fábrica, donde no hay tal, y se han venido a pasar el día por aquí. En el portamaletas del coche hay una caja de moscatel.

—Que aproveche y buen trago

—Si gustan...

—No tenemos tiempo. Gracias.

De Ibañeta a Lindux y de éste a Meatze corre la primera línea de puestos palomeros navarros, nidos de cazadores colocados en las copas de las hayas, a donde suben por una escalera metálica. Los cartuchos desparramados en torno a las palomeras son un sucio y repetido testimonio de una intensa actividad y de un desprecio olímpico por el entorno natural.

Dejamos tras de nosotros las piedras mugares o *mugarris* de Valcarlos, Roncesvalles y Burguete.

El repecho de Trona es un tantico duro. Vemos otra palomera disimulada tras un nido antiguerrillero. Bajamos y subimos el collado o cuello hasta arribar, entre toperas aplanadas y negruzcas, a la pequeña cima de Lindux, donde el Club Alpino Baracaldo puso hace unos meses un buzoncito montañoso recordándonos la altitud del monte: 1.221 metros.

Los militares españoles cavaron aquí en aquellos años cuarenta una trinchera y construyeron sobre el islote todo un fuerte de tiro que, después de muchos años, se conserva bien. No se oye otro ruido que el que oía Gabriel García Márquez: «el ruido milenario de la tierra girando en el eje oxidado y sin aceitar».

Está la mañana primaveral y ecuménica. Todo lo que vemos es luminoso y puro. El alto sonido de un avión es, paradójicamente, el único vínculo con el mundo no natural.

Se difuminan allí lejos las casas blancas de Esnazu y Urepel. A pocos metros de donde estamos comienzan: el bajonavarro Valle de Alduides, Francia y, antes del 1 de enero de 1986, comenzaba la Comunidad Económica Europea.

Para los montañosos no existen, afortunadamente, las fronteras, aunque tengamos, junto a los pies, la alambrada que limita los términos de Erro y Burguete. La teórica frontera entre España y Francia, entre el Valle de Erro y el de Alduides, corre administrativamente por un serrucho de montañas azulosas que se llaman Asuregui, Sorolepo, Beodoi, luego Urriska, Argañeta y, más allá, Autza.

Aunque la erosión ha suavizado la hosca faz de estas montañas, brillan al sol, más antiguo aún, los esquistos, las areniscas, las cuarcitas y las dolomías del devónico, que se dejan ver en los derrames, en las cuestas, en los escarpes y en los precipicios, y nos acercan con un cierto sobresalto a los orígenes de la «historia del tiempo».

—Hagamos, al menos, una tienda.

No es irreverencia alguna. A la manera humana, este silencio, este sol, este viento, esta amistad a prueba de curvas y cuestas, nos transfiguran, nos renuevan y hasta nos elevan.

Montes y altas cumbres, alabad al Señor...

Bajamos resplandecientes entre helechales y brezales consumidos, hasta dar con el viejo camino de Alduides a Roncesvalles-Burguete. Hemos visto los primeros narcisos, de amarillo intenso, y nos hemos detenido ante unas violetas pirenaicas. Hemos oído cantar a la bisbita.

Descendemos hasta el fondo del barranco Urre. El Urre se convierte luego en el Zuringoa, que recoge las aguas del Guirizu, del Lindux y del Menditxuri. Desde aquí el paseo se hace paraje ameno y delicioso, cruzado rumorosamente por muchos arroyos. Si ahora no tenemos el verde consuelo de los alisos y de los sauces, nos queda al menos el lustroso acebo, abundante en todo el trayecto, enhiesto arbolito a veces, con las bolitas rojas navideñas pendientes aún.

«El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu...» se dan cita aquí y aquí nos estuviéramos si el día no fuera tan avanzado.

Dos muchachos, con el pecho al sol, vuelven al coche que dejaron aparcado junto al arroyo. Hay unas planchas de hielo en una charca de la umbría. Paredes aún en pie nos recuerdan que en tiempos posbélicos hubo aquí un campamento militar.

Dejamos que el camino continúe, seguro pero resbaloso, hasta Burguete, y nos adentramos por un bosquecillo de alerces. Salimos en seguida por unas pistas recién abiertas que nos llevan hasta la carretera, cerca de la Colegiata.

Bordeando el Guirizu por el sur, pasamos junto a campos llanos. Hay un barranco seco y unos grandes troncos de haya cortados, con el cerne anaranjado oscuro. Cerca de una borda alta con tejado a cuatro aguas, una granja reciente se encarga de neutralizar negativamente el paisaje.

Nos da con su maza el sol de las tres hasta que nos cobijamos a la sombra espesa de los abetos.

–Una coca cola, un vermú y dos cervezas.
No hay nadie más en el bar de la posada.
Esta es una hora sagrada en el calendario tradicional navarro.
No se ve un alma por Roncesvalles.

JOSE MARTINEZ CHUECA

Lo conocí en aquel original y aguerrido Parlamento Foral de 1979 a 1983. Venía del campo de Peralta al campo de la política para defender la política del campo. Fue bueno, trabajador y discreto, con aquel aire de resignación no resignada, con aquella cabeza baja, dispuesta a erguirse ante cualquier ignorancia o cualquier error sobre lo que él había aprendido en la cotidiana universidad del regadío y del secano.

Cuando terminó aquel primer Parlamento y se desgarró aquel grupo parlamentario de UCD, al que Navarra debe tanto, José Martínez Chueca volvió a donde solía, con la naturalidad del hombre natural. Al campo y a los ideales cooperativistas. Cuando un día me tocó ir a Peralta a no sé qué mitin electoral, allí estaba Chueca, por encima de siglas y antiguos compromisos, fiel a los amigos y agradecido a lo que cualquiera hiciera por el campo, fuera la defensa del precio del espárrago o la ley de Comunes.

De su mano salieron algunas preguntas que yo hice siendo senador; por ejemplo, sobre la fábrica de Marcilla.

Desde que fue elegido presidente de UTECO, mi relación con él fue constante. Lo encontraba en muchos sitios, también en los aeropuertos, entusiasmado con defender la unidad de los cooperativistas de dentro y la relación con los cooperativistas de fuera. En las últimas jornadas sobre cooperativismo, organizadas desde Madrid en Pamplona, él fue uno de los pocos asistentes navarros y me acompañó en la defensa de la historia del cooperativismo navarro,

tan mal conocido fuera de nuestras mugas. Allí hablamos de futuros proyectos sobre ayuda a las cooperativas del Tercer Mundo, que no hemos llegado a perfilar, por falta de tiempo de los dos. Le tuve informado de todo cuanto sobre cooperativismo iba aprobando el Parlamento Europeo.

Cuando hoy, 5 de marzo, acompañando su cadáver, pasábamos por los rasos de Peralta, me venía a las mientes la larga historia del cooperativismo navarro, del que Chueca era renovada memoria. Sin esa historia no se entiende para nada la historia global de Navarra.

El cooperativismo agrícola y de servicios unidos a él unió y potenció a los pueblos, evitó durante muchos años la emigración, mantuvo la economía familiar. Hubiera podido ir más allá, como Flamarique y Yoldi soñaban, aliviando, si no remediando, la suerte de los jornaleros, si algunos pocos reaccionarios no se hubieran opuesto y no se hubieran aprovechado del envenenado clima político de aquellos decenios. Después de la guerra, hizo mucho más fácil la industrialización agro-alimentaria y abrió el camino al cooperativismo industrial.

He huido, como suelo, después del masivo funeral en Peralta, del jolgorio que suele seguir a estos actos emotivos. El sol ya tibio de este marzo veraniego daba una luz propicia para enterrar a los muertos y recordar a los amigos que acaban de dejarnos. En los sembrados sitibundos malcrecían los trigos y las cebadas primeras, y las flores blancas y sonrosadas de los almendros nos ofrendaban la perenne esperanza.

Miles y millones de hombres han sudado, sufrido y gozado sobre estos campos trabajados, de los que nosotros vivimos.

Han sido tenaces como arados; pacientes como árboles; sencillos como pájaros; valientes como labradores.

De ellos hemos aprendido casi todo. Ellos nos han enseñado a vivir de una cierta manera, a la que no pensamos renunciar.

DEL IRATI AL IRATI POR LACABE

Alzua reina sobre una república china de colzas.

Aún están los chopos verdicobrizos.

Ezcay, que tuvo a mediados del siglo pasado 3 casas, 3 vecinos y 35 habitantes, ha pasado a ser «un palacio antiguo con una mala torre», solitarios y forrados de yedra.

El río Irati, francés al fin y al cabo, es un río verde y cortesano cuando pasa por la foz o *poche* en que lo encierran la Sierra de Archuba y el Alto de Osa.

Al castillete de Gaztelu-txiki le ha salido una almena morada de lirios.

Las flores de aliaga por los ribazos tienen una luz que pica.

Los pescadores del embalse de Usoz no creen en la telefonía fluvial sin hilos.

Una pasarela rota sobre el río tienta a los náufragos suicidas.

En el puente de Artozqui, que fue destruido tres veces en tres guerras del siglo pasado, dice un letrado: «*Pantano no*». Y luego el lema aviso se escribe por la carretera: «*Pantanorik ez*», «*Itoizko pantanoa ez*», «*Psoe asesino*», «*Esta agua no será embalsada*», amén de otros letreros irreproducibles.

Ha llovido mucho estos últimos días y es gran contento y deleite andar por el campo. Saltamos primero sobre un arroyuelo manso, fruto temporal de las lluvias recientes, y salvamos luego la regata Lacarri, que baja por la hondonada occidental del monte y peña del mismo nombre, entre carrascas, enebros y quejigos.

Ascendemos hacia Lacabe pensando que el pueblo está a la vuelta de la esquina, pero no, qué va.

—¿Cómo es posible que hicieran este pueblo tan lejos?

—Hombre, eran otros tiempos y el camino estaría mejor.

Llegamos a dudar de que vayamos bien, pero en esto que baja un muchacho con un pañuelo en la frente. Buena señal.

—¿Vamos bien a Lacabe?

—Sí, sí, todo recto y luego a la derecha.

—Gracias.

Unas rapaces mironean el nacimiento del barranco y los cerros cercanos.

Estamos por fin en Lacabe, extendido en la solana del Lacarri.

Lo único que nosotros sabemos es que un grupo de jóvenes adictos a una vida en contacto con la naturaleza vinieron a vivir aquí con el permiso de la Diputación Foral de entonces, a la que pertenece el despoblado. No sabemos ahora más ni nos importa: *«De mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas»*.

Vemos unos muchachos tendiendo ropa. Les saludamos y les preguntamos por el camino de Gorraiz. Uno de ellos nos acompaña cortésmente. Nos dice cuántos son, los niños que tienen, y en qué trabajan.

—Este pueblo se abandonó hace 25 años...

Mientras hablamos, andamos. Viene una mujer joven con un niño y un balde. No es cierto, voto a bríos, aquello que dijo Sancho

Panza de que «gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire».

—¿Y las vacas, ovejas, cabras, y yeguas que hemos visto son vuestras?

—Sí, sí.

Hay unos huertecillos bien dispuestos cerca. En lo alto del pueblo, las aspas de un molino dale que le das.

—Vamos a poner pronto un molino mucho mayor...

Retengo en la memoria los nombres vascos de las casas del pueblo: Gorría, Ibarra, Ederrena, Miguelena. Han arreglado las cuatro y han hecho algunas otras. Todo el pueblo es un taller permanente de construcción y reparación.

En casa Ibarra nació en 1876 don Javier Ibarra, erudito investigador y autor de cuatro tomos sobre biografías de navarros ilustres desde el siglo XVI al XIX, de una historia de Irache y de una voluminosa sobre Roncesvalles, de cuya colegiata fue canónigo durante muchos años. Allí lo conocí en sus últimos años, así como a su hermano don Agapito, entonces párroco de Lesaca.

Nos despedimos amablemente. Sentimos envidia de quienes son capaces de vivir en estas asombradas soledades, activos y contentos, «*ni envidiados ni envidiosos*» como diría Fray Luis. Y a la vez agradecimiento, por haber venido aquí y haber redimido estos parajes.

Desde el alto del camino miramos las cuatro viejas casas, las nuevas, el molino y la iglesia, ahora vacía, algo apartada del poblado, con su torre prismática y el cementerio anejo; un precioso retablo de principios del XVI, con influencias platerescas y góticas tardías, se salvó a tiempo de la incuria y ahora está en el Museo Diocesano.

Hemos cogido mal la salida y damos una vuelta mucho mayor que la debida, por Buruxukua, hasta salir al abrevadero, donde hay una fuente, junto a la que están unas mujeres y unas niñas.

Pero así hemos visto desde el Alto de Lacabe la cuenca próxima del Urrobi, el rampante caserío de Uriz, bajo el Aserisito, y a la derecha las alturas del Larregáin.

Una borda solitaria es nuestra próxima referencia. Ahí está. Desde aquí, al pie del Elke, nuestro viaje es una desordenada aventura. Subimos, bajamos, saltamos una alambrada y luego otra, nos perdemos y nos volvemos a perder. Pasamos por antiguos campos de labor, encontramos ruinas de corrales y bordas. Se espesa y se intrinca un variopinto sotobosque de robledal y de pino. El costado del monte es nuestro guía. Tenemos que atravesarlo todo, por arriba mejor que por abajo. Y por sendas de cabras, de vacas, de yeguas o de liebres, no se sabe, damos por fin la vuelta a la ladera y salimos del foscarral donde hemos dejado la paciencia y parte del ajuar.

Si es verdad que *«muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores»* hacen el lugar apacible, también lo es que a ratos nos daban ganas de gritar como Don Quijote en Sierra Morena pidiendo auxilios a los «dioses rústicos»: *«¡Oh vosotros, quien quiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada...! ¡Oh, vosotros, Napeas y Dríadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes...!»*.

Se amoratan las hayas junto a los roquedos del Pausarán o Ponsoroa, que sostienen las últimas nieves.

Vemos los primeros sembrados del día.

En Gorraiz, a pesar de lo que digan algunos libros, hay tres casas habitadas, con muy floridos huertos alrededor.

Las casas son muy antiguas, están muy restauradas, tienen aleros de madera de remate y anagramas de Cristo en clave.

En un balcón hay dos mujeres mirando y hablando con dos mozas que también miran hacia la dirección de Oroz Betelu. Y con razón. De allí vienen mucho polvo y ruidos veloces.

Lo que hoy pasa en y por Gorraiz es todo un acontecimiento, que lo sería igual en cualquier otro sitio. Pasa nada menos que el

Rally *Total-Arette*, que parte desde ese pirenaico lugar y ahora mismo sigue hasta Uriz.

—A ver ese perro.

—Que ya vienen.

Todos nos ponemos a mirar a los que pasan. Uno, dos, tres, cuatro...

—¿Pasaron muchos ya?

—Bastantes.

Así que éstos eran los que han hecho los baches que acabamos de ver en los charcos del camino.

Entre moto y moto vemos por fuera la iglesita de San Martín restaurada y enlucida hace unos años, con espadaña de tres vanos, portada de dos arcos sin clave y dos columnas con capiteles lisos y anillo, y el cementerio al lado.

Parecería que bajar a Oroz, entre el Biscasón y el Agote, es coser y cantar; pues no, no. Pasan dos coches de la organización del Rally y nos preguntan por Gorraiz. Nuevos baches en los trozos llovidos de la pista. Además de amargones y de ziapes, vemos algunas primulas, algunos ranúnculos y, sobre todo, las umbelas de las primaveras, con sus cálices acampanados y sus combas amarillas pentalobuladas.

La cuesta recurvada hasta el pueblo se nos hace interminable, y no estamos para ir a campo traviesa.

Por fin, llegamos a Oroz, recorrido de aguas, todo pintado de frutales en flor.

El bar está cerrado, rediela.

—¡Pero si es la hora del café!

Hay un corro de mozalbetes sentados en el suelo:

—Le den a un timbre, que igual les abren.

Le damos más aún al timbre y tenemos suerte.

La familia que lleva el bar está preparándose para ir a un funeral en Pamplona. Pero, a regañadientes primero y luego con buen talante, nos plantan unos bocadillos con mucho pan y mucha chicha.

Dadas gracias a Dios y agua a las manos, y además de una propina adecuada, vamos a dar un paseo plácido por el pueblo. Pero de Oroz no voy a escribir ahora, no.

Volvemos a patita, claro es.

Nos paramos a ver desembocar el regatón de Azparren.

Desde aquí Oroz Betelu es esa postal manida, pero tan bella.

El paseo discurre entre los robles, encinas y pinos de la cara sur del Biscasón y de la cara norte de Peñas Bachas.

Pasan demasiados coches. Es cosa de ver los acantilados calizos o dolomíticos, que ha ido tallando el río, rojizos de óxidos de hierro y gris oscuros de líquenes, donde crían las rapaces.

En la foz de Iñarbe las gemelas Botón y Anchico-peña, a cada lado del cauce, ensayan el puente natural que nunca se termina.

—Fijaos ahí arriba; parece un refugio militar y un nido de ametralladoras.

—Es una cueva natural, ¿no?

—Vete a saber.

El Irati, cerca ya del embalse de Usoz, parece que corre menos que nosotros, que ya es decir.

—No está el coche.

—¿Qué dices?

—Que no lo veo.

—Pero si lo tenemos allí, donde el camino.

—Ah, sí, sí, ahora.

Son las diecinueve de este día de las Tres Gracias primaverales de 1989.

ALREDEDOR DE ARQUIJAS

Salimos pronto, que el camino es largo.

Como casi todo el invierno está siendo primaveral, apenas si estos primeros días de primavera nos llaman la atención.

—Para que luego digan que sólo hay ya invierno y verano.

Es hoy sábado de Gloria y es mi primera salida al campo en toda la semana.

Nos paramos junto al humilladero —fea aunque devota palabra— del siglo XVII, con arco de medio punto y pórtico sobre columnas toscanas. Tras la verja de hierro forjado no está ya la talla de Nuestra Señora, titular de la ermita de Arquijas, estilo hispano-flamenco, de comienzos del XVI, sino una sencilla Virgen Auxiliadora, o Milagrosa, que han debido de poner hace poco. Tiene a sus pies un jarroncito con flores de romero y unas «ramas» —cladiodios— de brusco con bayas rojas.

En este rellano —«una llanura de unas 500 yardas», según testimonios de la época— se libraron dos encarnizadas batallas entre el ejército cristino y el ejército carlista, los días 15 de diciembre de 1834 y 5 de febrero de 1835. Hace algún tiempo extrajeron de la ladera del monte cantos rodados o cascajos y la dejaron tal cual. Esa parte está muy sucia.

El fracaso de la acción de Mendaza, el día 12, obligó a Tomás de Zumalacárregui a refugiarse en Zúñiga. La mañana del 15 hacía un frío intenso. El Ega bajaba veloz y con fuerza antes y después del puente que enlazaba, como ahora, los dos cabos de la carretera, antes camino real.

Los carlistas dominaban la orilla derecha del río, que corre aquí entre hoces y hocinos. Dos colinas encinosas, a un lado y otro del puente, les servían de buen disparadero.

La orilla izquierda era terreno de los liberales, dueños de los últimos promontorios que descienden desde la sierra de Codés, tajados por la carretera y ahondados por el río que salta entre breñales y derrubios.

Hoy las dos riberas bajo el puente que sustituyó al histórico están invadidas de matorral y adornadas por algunos chopos, sauces y fresnos. Un sendero se abre paso como puede, en la orilla de acá, desde los semiocultos arranques del viejo puente hasta el humilladero.

Eran las once y media. El cuarto batallón carlista y parte del tercero se hallaban ya estacionados a lo largo de la orilla del Ega, protegidos por los árboles, ocultos entre los rosijos. El general carlista, tal vez temiendo lo peor, estaba delante del portal de Zúñiga con la mayor masa de sus fuerzas.

Cuando el general cristino Luis Fernández de Córdoba llegó de Mendaza a la ermita de Arquijas, subida sobre el escarpe que corta la carretera, colocó en batería cuatro piezas de campaña y tomó posesión de todas las alturas de ese lado del río. El fuego se generalizó pronto entre los dos bandos, entre las dos orillas, entre los dos parapetos hechos de encinas y lomas.

El ejército de la Reina logró formar dos batallones de carabineros en el pequeño anfiteatro formado por las revueltas del río y las faldas de las colinas. Los primeros soldados lograron cruzar el puente pero fueron cargados a la bayoneta por los Guías de Navarra y dispararon a correr en el mayor desorden. «¡La vida, la vida por caridad!» gritaban una docena de hombres a los que cortaron el paso después de pasar el río. Pero no hubo cuartel.

Sonaron las trompetas con el toque de «cese el fuego» y el ejército cristino se retiró para prepararse a nuevos esfuerzos.

El tiroteo y los esfuerzos de Córdoba para cruzar el puente fueron incesantes hasta las tres y media de la tarde. Los hombres que intentaron vadear el río fueron destrozados antes o después de llegar a la orilla. El ejército cristino esperaba los refuerzos de la división del general Oraá que estaba entrando en el Valle de Lana por el puerto de Gastiáin para coger al ejército carlista por la retaguardia, pero le salieron al paso cinco batallones mandados por los generales Iturralde y Villarreal y detuvieron a duras penas al «lobo cano», hasta que llegó el mismísimo Zumalacárregui y salvó la situación.

Este, viendo que sus soldados habían agotado sus balas en el puente de Arquijas, mandó dos batallones de refresco que avanzaron con arrojo y precipitaron la huida del ejército liberal. Córdoba volvió sobre sus pasos y, cuando llegó la noche, a media tarde en esas fechas, hizo encender fuegos en las cimas, para hacer creer a los carlistas que pensaba pernoctar allí. Pero la verdad es que se retiró a Los Arcos con su ejército en gran desorden.

Según Carlos Federico Henningsen, escritor, militar y aventurero escocés, que participó con los carlistas en la acción y nos dejó su testimonio escrito, las pérdidas totales de los cristinos en heridos, muertos y desaparecidos, fueron de unos 1.500, mientras las de los carlistas anduvieron por los 400.

El Rey Carlos V, que se alojaba por esas fechas en Eulate, «estuvo oyendo el horroroso fuego de aquel día», según nos cuenta en su diario de campaña don Florencio Sanz Baeza.

El general Lorenzo, que había criticado a su colega Fernández de Córdoba, alardeó de ir a tomarse el desquite, pavoneándose de que él hubiera pasado el puente de Arquijas aunque le hubiese costado perder mil hombres.

El 5 de febrero de 1835 intentó Lorenzo salvar el río Ega con un vigoroso ataque en el que intervino la artillería. Era mediodía. Viendo en peligro sus posiciones, Zumalacárregui lanzó a la bayoneta una columna de 1.000 hombres. No estando segura la situación, el general carlista, seguido del batallón de Guías de Navarra,

acudió al sitio de mayor peligro blandiendo el sable. Una carga desesperada sembró en el ejército enemigo una confusión indescripible. Las tropas carlistas lo persiguieron hasta La Berrueza.

Según la misma fuente, Lorenzo dejó 200 muertos en el campo y se retiró con 360 heridos, mientras los carlistas dejaban 300 de sus hombres fuera de combate. El puente de Arquijas no fue para nadie un puente de plata.

El Rey itinerante se encontraba ese día en Antoñana. Tan pronto como oyó el primer cañonazo —nos cuenta Sanz en su minucioso diario—, «se presentó en una altureta, a muy corta distancia de las reservas de nuestro campo. Desde allí vio perfectamente la serenidad, el valor, y el triunfo de sus valientes armas en la dilatada línea de batalla que ocupaban, legua y media. Terminada la acción con el día, las tropas quedaron en sus posiciones defendiendo el memorable puente. El Rey fue a dormir a San Vicente, donde estaba el hospital de sangre, y consoló a los heridos que iban llegando».

En cuatro zancadas superamos el repecho hasta la ermita, sintiendo en nuestras carnes el intenso cosquilleo histórico de los hechos que acabamos de recordar.

Estamos en el típico encinar navarro con madroño, que corresponde a un clima mediterráneo subhúmedo y templado, de tendencia marítima.

El madroño es, después de la encina y la carrasca, el personaje vegetal más importante de estos montes y el arbusto más vistoso. Antiguo material de carboneo, tiene una corteza pardorrojiza, unas hojas siempre verdes, lanceoladas, finamente dentadas, relucientes y coriáceas. Todavía pueden verse en sus racimos algunas bayas rojas, consumidas ya; comestibles y dulces, se usan para confituras, fabricación de licores y, mediante destilación, para alcoholes y vinagres aromáticos. Las hojas tienen propiedades astrigentes y diuréticas.

El valiente e ilustrado Henningsen debió de confundir el madroño con el laurel, cuando en su *Campaña de doce meses* describe estas

acudió al sitio de mayor peligro blandiendo el sable. Una carga desesperada sembró en el ejército enemigo una confusión indescriptible. Las tropas carlistas lo persiguieron hasta La Berrueza.

Según la misma fuente, Lorenzo dejó 200 muertos en el campo y se retiró con 360 heridos, mientras los carlistas dejaban 300 de sus hombres fuera de combate. El puente de Arquijas no fue para nadie un puente de plata.

El Rey itinerante se encontraba ese día en Antoñana. Tan pronto como oyó el primer cañonazo —nos cuenta Sanz en su minucioso diario—, «se presentó en una altureta, a muy corta distancia de las reservas de nuestro campo. Desde allí vio perfectamente la serenidad, el valor, y el triunfo de sus valientes armas en la dilatada línea de batalla que ocupaban, legua y media. Terminada la acción con el día, las tropas quedaron en sus posiciones defendiendo el memorable puente. El Rey fue a dormir a San Vicente, donde estaba el hospital de sangre, y consoló a los heridos que iban llegando».

En cuatro zancadas superamos el repecho hasta la ermita, sintiendo en nuestras carnes el intenso cosquilleo histórico de los hechos que acabamos de recordar.

Estamos en el típico encinar navarro con madroño, que corresponde a un clima mediterráneo subhúmedo y templado, de tendencia marítima.

El madroño es, después de la encina y la carrasca, el personaje vegetal más importante de estos montes y el arbusto más vistoso. Antiguo material de carboneo, tiene una corteza pardorrojiza, unas hojas siempre verdes, lanceoladas, finamente dentadas, relucientes y coriáceas. Todavía pueden verse en sus racimos algunas bayas rojas, consumidas ya; comestibles y dulces, se usan para confituras, fabricación de licores y, mediante destilación, para alcoholes y vinagres aromáticos. Las hojas tienen propiedades astrigentes y diuréticas.

El valiente e ilustrado Henningsen debió de confundir el madroño con el laurel, cuando en su *Campaña de doce meses* describe estas

tras él preparaba el unguento a base de irasco, aceite, azufre y azafrán. Pero al abad de Sorlada sí le curó de una «lepra» y tos seca con una hierba llamada endibia, cocida con vino blanco, miel y azúcar.

La hidropesía la curaba con buglosa, nuestra popular lengua de perro o chupamieles, y las fiebres altas con doradillas y salvias. También curaba ciáticas y tabardillos.

Un día lo apresaron y lo metieron allí donde *«todo triste ruido tiene su habitación»*.

Las buenas gentes de La Berrueza y otros Valles contiguos dieron, en general, positivo testimonio del ermitaño y curandero, a quien tenían por «persona de bien, buen cristiano y de buena conciencia». Quienes lo querían peor eran los físicos y cirujanos, comenzando por el protomédico del Reino.

El se defendió como un jabato. Si alguno se le murió en las manos o entre pócimas, «eso fue porque a Dios plugo y por ser nuestro Señor servido».

De poco le sirvió. Lo desterraron del Reino por tres años.

Miramos Zúñiga, todavía con restos de la vieja muralla, casi como la vio el carlista escocés; con su iglesia tardo-gótica y su torre manierista. ¡Cuántos horrores tuvo que presenciar Santa María!

El sol relampaguea en las crestas de la sierra de Lóquiz y se acoge, múltiple, entre el bosque de encinas de Los Medianos. ¡Montes y valles, lejanos y abruptos, parajes habituales de la peregrina corte carlista!

Al otro lado, Mendaza, otro lugar de resonancias bélicas, se protege bajo las Dos Hermanas y levanta su antena de televisión. A lo lejos, brilla de sol barroco la basílica de San Gregorio Ostiense. A nuestra espalda, los espaldones borrascosos de Peña Costalera y Peña Gallet.

Dos días después de la batalla ganada al general Lorenzo, salió el rey Carlos de San Vicente a las tres de la tarde y llegó a las cinco

a Zúñiga. Muchos miembros del Cuartel Real recorrieron el campo de lucha y aún encontraron varios muertos en las posiciones enemigas, los fragmentos de otros que habían sido quemados y los agujeros en que los demás fueron enterrados.

«El nombre de Arquijas —termina diciendo don Florencio Sanz, hermano del general fusilado por Maroto— será siempre un motivo de terror a la revolución, pues le recordará la pérdida de dos sangrientas batallas, y será de júbilo a los navarros, porque la Reina Nuestra Señora honró aquellas glorias, viajando en el extranjero con el título de Duquesa de Arquijas, como el Rey en otro tiempo le hizo con el Duque de Elizondo».

Pasan hoy, de un lado a otro, muchos aviones. Mis colegas, los pasajeros, irán leyendo tal vez noticias de guerras y guerrillas como las que aquí se libraron hace siglo y medio.

Subimos por pistas y caminos, entre encinas, carrascas, pinos laricios de repoblación y un espeso sotobosque donde abunda, además del madroño, el boj, el romero, el espliego, la jara blanca, el jaguarzo morisco —los dos aún sin florecer—, los brezos cenicientos y los blancos. Buena moheda para el jabalí, el gato montés, la gineta, la fuina y el tajudo, habitantes seculares de estos terrenos, antes de que los hollasen liberales y carlistas.

A pesar de la sequía pertinaz de este invierno, los campos de Valdega y del corredor Asarta-Mendoza tienen un buen aspecto verde, pero cuando bajamos hacia Acedo vemos mejor las piezas amelgadas, corros enteros donde los trigos y cebadas no han nacido o no han nacido bien.

Las umbrías de los caminos y senderos están llenas de violetas, acorazonadas, discretas, seductoras, que se huelen antes de verse. Olor a esencia y al carísimo perfume de violeta, pero al natural y en pleno campo, en un campo anejo al recuerdo histórico de odios, muertes y guerras.

Llegamos a la carretera. Numerosos coches vienen llenos de bicicletas, que luego van a correr en la clásica carrera estellesa del Sábado de Gloria.

Las cunetas están llenas de desechos y desperdicios. Caminamos sobre el río Ega, que baja no tan vigoroso como en diciembre de 1834 y en febrero de 1835, pero sí más limpio y apacible. Los sauces, los alisos y los fresnos están aún oscuros pero ya tiemblan todos de primavera. Los febrífugos chopos han sacado las yemas florales de las que salen las primeras flores masculinas, rojizas, y las primeras femeninas, verdosas. En los ribazos, algunos ruscos con bayas rojas, y las primeras cimbalarias.

Pasan muchos coches con matrículas de Vitoria y de Bilbao.

Y ya estamos en el rellano del puente de Arquijas. Bajan dos hombres de un coche, engomados de pescadores, y se meten en la espesura. La piedra arenisca del humilladero muestra descaradamente innumerables impactos de bala, como el pecho torturado de un antiguo combatiente.

Nos volvemos. Los chopos de Valdega ya tienen los amentos alargados al aire y enhiestas las primeras hojas romboidales y ovadas.

Hay paz y es primavera.

DESDE MI VENTANA

Desde mi ventana,
¡Cuenca de Pamplona,
fabril y serrana!

¡Altos de Mendurro,
Ostiasco y Txaraca!

Desde San Cristóbal
bajan voces graves
de oscuras historias.

Y por el Perdón
salen los quejigos
a tomar el sol.

Desde Goñi vienen
las mejores lluvias,
las primeras nieves.

Higa de Monreal:
castillo roqueño
sobre el verdegal.

* * *

Desde mi ventana
contemplo el desfile
fiel de la mañana.

En la Ciudadela
tres rudos bastiones
vela que te vela.

Ya no hay que velar:
sin aves de presa
huyó el gavián.

Murallas y fosos
son juguetes nuevos
de niños y mozos.

El cielo es azul,
vuelan las urracas,
crece el abedul.

* * *

Desde mi ventana
veo abril subirse
por troncos y ramas.

Los chopos y plátanos,
los tilos y fresnos
verdean las manos.

Todo es primavera:
todo se prepara,
todo se renueva.

Desde mi ventana
se emboban los ojos,
y se escapa el alma.

Abril 1989

EXCURSION A NAVARZATO

El embalse de Yesa está a medio llenar y se nos borra la triste visión del cadáver ahogado del paisaje, que sufrimos hace unos meses.

Entramos, por la carretera de Roncal, en el frente escarpado de las Sierras de Leyre y Orba, separadas entre sí por el río Esca.

Pasado Sigüés, llegamos a la primera foz, donde las encinas ponen su tono verdusco perenne a las calizas grisazules del eoceno. En frente de Salvatierra, último pueblo aragonés, se arremanga la Sierra de Illón, tajada también por el Esca. A la izquierda, quedó para siempre pasmado el Alto del Borreguil, y sobre la cumbre suspendida al otro lado los cristianos de estos lugares de refugio y resistencia pusieron la ermita de la Virgen de la Peña, que dio nombre a tan abrupta geografía. A las encinas se añaden algunos pinos.

En el kilómetro 12, en mitad de la garganta, un gran letrero con caracteres rojos anuncia que entramos en Navarra. Acompañan al río sus inseparables fresnos, mimbreras, tamarices, durillos y algunos chopos. El repecho se estrangula sobre el kilómetro 13,4 en el término llamado Las Foces. Una línea de escarpe se bifurca en dos proyecciones, convexa una y en forma cóncava la otra. Y tras un largo pinar, hete aquí que ya estamos en Burgui, oscuro de artesanía, blanco aún de flores de cerezos y perales, cárdeno de lirios.

Los tres caballos del puente románico no acaban de pasar el río.

Huele a pan de Burgui. A pan artesano, a primavera resuelta y a maderas aserradas.

El paisaje se ensancha en el flysch eocénico que sucede a las calizas de Illón. Hemos entrado en el dominio del pinar y del bujedo.

Pasamos bajo la ermita de Nuestra Señora del Camino, cuando otra foz abre sus fauces, que es lo suyo: una foz comba que, entre Odieta y Mendibelza, corta la Sierra de San Miguel, cuya punta más alta marca la muga con Aragón.

Salta con estrépito un arroyo desde el roquedo y nos deja ojibiertos.

Tenemos delante de nosotros el monte Argible y, al fondo del corredor roncalés, el gigante Lakartxela con un capote de nieve.

Llegamos a Roncal, pueblo tantas veces visitado, pero sobre el que no he escrito una página entera.

Subimos a la parte vieja del barrio del Castillo. Desde aquí vemos, a la luz primaveral de la mañana, el caserío de la villa, apretujado contra el monte de Santa Bárbara, último escalón de la Sierra de Atuzkarratz. La iglesia es una poderosa fortaleza de piedra, obra del siglo XVI, bien situada para hacer frente a los enemigos bélicos y climatológicos. Parece siempre alarmada, y así la recogió el óleo de Basiano.

Dos pasos y estamos cabe la ermita de Nuestra Señora del Castillo, construida detrás del solar del viejo fortín. Según la leyenda, la imagen llegó de San Juan de Pie de Puerto huyendo de la herejía hugonote. La ermita, de cruz latina, sostiene, sobre su portada renacentista, una airosa espadaña campanil, anaranjada de líquenes.

El camino hacia Navarzato sale entre huertas tapiadas, atraviesa el arroyo que baja por el barranco Arnizkiria, y se empina luego, abarrancándose a ratos, hacia nuestra meta.

Desde el cerro Arnaguerre vemos la mañanitas de nieve que se han puesto estos días Punta Chamar y Punta Barrena.

Lo que un día fue probablemente bosque de quejigos y robles es ahora bosque hegemónico de pinos, con algún séquito de quejigos, robles, álamos temblones, serbales, arces, bojcs, avellanos, enebros y arándanos. Muchas violetas por el camino. Algunas violas bifloras, hepáticas, primulas viscosas y adelfillas.

Saltamos un pequeño regato que corre por el último barranco y, bajo un pinar clarecido, que deja pasar el sol, llegamos a Navarzato.

Antes que un lugar histórico, Navarzato es un lugar desolado entre montes, árboles y plantas, con ese silencio hondo y triste que tienen los lugares muertos donde hubo vida. Entre árboles frutales y matorrales apenas se ven las ruinas de algunas casas, y alguna portada aún nos atrae.

La ermita, con su espadaña ciega, inclina su cuerpo de sillarejos hacia el cierzo.

San Sebastián fue la iglesia del lugar. Fue donada en 1085 por el rey Sancho Ramírez al monasterio de Leyre, del que dependían también las de Garde y Roncal. Los cristianos de Navarzato debieron de oponerse al rito romano llevado por los monjes legerenses, apegados como estaban al hispánico, y hubo que interesar al rey para que lo aceptasen. Desde el siglo XVI al XIX fue caserío, con un abad que era al mismo tiempo rector de Roncal. Gayarre, cuyo primer nombre de pila era Sebastián, conocía bien el paraje y el último verano que pasó en su pueblo (1889) manifestó intenciones de restaurarlo, según Fernando Pérez Ollo. La restauraron los roncales en 1975-1976. Hoy es un tesoro románico perdido en la floresta, y un hallazgo para quien se llega a él.

Durante un rato de intensa humanidad nos asociamos a siglos de vida que aquí brotó, creció y declinó. Un cuervo pasa dando unos lentos y potentes aletazos y nos distrae.

Por no seguir el camino hasta el fin, corremos la aventura de lanzarnos entre los arbustos de la pendiente que nos lleva hasta el

fondo de la barranquera. A trancas y barrancas y, después de dejarnos muchas lanas entre matas y espinos, ponemos pie en el camino forestal que corre parejo al riachuelo que lleva sus aguas al Gardalur o barranco de Garde.

Dejamos Garde a un lado, protegido por una iglesia más imponente aún que la de Roncal. El cementerio, junto al que pasamos, está muy cuidado; contigua a él, y sin miramientos, una granja.

Caminamos por la carretera de Garde a Roncal. Al final salvamos el Cerro del Molino por una pista asfaltada y salimos a la carretera general, a orillas del río Esca.

Donde un día estaba la ermita de San Martín, iglesia del antiguo monasterio de su nombre, hubo después una serrería, y ahora trabaja y vende la acreditada fábrica de queso.

En ella trabaja el señor que nos ha guiado esta mañana los primeros pasos por el barrio del Castillo.

En un bar del mismo nos refrescamos un poco, y de él vamos a otro de Burgui, donde nos comentan la romería a la Virgen del Castillo:

—Está casi todo el pueblo allí.

—Si hubiéramos sabido...

—Lástima.

Y nos bebemos sendas cocacolas. Pero el reseco que se nos ha metido semiarrastrándonos por la pendiente de Navarzato no nos quita nadie.

AQUEL 23 DE ABRIL

Me anuncia el presidente del Parlamento de Navarra que el próximo día 23 nos impondrán a los dos ex-presidentes la medalla de oro de la institución. Hace ya diez años. Hagamos una pequeña glosa.

Cuando los miembros de aquella madrugadora Mesa democrática visitamos a Don Amadeo Marco, ya vimos que un Parlamento Foral o cosa así podría ser una buena salida.

Pasaron las primeras elecciones de 1977, llegó la Constitución de 1978. Unos pocos de los supervivientes, los que llevábamos varios años de vuelo y los recién salidos de sus particulares «santuarios», todos nos pusimos en pie. Poco después los decretos Martín Villa-Marco y las elecciones del 3 de abril de 1979 nos trajeron el Parlamento Foral, el primer Parlamento tras la Reforma democrática, y sucesor para los navarros de aquellas Cortes que se suspendieron en 1829.

Las elecciones para el Parlamento lo fueron también para los primeros Ayuntamientos democráticos. Yo era entonces secretario municipal de mi partido y recuerdo como si fuera hoy cuando, reunida la comisión de listas, llamé a Julián Balduz, que se encontraba ese día en Corella, para ofrecerle la «posible» alcaldía de Pamplona. ¡Cuánta improvisación por aquel entonces, pero también cuánta generosidad, cuántas pequeñas naves quemadas, cuántos arrestos!

Hicimos la campaña por Merindades. Tuvimos tiempo de recorrerlas, una a una, valle por valle, pueblo por pueblo. Había aquellos días muchas expectativas, mucho interés. En el salón del cine Lux, de Estella, Felipe González y quienes lo acompañábamos pasamos un mal rato. Creímos que el susto nos daría al menos votos, pero ni eso sucedió.

El 19 de abril, cuando el nuevo Ayuntamiento de Pamplona tomó posesión, vimos bien lo que se nos venía encima.

No estaban las cosas muy claras y la elección del candidato a la alcaldía nos costó muchos sudores. Ahora, los insultos, las burlas, la grosería y la bellaquería se aunaban en el salón de sesiones y siguieron luego en la calle, preludiando los años que nos aguardaban.

Siempre que voy al hotel Maissonave, recuerdo agrídulcemente cómo agradecemos algunos aquel día el refugio que nos prestó, apenas terminado el «sarao» municipal y tras un bien corrido «encierro».

Con este ambiente inauguramos el nuevo Parlamento. En aquel salón del Consejo Foral, donde ya se habían anticipado algunos de los rasgos de la nueva institución.

No eran fáciles las previsiones para dirigir el Parlamento Foral, pero UCD —¿muerto el burro, cebada al rabo?— tuvo una nítida intuición de lo que podía suceder. Creo que acertó. Creo que sus hombres no se habrán arrepentido de la decisión audaz que tomaron aquella mañana.

Todos estábamos nerviosos, nerviosos y emocionados. Allí estaba, como presidente provisional, el gran Don Manuel de Irujo, recién venido a su tierra, y hacía de secretario Pedrito Sánchez de Muniain, el más joven de todos.

Allí estábamos todos —algunos ya no están— deseando acertar.

No era cosa de hablar mucho. Apenas dije unas palabras tras la larga votación.

Teníamos por delante unos años originales, con todo lo que la originalidad lleva consigo. Pero no era el origen. La creación se había hecho hacía siglos.

Navarra no nacía entonces. Teníamos con nosotros un pueblo, una historia, una herencia comunes.

Hicimos, con unos pobres medios, casi todo lo que supimos, y pudimos.

Hoy, diez años después, vemos con evidencia popular que no nos equivocamos.

Aquella sembradura en esperanza ha traído este florecimiento gozoso.

LEACHE, EZPROGUI Y MORIONES

Es hoy penúltimo día de abril.

Aquí, Don Antonio:

*«Son de abril las aguas mil.
Sopla el viento achubascado
y entre nublado y nublado
hay trozos de cielo añil».*

No iba yo a describir mejor el mes que está terminando.

Corremos bajo la lluvia, entre los alcaceles de Ibargoiti, que se dejan estos días ver crecer.

Voy con Javier Ibilceta y sus dos joyas rubias, Isabel y Silvia.

A Javier lo conocí un día de visita a Copeleche. Luego lo he visto en Bruselas, como empresario emprendedor, moviéndose con soltura gracias a su buena formación francesa. Ahora lo encuentro en cualquier bodega y en cualquier encuentro vinícola, hecho ya presidente del Consejo Regulador. Hoy me lleva a su pueblo, donde le han dicho que no llueve.

Torcemos junto a la Venta de Judas y nos metemos en la carretera que lleva a Tafalla: vieja ruta romana de Aragón a Deyo,

ramal jacobeo y camino cortesano entre los palacios de Sangüesa y Olite.

Los pinos de repoblación resguardan los estribos de la Sierra de Izco entre los que saca su pescuezo el monte Olaz. Luego bajamos entre serratillas, motas, coteras y alcores, labrados hasta hace pocos años y ahora dejados en manos de vientos, soles y aguas, y de algunos rebaños. Los pueblan tomillares, matorrales y algunas coscojas. «Coscojos» se llama uno de estos términos.

Burla burlando ya estamos junto a las granjas, casas y barrios nuevos de Aibar, capital de su Valle. El pueblo viejo se derrama por el lado sur del otero. Tierras de cereales, viñedos y olivares.

Pasamos sobre el Bancervera, que viaja con mucha agua hacia el Aragón, y vamos, para empezar, a Leache.

Llueve recio también por aquí, ay, y a la señora que nos grita desde la orilla de la carretera se le va a estropear la obra recién hecha en la peluquería.

—Suba, suba... que sí... que hay sitio.

Resulta que es de Aibar, que es la mujer del alcalde de Leache y que se apellida Arbeloa Arbeloa.

En una punta del monte que lleva su nombre anida la ermita de Santa María Magdalena, a donde suben en romería los del pueblo en mayo y en septiembre. Cerca baja el arroyo de Las Viñas y se junta pronto con el Gallán u Oscuro, que nace, en horquilla, en los bajos del Caracierzo.

Pasadas las tres cruces de piedra, ya estamos en Leache.

La villa de Leache —caldera con asas terminadas en cabezas de serpiente y cruz flordelisada en su escudo— fue otorgada por el rey Sancho el Fuerte en agosto de 1195 a la Orden de San Juan de Jerusalén. No hay más que ver el corro de casas de piedra alrededor de la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora. Hasta la Desamortización, el vicario de Leache era provisto por el comendador de los Sanjuanistas.

El templo es un fino edificio románico tardío, con bóveda de crucería, ménsulas y claves. La portada es también románica, con crismón y restos de policromía, todo embadurnado un día con cal y pintura anaranjada, que es un horror no ahuyentado del todo.

En la parte inferior de la torre campanario se ha insertado un tímpano románico con crismón, procedente de la desaparecida ermita románica de San Martín de Tours, de donde proceden asimismo la pila de agua bendita, la bautismal y varios capiteles con decoración vegetal que embellecen el interior. Bajo el tímpano, los nombres de dos requetés y de un soldado del pueblo, muertos en nuestra guerra civil, nos recuerdan, en esta paz, aquella tragedia.

En el atrio, bajo una lluvia gruesa, se abren sonrosadamente los paraguas de dos tamariscos.

Recorremos el lugar, donde vemos algunas ventanas góticas ajimezadas, roto el ajimez. Los huertos están pegados a las casas. No veo por ninguna parte la memoria del general don Domingo Moriones y Murillo (1823-1881), nacido en este pueblo, que llegó a ser teniente general de los ejércitos nacionales y general en jefe de operaciones del Norte durante la segunda guerra carlista. Está enterrado en su pueblo adoptivo de Ejea de los Caballeros.

Nuestra segunda visita es a Moriones, casi despoblado en una tierra de despoblados y desolados. En un altillo, sobre el arroyo Vizcaya, en la ladera norte de Santa Agata, se asoman, entre chopos, algunas casas en pie y la iglesia de Santa Elena del despoblado de Ezprogui, que da nombre al minúsculo Ayuntamiento que forman Ayesa y el Concejo Tutelado de Moriones.

De las doce casas que había el siglo pasado en Moriones, sólo queda una habitada, en el casco viejo, la que se quedó con las tierras de todos los que se fueron hace catorce años a Pamplona y a otros sitios. Al final de la calle están arreglando otra casa más pequeña, que tiene junto a la entrada una mata de frambuesa. Se conservan trozos del empedrado, algunas paredes maestras, un pasadizo entre casas, una higuera, una placa del Corazón de Jesús, y la iglesia de San Martín —cerrada la puerta con un candado—, que

han retejado y sostenido para que no se hunda. Lo demás es ruina y recuerdo triste.

A la izquierda del casco viejo se han restaurado tres casas, a donde vienen algunas familias a pasar los fines de semana. Entre estos amantes del pueblo está Rafael Ojer, que nos hace de guía sentimental. De él podemos decir, en términos cervantinos, que habla como un bendito y sentencia como un canónigo. Vive ahora en Barañain, pero la vuelta semanal a su pueblo le hace feliz, lo reconcilia con lo que fue, con lo que fueron los suyos, con lo que es.

—Aquí nació tu madre. Esa es la casa de don Fructuoso... (D. Fructuoso fue un cura ejemplar, a quien yo quise mucho y que murió siendo párroco de Echavacoiz. Le vive un hermano en una casa nueva que ha hecho junto a un invernadero, de plástico blanco, a tiro de piedra del pueblo).

Estamos solos frente al último brazo del cordal donde termina el macizo de Alaiz-Izco, y que desde Monte Julio y Alto de Lerga se va suavizando hasta dar con el risco de Santa Agata. Suena fragosa la regata Vizcaya, en la que acaban de desaguar los regatos de Irangoiti o Gardaláin y el Loya, que traen las aguas abrileñas desde los picos más altos del macizo y conservan los nombres que los poblados no han podido conservar. Un ave rapaz revuela el valle y se revisten lentamente de primavera los débiles robles que cubren las areniscas y margas que cierran la hondonada.

Ese es el Monte Marcado, donde se extiende el robledal. El Monte Medios es el trozo cubierto por los pinares de repoblación. Alto Redondo se llama aquel montecillo bajo. Las Saleras es aquel otro, a la izquierda.

—Dicen que daban sal allí.

—Qué raro, pues...

El Monte de La Senda le decían al pico más alto, por donde iba la trocha a Eslava. Gorrio, donde hubo un corral, es ése, a la izquierda, hacia Ezprogui, y el barranco lleva el mismo nombre. Y ése más pequeño es el Marchela.

Lo sabe todo el señor Rafael. Al cerro robloso que protege la iglesia le llamaban el monte «de encima del pueblo». En un mapa encuentro el nombre de Galio, pero ya no puedo consultar con mi guía.

No dejamos de poner lengua. Cae ahora un zirzir. Por un camino encharcado bajamos hasta el cementerio, que fue la antigua ermita de Santa María Magdalena. Hoy son cuatro tapias altas entre yedras. Dentro se ven bien los arranques de los arcos. La hierba es alta y apenas vemos dos o tres lápidas. Corral de muertos, con puerta de medio punto, guardalluvias taqueado y crismón en el dintel. La imagen de la titular se venera en San Adrián de Vadoluengo.

A principios del siglo XIX el obispo de Pamplona mandó profanarla, a no ser que quisieran ponerla al corriente. Por lo visto, decidieron convertirla en cementerio cuando dejó de servir el camposanto adosado a la iglesia parroquial.

Al señor Rafael le gustaría que lo enterraran aquí, cuando un día le toque la vez, y eso será tarde porque está más robloso que los robles de su pueblo. Y ha debido de andar preguntando cómo están las cosas para eso.

—¿No van a entrar a echar un trago?

—Otro día. Cuando vengamos a los desolados de La Vizcaya.

—Buenos pues.

—¿Qué estarán diciendo los de la bodega de Sada?

—Hasta pronto.

SADA Y SU BODEGA

En esa ermita de Santa Eufemia, subida a un cerrillo, y entre almendros, se reunían las juntas de Valdeaiabar.

Venimos de Moriones a tiempo más que crudo y aterrizamos por fin en la Bodega de Sada.

La Bodega Cooperativa de Sada —pueblo que ya no se llama, desde hace años Sada de Sangüesa— es no sólo la fuente de ingresos más segura de la villa. Es el florón de la corona de sus años; su mejor símbolo junto con su iglesia-fortaleza. Es la fuerza viva y central de sus últimos cincuenta años y de su serena y activa biografía cotidiana.

Si ahora hubiera de hacerse el escudo de Sada, seguramente que la Bodega —así, en mayúscula— sustituiría al castillo de tres torres de oro, conservando, eso sí, las dos palmas que lo enaltecen.

El edificio muestra y resume, a las afueras del pueblo, las varias épocas de la construcción y ampliación de la Cooperativa. Ahora acaban de comprar los terrenos colindantes para su expansión próxima.

*A escote
no hay nada caro,*

es la respuesta que me dan cada vez que pregunto por las fuentes de financiación.

Bajo el lema generoso del cooperativismo católico, «Unos por otros y Dios por todos», y tomando por patrono a San Francisco Javier, que tuvo aquí familia, se fundó la Bodega Cooperativa en el primer trimestre de 1939.

—¿Recién acabada la guerra?

—El día de la toma de Madrid.

Continuaba así Sada, con cierto retraso, el buen ejemplo madrugador de sus vecinos de allende los montes, San Martín, Olite, Tafalla..., que a comienzos de siglo habían inaugurado el poderoso movimiento cooperativo navarro, pero se adelantaba también a otros pueblos vitícolas que no abrirían sus Bodegas, por unas causas u otras, hasta bien entrados los cuarenta y los cincuenta.

Son 130 socios. La primera Bodega tiene una capacidad de 2 millones de litros para elaborar con garantía 1.500.000 kg. de uva y cuenta con la maquinaria más moderna del momento. Es buena hora para plantar viña y para comprar nuevas tierras de viñedo y para viñedo en Ayesa, Gallipienzo y Cáseda.

Muchos hombres del pueblo estaban aún peleando en el frente. Cuenta Don Elifio Sos, en su breve historia de la villa, que me ha venido al pelo, lo que él presencié en Pamplona el 19 de julio de 1936: «Se llenó en Sada el camión de Apestegui de voluntarios para el frente, y, al llegar a Pamplona, como unos querían ir a Falange y otros al Requeté, convinieron en tirar la moneda al alto, para saber dónde ir todos, sin separarse, y cayó a la Falange, y allí fueron todos amigablemente». Ocho murieron en la guerra, y otros en casa de las heridas recibidas allí. Un gran alcalde, querido por todos, don José María Sagüés, impidió que se llevara a cabo represión alguna en el pueblo, llegando a declarar que antes pasarían por encima de él que permitir cosa semejante.

Subimos y bajamos. Recorremos todas las dependencias de esta enorme Bodega que parece la de un pueblo enorme. Cubos vacíos y

lentos. Tinto y rosado. Aquí, la parte antigua; ahí la primera ampliación... En 1946 se amplió la capacidad a 4 millones de litros y se actualizaron maquinaria y útiles de trabajo. Terminaba la segunda guerra mundial y comenzaba la guerra fría en el mundo. La producción de uva en Sada alcanzaba los 3 millones de kilos.

Se elaboraban vinos de alta calidad conforme a las exigencias del mercado, llegando a graduaciones medias de 17,5 grados, con tintos de elevado aroma y color, y buenos claretes. Eran en España los años del hambre, que comenzaba a remitir y apretaba el cerco internacional sobre nuestro país.

En 1975, año final de la época franquista, la Cooperativa de Sada, consciente de las nuevas necesidades de los tiempos, lleva a cabo una inversión en sus instalaciones, de 17 millones, y cambia el rumbo de la elaboración, para ofrecer al público el nuevo vino que se llama «rosado».

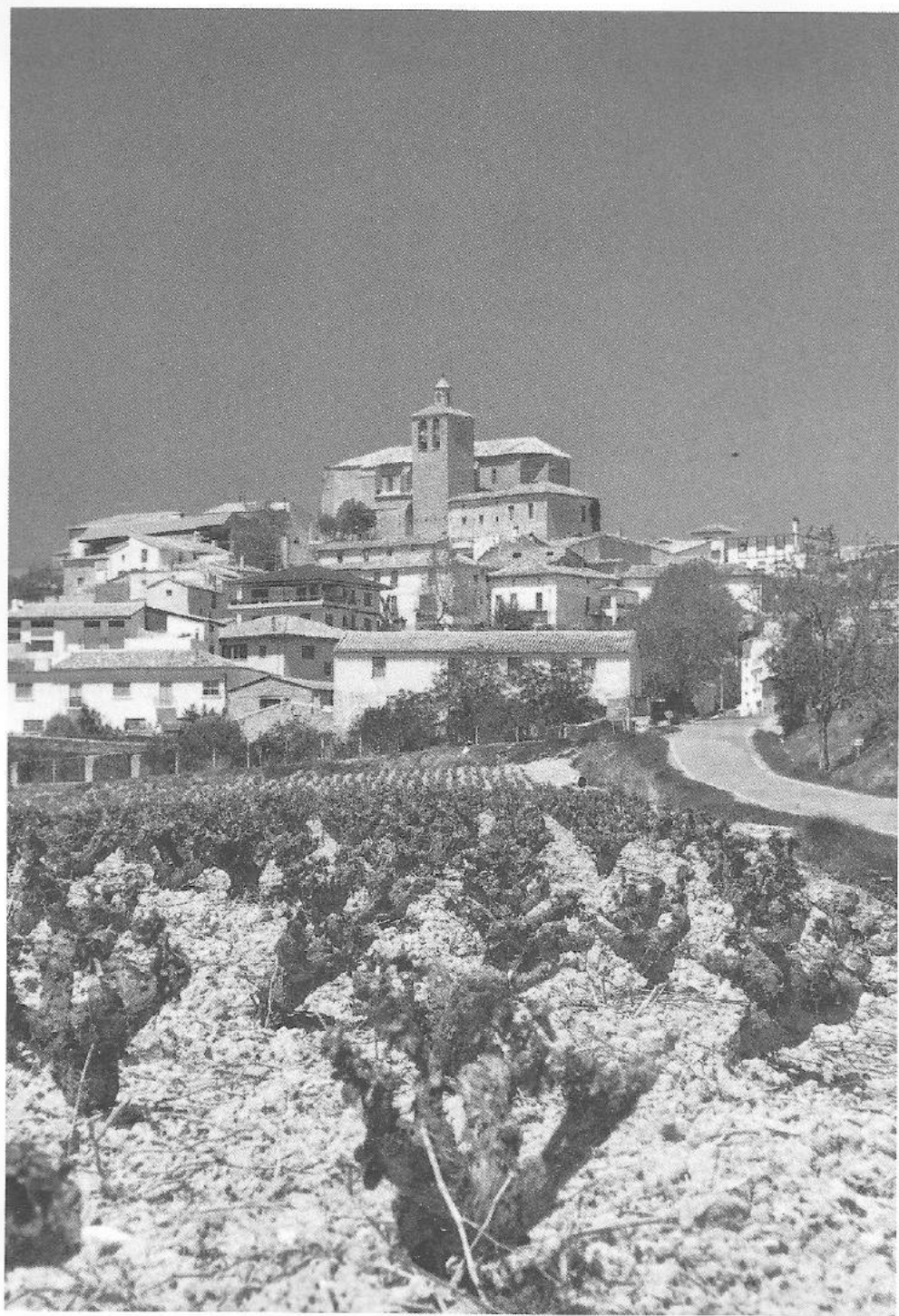
Todo parece poco a los responsables bodegoneros, sucesores de los Eloy del Castillo, Toribio Sagüés o Benigno Ayerra. Diez años más tarde, cuando el sistema democrático está asentado, las gentes de Sada están ya en talle de acometer una nueva inversión de 50 millones, nada menos, con el propósito de alcanzar los más puros sistemas de elaboración: estrujadoras tipo California, prensas Kanguro y depósitos de acero inoxidable, que ahora contemplamos durante nuestra visita. La producción media es ya de 5 millones y medio de kilos de uva.

—No hay nada parecido en Navarra, con un pueblo tan pequeño.

Y cuando me asombro de nuevo de la capacidad de financiación, me contestan con ese refrán, que es un perfecto lema cooperativista:

*A escote
no hay nada caro.*

Media Bodega está en obras, porque, a las puertas del año mítico europeo de 1992, los cooperativistas de Sada quieren estar «a la última». Saben que en ello les va el futuro de la villa y que se juegan el pegujal. Y en este rincón de la geografía navarra, que muchos navarros desconocen, van a instalar 10 depósitos de acero



inoxidable, con fermentación controlada, remontado automático y extracción mecanizada de los orujos.

—Va a ser una novedad en Navarra.

—Pues, enhorabuena.

La cifra no es moco de pavo: 60 millones. Vemos los terrenos donde van a estar las instalaciones. Javier nos hace unas fotos. Desde aquí, la iglesia fortaleza de Sada, que sustituyó al castillo medieval, luce al sol indeciso como una armadura de paz y de esperanza después de tanto dolor y de tanta miseria. En la Bodega cooperativa ya no hay agramonteses y beamonteses. Todos son cooperativistas del futuro comunitario europeo.

Almorzamos en el bar de Gallipienzo nuevo. Estilo de Tolosa, platos caseros y exquisitos. Pan y vino de Sada, naturalmente.

*«Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo,
sólo una falta le hallo:
que, con la priesa se acaba».*

Están los alcaceles y trigales frondosos de tanta lluvia y coruscantes con el sol que cae, de una vez, como un chaparrón de luz, sobre los campos verdes de Gallipienzo y Sada. Peña sigue encogida bajo el embozo de unas nubes bajas. Gallipienzo viejo sigue rejuveneciendo en su arriscado y permanente ejercicio.

Subimos, gorruendos como estamos pero no temulentos, a tomar un poco el sol y el aire hasta la cima de Santa Agata. Allí, entre breñales, han puesto un repetidor rojiblanco de televisión. Nosotros somos ahora televidentes de la rosa de los vientos. Los pinos nos impiden ver bien las crestas de la Sierra de Izco, pero, sobre bojerales y enebrales, vemos Eslava y Lerga, Molinos de Viento, Chucho Alto, el espigón de Ujué, el leve resuello del Aragón —que se abre paso, culebreando, entre la Sierra de San Pedro y los Aurinos—, y hasta los humos de la Papelera de Sangüesa, cerca de Ugarte y Castellar, bajo el poderío brumoso del murallón de Leyre, teñido de blao oscuro. A nuestros pies, viñedos, olivares, campos de cereal.

Volvemos a Sada, que aún no hemos visto bien. Montada sobre el cerro, cabalga la villa muchos siglos de historia que ha sabido renovar. Tiene el caserío ese color café con leche, que une el ayer con el hoy, la cal repetida con la pátina terrosa batida por el bochorno.

Ayesa, que también lleva las uvas a la Bodega de Sada, se curva en el pliegue que hace el monte, como una colmena que se defendiese.

Territorio fronterizo, a caballo entre Navarra y Aragón, cuna de los Aznárez de Sada, que emparentaron después con los Azpilcueta, la villa de Sada fue regalo que hizo el munífico rey Don Carlos III el Noble a su hija bastarda Doña Juana, casada con Don Luis Beaumont, primer conde de Lerín. Con los condes de Lerín, arrogantes y pretenciosos, no había cristiano que se entendiese y los sadacos mantuvieron pleitos sin fin.

Sada poseía un palacio cabo de armería, que mis acompañantes lo sitúan cerca del pueblo, donde ahora hay una casa nueva.

—Quedaba un arco grande y lo vendieron antes de tirar las ruinas.

Debía de ser el mismo palacio que Madoz en su *Diccionario* nos cita como «palacio derruido del señor marqués de Badillo», a mediados del pasado siglo.

Las relaciones del pueblo de Sada con el palacio fueron a menudo tensas. En 1577 don Pedro de Aibar, palaciano de Sada, adquirió tres sepulturas en la parroquia y las hizo cercar con una verja de madera. La víspera de San Lorenzo, los vecinos, airados, arremetieron contra la barandilla, la tiraron y deshicieron el cerco en mil pedazos, diciendo que la iglesia era de todos. Un beneficiado de la parroquia, don Domingo Gil, opinaba que sus convecinos «lo habían hecho bien y rebién».

Unos años más tarde, en 1619, los sadacos se quejaban de que Joanes de Azpilcueta, dueño del palacio, los trataba mal en los *batzarres*, les prestaba trigo y dinero con usura y, además, ensanchaba sus heredades a costa de los senderos y piezas vecinas. Calculaban que sólo en un año había ingresado en sus graneros 500 robos

de trigo con sus préstamos usurarios. Tuvo que intervenir el alcalde mayor del Condestable, que impuso al palaciano 150 libras de multa, condenándole también a deshacer y reparar los entuernos quehabía cometido con las gentes de Sada.

Todo eso pasó. Hoy no hay señores, ni palacios, ni palacianos.

En el atrio de la iglesia parroquial de San Vicente, donde reverdecen tres tilos y una acacia, sopla un viento deshecho. Pero no hay nada que pueda con esta torre-torreón exenta, supérstite de la antigua defensa de la villa.

El templo es un edificio gótico tardío, del siglo XVI. Tiene un buen retablo romanista, obra del sangüesino Juan de Berroeta y del lumbierino Juan de Huici, del que los cacos se llevaron en 1981 un grupo de preciosos relieves, que siguen sin aparecer. Ni las rozagantes peonías ni los perfumados ramos de lilas moradas y blancas pueden llenar ese sonoro hueco.

Mientras bajamos por las siete calles, me van recordando mis amigos algunos de los hombres ilustres que nacieron aquí o pasaron por la villa: el jesuita Mauricio Iriarte Garayoa, filósofo e historiador; Auspicio Hernández (el popular «Santi de Andia»), que de maca aprendiz de barbería acabó siendo un célebre periodista deportivo, maestro en el género, al que yo leía como a un clásico en las páginas de *El Pensamiento Navarro*; mi profesor de latín, Don Juan Segura, que fue párroco de Sada una docena de años...

Nos paramos entre bellas casonas de piedra, con grandes arcos en la portada y labras góticas. Se conserva muy bien la casa de los Uriz, de dos pisos, galería con arcos, escudo y tres balcones. En la casa nació Don Joaquín Uriz y Lasaga, a quien le tocó ser obispo de Pamplona en los años difíciles de 1815 a 1829. Desterrado a Burgos por el gobierno constitucional, una partida de voluntarios realistas lo llevó a territorio francés, donde estuvo hasta la entrada de los cien mil hijos de San Luis.

Este obispo, que exhortó varias veces a la obediencia de la Constitución, tuvo un sobrino, Manuel Uriz, miembro de la Junta realista de Navarra, en cuya casa de Sada se reunió con frecuencia.

El hijo de Manuel, José Javier, fue un activo rebelde y, con el grado de intendente, fue fusilado por Maroto en 1839 en Estella. Otro sobrino, Pedro Cirilo Uriz y Labayru, fue obispo de Lérida y luego de Pamplona, en los años, no menos fáciles, de 1862 a 1870.

—Lástima que no podamos ver las bodegas.

Estamos en el vestíbulo de esta casa famosa. Tiene una buena escalera interior, un bonito suelo de ruegos y toda la severa consistencia de una vieja casa noble. Fue viniendo a menos, hasta que una sobrina muy anciana —que aquí llaman «la loca»— acabó vendiendo los bienes a buen precio a la gente del pueblo.

—De casa Uriz vivimos un poco todos —me dice el presidente de la Bodega.

En otra casa, más pequeña, con un largo balcón corrido, nació otro obispo, D. Francisco Baztán Urniza, que lo fue de Oviedo, entre 1905 y 1921.

La cosa es que no sólo la venta de bienes de casa Uriz, sino, mucho antes, la parcelación de los comunes, la llegada de la maquinaria —la primera trilladora en 1935— y los abonos, y la creación de la Bodega cooperativa fueron mejorando la situación económica del pueblo. Pero el precio que muchos pagaron fue grande. El «movimiento de los pobres», activo desde comienzos de siglo, tuvo que luchar denodadamente para que se llegase a la roturación de los comunales. Muchos mozos emigraron hacia América. Otros, niños aún, como Auspicio Hernández, fueron a Pamplona a ganarse la vida.

La villa ha tenido que perder más de la mitad de sus habitantes para que los que hoy quedan vivan mucho mejor. Afortunadamente éstos han aprendido la lección de sus antepasados.

También hay varias casas muy nuevas en Sada. Y un frontón cerrado en medio del pueblo. Y una fuente neoclásica. Y un crucero del siglo XVI, con cruz immaculista y fuste circular estriado.

Me dicen que dentro de unos meses se celebrarán las bodas de oro de la Bodega.

—Nosotros ya estamos celebrándolas.

Las últimas fotos. Y unas cajas de vino tinto y rosado para recuerdo.

-Para no olvidar.

-Pierde cuidáo.

Al salir, pasamos junto al Trujal Cooperativo «San Vicente mártir», otra muestra del esfuerzo y del éxito de estos hombres valientes y comedidos.

La regata de Leache hace bodas con el Vizcaya, los chopos por testigos, y de allí sale el Armillo, que baja al Aragón tan campante.

Pasamos bien por «la curva de la monjas», piadoso recordatorio de un trágico accidente. En un ribazo próximo vemos un coche vuelto al aire.

El penúltimo sol de esta tarde de abril pasa su rastrillo de luz sobre un campo de colza, que de amarillo se hace gualda y jalde. Nos paramos luego a ver el arco iris.

Las viñas están abriendo sus ojuelos verdes.

EN EL VEDADO DE EGUARAS

Hasta ahora abril nos ha traído las aguas cien, que no las mil que todo el mundo aguarda, después de un invierno seco, avellanado y antojadizo.

Por Todos los Santos no hubo agua en Estella ni nieve en los Altos. En noviembre el frío no mató la liendre. Vimos la cigüeña por San Blas, pero las nieves jamás. En febrero sí buscó la sombra el perro. Marzo no marceó, ya se verá si mayo marceará. El zaboño no trajo el agua en el moño. El bochorno frío no aumentó el río. Ni Castilla se puso oscura ni el agua ha sido segura.

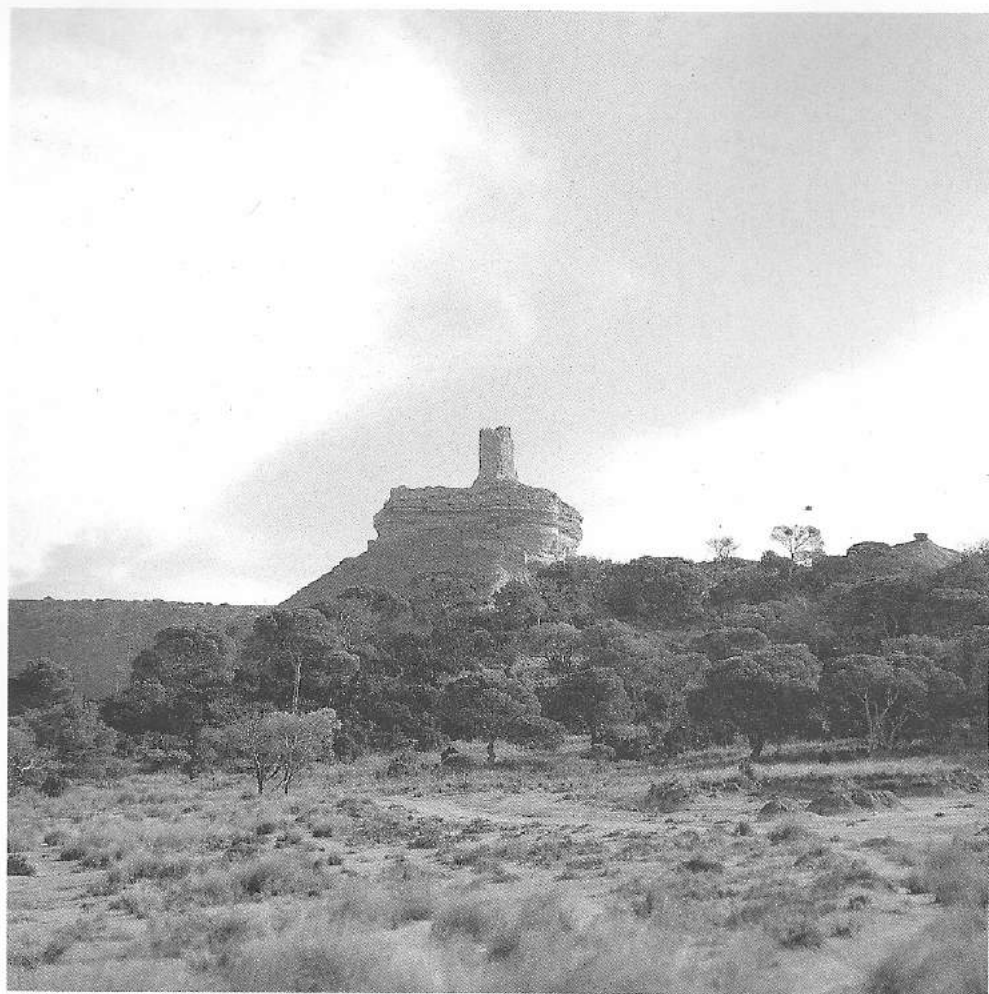
Esperemos que la gran secada nos traiga la gran remojada.

La remojada comenzó ayer con una lluvia discreta en toda Navarra.

Aprovechamos estas primeras aguas, que habrán limpiado la Bardena de polvo, para volver al Vedado de Eguaras, uno de los pocos restos que quedan de la Bardena primitiva.

Volvemos por el nuevo Rada, pueblo de colonización de los años cincuenta, rodeado de pinos, cipreses, abetos y chopos. Casas pequeñas y casi iguales, muchas alquiladas ahora a domingueros y veraneantes de fuera. Una torre sencilla, alta y exenta. Y mucho sol sobre la cal del caserío geométrico.

Encontramos en la calle a un taxista amigo que nos guía por sendas y caminos intrincados, pasando por el Canal de las Barde-



nas y el cortinón de pinos alepos, donde termina el Concejo de Rada, hasta dejarnos en el Plano de Carcastillo.

El cereal comenzaba ya a ponerse amarillo cuando le han venido encima las aguas. Los últimos barbechos acaban de ser labrados. Nos paramos junto a una cabaña en medio del Plano. Construida de ladrillo y teja, tiene dos pequeñas estancias, divididas por una media pared. Cada una de ellas tiene un gran fogón de piedras, con chimenea de campana, y una especie de lavadero o abrevadero largo. En el cemento de uno de los fogones, donde se ven unas cáscaras de huevo, hay una fecha: 12-2-76. Sobre el tejado, dos pequeñas chimeneas.

Vemos a lo largo la quilla terrosa de Cornialto y nos dirigimos hacia donde despuntan los pinos verdioscuros del Vedado. El Instituto Técnico y de Gestión del Cereal (ITG) nos anuncia que sobre una finca prieta de hierbajos ensaya un tipo de abono.

Un pastor maduro, acobrado, más que bronceado, por el sol, sentado en un ribacillo, guarda un rebaño de ovejas lanosas y grisáceas, que pastan en uno de los pocos terrenos no cultivados que quedan.

Le preguntamos por la mejor entrada al Vedado, y él se levanta y nos indica con la cayada:

—Donde aquellos pinos, a la derecha.

Le preguntamos un poco por todo. No ha leído lo que los papeles de Pamplona traen estos días sobre los pastores de las Bardenas. Nació en Güesa y vive ahora en Valtierra. Tiene un rebaño de ovejas y las vende en vivo a los carniceros de la zona. Ninguno de sus tres hijos tiene interés por la ganadería y él mismo cuida del rebaño, hasta que llegue la jubilación, que está al caer.

—¿Pero va todos los días a casa?

—Eso sí.

—¿Vida dura?

—Hombre, hay que estar a las duras y las maduras, igual cuando quema el sol que cuanto te lleva el usín.

—¿El qué?

—El usín; bueno, así le decimos por aquí. Es el aire que cuando nieva te arrastra casi y no deja ver.

(Miro después el diccionario vasco y, en efecto, *osín* significa ventisca de nieve).

—¿Hay muchos pastores en estos pueblos bardeneros?

—De Valtierra somos unos treinta, aunque algunos andan ahora por las corralizas.

—A ver si lo vemos luego a la vuelta.

—Estaré igual con el rebaño en la balsa por donde van a pasar.

Entramos por el Val de Ochoa, y dejamos a un lado un pozo subterráneo, ahora seco, uno de los que hizo hacer la Junta de las Bardenas, suprema autoridad por estos pagos, para recoger agua. La balsa, de la que nos habló el pastor, es una tosca excavación en la ladera del pinar, que recoge malamente el agua de las lluvias.

Subimos por el pinar para seguir por el límite del Vedado y del Plano. Entre pinos carrascos florecidos, coscojas y enebros, nos alegra y nos perfuma el romero, que aquí es romeral, con sus ramas altas, angulosas y frágiles, sus hojas coriáceas, sésiles, brillantes, y sus espigas de flores bilabiadas, lila-celeste. Su nombre latino *ros marinus*, rocío de mar, nos recuerda el hondo origen de estas lueñas tierras.

Huele a «agua de la reina de Hungría», que se hace con sus hojas, y a colirio, que se hace con sus flores.

Desde la orilla del barranco se ve bien la vallonada inferior que constituye el Vedado de Eguaras, que, como su nombre declara, es un coto o cerrado por ley u ordenanza. En este caso, coto redondo señorial, limítrofe con Arguedas, de una legua cuadrada de extensión. Los caballeros e infanzones de Arguedas tenían cierto derecho al disfrute de la dehesa de Peñaflo, que así se llamaba entonces. En 1357 el terreno era vedado del rey navarro, quien lo dio en arrendamiento. A principios del siglo XVI pertenecía a

Isabel de Foix, viuda del condestable Mosén Pierres de Peralta, la cual nombró por heredera a la reina Doña Catalina, su prima. Pasó pronto a la casa de Juan de Eguaras, y de ahí su nombre actual.

El haber sido de propiedad particular hasta hoy mismo, a diferencia del aprovechamiento secular de los pueblos congozantes, le ha hecho conservarse tal cual es, pequeño oasis de vegetación arbórea en medio de las terrazas cerealistas y el semidesierto de la Bardena Blanca, blanca por el salitre que sudan sus tierras.

Cuando llegamos andando un buen trecho, podemos ver desde arriba los fantásticos escarpes formados por la erosión secular, a modo de farallones, en la parte sur de la terraza aluvial que es el Plano de Carcastillo. Quiebra continua, llena de brechas abiertas por las aguas y vientos, deja distinguir bien una estrecha superficie oscura, compuesta por la tierra aluvial, mientras el resto inferior lo constituye la arcilla rojiza, en cuyas repisas y huecos anidan búhos reales, alimoches, cuervos, chovas y grajillas.

En Navarra llamamos a estos escarpes cortadas o cortados, como cortados a pico que son.

De pronto vemos a lo lejos unos puntos oscuros sobre una de las repisas de estas rocas que los geólogos llaman no consolidadas. ¿Buitres, águilas? No hemos andando cien pasos cuando, uno tras de otro, los majestuosos pájaros, que son buitres comunes, agudísimos de vista, se echan al aire, pausados, elegantes, dominadores del espacio, nos sobrevuelan a un tiro de ballesta, y no se quitarán de encima de nosotros hasta que nos hayamos alejado lo suficiente como para no crearles peligro alguno. Son catorce en total. ¿Vigilan su colonia de nidos, ahora que los pollos están aún dentro, o su terreno de caza?

Lo cierto es que, mirando por nuestra piel, apretamos el paso, nos alejamos del borde de las cortadas, y marchamos a campo traviesa hasta llegar al camino ancho de la cañada.

No es cosa de risa ver estas bestezuelas tan grandes y rápidas, con sus cuellos mondos y sus negras rémiges, tan cerca de nosotros.

Oh, cómo nos holgamos todos cuando los vemos altos, lejos, aunque todavía no hayan disuelto el grupo.

Los buitres nos han impedido hasta ahora contemplar el castillo de Peñaflor, uno de los varios levantados en la Bardena navarra en tiempos de Sancho el Fuerte, con el fin de guardar la frontera con el vecino Aragón y defender la zona del bandolerismo que campaba en ella. De estos bandidos hablaremos otro día.

La Bardena Blanca, la que vimos aquella misma mañana desde el Yugo, está largo rato ante nuestra vista.

Bajamos luego a trompicones hasta la hondonada, por la pendiente resbalosa, y damos en el espartal que cubre buena parte del llano que degradó el sobrepastoreo. El albardín y otras hierbas esteparias colonizan los alrededores del castillo.

Este debió de reducirse desde un principio a una torre central, que servía a la vez de atalaya y de alojamiento a la pequeña guarnición, y a un recinto amurallado en torno de aquélla. Aún se distinguen bien el recinto y la torre; tiene ésta unas muescas donde antes debió de haber almenas. Como en toda la Bardena, la arcilla del cabezo, donde se monta la antigua fortaleza, se erosiona cada día más, y sobre él resisten a la intemperie, más mal que bien, las calizas, las areniscas y los yesos que forman la base misma del castillo.

Pinos y tomillos, ontinas y sisallos adornan este espeluznante fantasma medieval.

Un escalador, solo, hace pruebas sobre el borde del muro. Le gritamos desde abajo

—¡Animo!

Desde que el novelista Navarro Villoslada situara aquí buena parte de su novela *Doña Blanca de Navarra*, el castillo lleva el nombre de la reina. El pastor de Valtierra nos ha dicho que, estando cautiva aquí Doña Blanca, un pastor la liberó y la reina entonces le regaló el castillo.

—No es que esté muy seguro, vaya, pero creo que es así.

—Bueno, ¿por qué no?

Se levantan graznando dos cuervos pero no vemos a los buitres.

Junto a la vieja Casa del Guarda —escudo de yeso, dos viviendas vacías, basura alrededor— un melocotonero florea sin pedir permiso a nadie. De la balsa vecina, con carrizos y cañas, vuelan dos patos alborotadores. Encontramos en el camino otras dos balsas con agua y algunas ranas. A nuestra derecha se extienden campos de labor, unos sembrados este año, otros en barbecho.

—¿Es buen sistema el del barbecho?

—No, señor, porque se pierde el tiempo y porque en un mismo terreno pueden cultivarse todos los años otras plantas sin gastarlo ni empobrecerlo.

...

—¿Cómo se sustituirán los barbechos?

—Con la alternativa de cosechas».

Así dice el ponderado y erudito *Catecismo de Agricultura*, de R. G. González, que me regaló en las últimas Navidades el Sr. Ministro del ramo y que yo tengo para estas materias como libro de cabecera.

Tres perdices gatean tontas, y se pierden por fin en la maquia.

Pronto nos desviamos del camino natural que nos llevaría, si le dejamos, hasta la salida oeste del Vedado, y retomamos el del Val de Ochoa, recuerdo sin duda de los lobos medievales.

En el matorral denso crecen enebros, sabinas, romeros, aliagas, jarillas, bufalagas... pero sobre todo el lentisco, que es aquí también verdadero lentiscar. Altos y robustos, muchos lentiscos tienen algunas hojas rojas o rojizas y comienzan las flores a salir en pequeños racimos. Huele a esencia, y la ramita rota a trementina.

No está el pastor de Valtierra junto a la balsa.

Por el camino recién llovido hormigas innumerables van levantando innumerables pirámides pequeñas de tierra blanda. Basta mirar con atención para ver removerse una pizca el montoncillo con

una nueva paletada hormigueril. Los caminos del Plano, entre campos de cercal, son una conspiración de hormigueros.

Volvemos atravesando el cordón de pinares fronterizos de Rada.

Queremos llegar al pueblo por la vía recta, pero, por más que nos empeñamos en sortear o remontar los barrizales de los caminos, mientras las acequias encharcan los sembrados, no llegamos a ninguna parte.

Por fin, mientras se cierra la noche, acertamos, tras vueltas y revueltas, a desembocar en la carretera de Caparroso.

Nos parece que venimos de no sé qué aventura lejana.

HUERTA DE TAFALLA - PASCUA FLORIDA

Hemos ido a Tafalla a pasar la mañana de Pascua. Sobre la tierra endurecida por un invierno seco como no se ha visto desde hace muchos años, coquetean los cerezos, los perales, los alberchigos, los melocotoneros..., con sus sueltas cabelleras primaverales. Levantan los trigos y cebadas a duras penas su primer talle y las gentes salen por los caminos y carreteras en busca de no sé qué dicha que no encuentran en casa.

En el Convento de las tías Concepcionistas, llamadas Recoletas, es la fiesta mayor del año. Nos sacan en el recibidor unos aperitivos caseros que para ellas son manjares. Una visita a un convento de clausura es siempre una visita al hondón cristiano, a la misma hondura humana, casi siempre ocultada, casi siempre oculta.

Las tablas de Rolan de Moïs y de Pablo Ezchepers, pintores traídos de Bruselas por el duque de Villahermosa tras las honras fúnebres de Carlos I, florecen espléndidas de manierismo veneciano, romano y florentino, con unos toques flamenquizantes. La anónima mazonería, monumental y esbelta, que conjuga temas manieristas con motivos platerescos, está vivaz y alborozada.

El Cristo Resucitado de la puerta del sagrario, obra tal vez del maestro escultor de Sangüesa, Juan de Berrueta, concentra litúrgica y teológicamente, que no artísticamente, en su derredor, a los evangelistas, padres de la iglesia, virtudes cardinales y teologales, ángeles y santos, y hasta a las tres grandes composiciones del

Nacimiento, la Epifanía y la Asunción, joyas del retablo y del monasterio.

Tras ver tanta maravilla, se me ha caído de las manos este romancillo que, una vez recogido, se lo paso al lector:

Huerta de Tafalla.
Pura primavera.
Los cerezos albos
con la flor despierta.
Retozan los montes,
los trigos campean.

Fiesta de la Pascua
en las Recoletas.
Con el gozo santo
goza la pobreza
y se abre el silencio
en luces de fiesta.

Resucita el Cristo
de Juan de Berrueta
entre cuatro grandes
padres de la Iglesia.
Se avivan los oros,
las tablas y telas.

Angeles y niños
desnudos revuelan.
Los Evangelistas
a escribir se aprestan
y todo el retablo
brilla con luz cierta.

Huerta de Tafalla.
Pura primavera.
Los cielos son nuevos
y la tierra nueva.
Los pecados viejos
y la noche vieja.
Cristo entre los muertos
y la muerte muerta.

GALLIPIENZO DESDE EL ARAGON

Hay que ir en estas fechas por Tafalla.

El camino de Tafalla a Gallipienzo es uno de los más bellos, ya lo he dicho otras veces, que podemos recorrer. Y qué gran contento nos da el recorrerlo.

San Martín, bodeguero primero, artístico después, y siempre vitícola, está ahogado de verdes.

Cerca de Lerga vemos el primer abejaruco, rojo, amarillo y azul, que de buenas a primeras nos parece un loro y luego lo reconocemos por el pico con el que aquí horada el aire.

Todos estos pueblos tienen escrito en sus viejas y ejemplares bodegas cooperativas el anuncio clásico: «Vinos tintos y claretes». Lástima que ahora tengan que llamarse «rosados».

Ayesa me recuerda siempre una tarde inolvidable de visita y convivencia, y mi promesa de volver allá.

Un tractorista nos indica el camino:

—El primero a la izquierda, hasta el puente.

Vemos Gallipienzo viejo, allí arriba, como una aparición entre nubes, y ya no lo dejamos de los ojos.



Ayer llovió recio por aquí, el sendero está blando y pegajoso, y llegamos como podemos hasta el puente.

Viene el Aragón, barroso, solemne, severo, procesional.

El puente románico («ciento y diez pasos de largo») fue destruido durante la guerra de Sucesión por las tropas aragonesas partidarias del Archiduque y tuvo que ser reparado poco después. De los dos tajamares, uno, el del Norte, parece reciente, lo mismo que el contrafuerte del sur.

Hace un sol fresco, radiante y sosegador. Hace primavera, de ésas que apenas conocemos por nuestra tierra.

¿Por qué cantan tanto los pájaros por aquí esta mañana? ¿Por qué tan fuerte? ¿Les obliga a eso la corriente del río? ¿O sienten que no se les oye? ¿O porque están seguros en los sotos? Uno no es, desgraciadamente, experto en cantos de pájaros, pero en los kilómetros a la redonda que recorreremos esta mañana oiremos los conciertos de las totovías, alondras y calandrias reales; los incesantes gritos de los abejarucos; los gorjeos repetidos del ruiseñor común —que se empeña en ganar todos los concursos—; el reclamo de la curruca rabilarga, y los jijeos del martín pescador.

Por un sendero de cascajos, estrechado a ratos entre paredes de conglomerados y areniscas, subimos a un pequeño promontorio. Desde allí volvemos a mirar Gallipienzo.

Vemos muchas jaras blancas, que los libros llaman también jaguarzos, sonrojadas tenuamente de rosa. No es fácil encontrarlas por estas latitudes. Exhalan un olor silvestre y grave y sus flores son delicadas y tiernas como mariposas.

El mapa de la excursión nos señala la vía por el fondo de una vaguada, en el linde de los pinos de repoblación, a los pies de Peñas Altas, que es la montaña casi gemela de San Pedro, algo superior. Pero nosotros queremos andar esta mañana junto al río.

Nos desviamos pronto, antes de llegar al Corral de Zubiri, bajamos por los ribazos donde crecen los pinos carrascos y atravesamos largos trozos de maquia y de garriga, entre bojés, chaparros,

árgomas, coscojas, sabinas, majuelos, labiérnagos, durillos... para llegar de nuevo a la ribera del Aragón, por donde desfila la luz y el esplendor de mayo.

Gallipienzo, ya sin el arrojado castillo cimero de su historia legendaria, se agazapa sobre las penúltimas breñas del monte, resguardándose del cierzo tras el roquedo alto, doméstico animal distendido, empinando las dos orejas de sus torres para oír bien lo que pasa, todo ojos de ventanas, balcones y campanarios.

Tal vez es éste el tramo de río caudaloso que mejor conservamos en Navarra. Casi todos nuestros ríos grandes han sido convertidos en canales.

Tomamos el camino de Carcastillo que se ajusta a los retortijones de anguila que hace el Aragón. Por la derecha, un poco más alejado del cauce, se abre paso el camino de Murillo.

Arces de Montpellier, fresnos, olmos, romeros ya sin flor, durillos, álamos, lentiscos, saúcos, carrizos, coscojas floridas, zarzaparrillas... Entre las nuevas flores abiertas, las más vistosas son las campánulas azules que repican a los ojos y, cerca ya del río, las bocas de león que se prenden a los escarpes y se dejan admirar también en las ombrías de la ribera.

Huele a miel repartida por todas partes, a néctar de flores.

Salta el agua de una pila rebosante, después de caer sobre ella con estrépito desde el monte.

—No bebas.

Gallipienzo se defiende entre los picados de rocas, sobre un cerro arisco, huyendo todavía, en sueños, de todas las invasiones que puedan venirle por el Sur y por el Sureste, desde Aragón. Por eso tiene bien distribuidas sus dos iglesias medievales. San Salvador y San Pedro, una arriba y otra abajo, con sus cuerpos y sus torres siempre a la defensiva.

A un lado de la presa, cerca de un chiringuito, vivaquean unos grupos que han venido hasta ahí en seis coches. Al otro lado, junto

a la Central de la Cueva, hay también coches, y varios pescadores que están a lo suyo, cejjuntos y obstinados.

La presa se rompe en una gran carcajada fluvial y satisfecha porque a este río, y menos este año, no hay quien lo detenga o lo engañe.

Caen las doce de la iglesia de San Pedro como si cayeran doce regalos del cielo primaveral.

Una oropéndola macho, amarillo vivo y negro, cruza veloz entre los fresnos de la orilla. Este pájaro raro y tropical, que llaman «sinoficio» o «martintorero», es tan bello que parece escapado de una jaula de la diosa Diana.

Milanos reales, «robachitas», sobrevuelan altos las aguas y las riberas, mientras el águila, coronada, sostiene un castillo de oro en el escudo de la villa.

Gallipienzo, visto desde las orillas del Aragón, es a ratos la augusta fortaleza que nos desafía, a ratos el castillo natural venido a menos que nos implora, y a veces el animal acosado y fugitivo que queremos salvar y conservar, casi como en tiempos de Felipe V.

La villa pasó, hace años, malos trances. Fui testigo cercano. Su situación orográfica y económica estuvo a punto de costarle la existencia misma. Pero hubo gentes que resistieron hasta el final y la salvaron. Las casas más bajas, sobre los últimos bancales de las eras, están vacías o semiderruidas. El frontón conserva aún aquel verde eléctrico de los años sesenta. Las casas de arriba se levantan, se restauran, se embellecen. Todos sus vecinos, desde el privilegio de Don Juan y Doña Catalina, son francos, ingenuos, libres e hijosdalgo.

Sobran los colores blancos, porque el color de este pueblo límite y vanguardista debe ser un color defensivo, austero, apegado a la tierra y a la roca, disimulado, color risco de frontera.

Una mujer gruesa y rubia, con tejanos, el pelo recogido sobre la nuca, mantiene la caña con el anzuelo dentro del río. Da como

miedo gritar desde el puente, que siempre parece inseguro. Un hombre que está con ella, mira detenidamente algún pez que acaban de coger.

—¿Qué es?

—Una anguila —nos grita la mujer.

Así es. Una anguila se retuerce en la hierba, todavía látigo de agua, azogue de río, relámpago de vida antes de morir.

—¿Hay madrillas también?

—Y truchas americanas. El otro día se llevaron anzuelo y todo.

—Junto a la presa están pescando también.

—Sí pero dicen que por ahí hay muchas culebras.

—Vaya. Buenos días. Suerte.

—Buenos días.

Volvemos por Aibar. Si yo fuera alcalde, prohibiría encalar las casas y haría desencalar las encaladas.

Aibar tiene que conservar ese color de siglo XIII que es su mejor belleza, su más propio atractivo. Cosa que sabe el más porro del mundo.

—Esto no es un caserío entre maizales, hombre. Esto es una fortaleza medieval por fuera, donde la gente debe vivir por dentro con la comodidad del siglo XX.

—Eso, eso.

—Bien dicho.

Está la mañana tan transparente, que hasta distinguimos un gavilán en el espacio y vemos un trozo de acueducto que nunca habíamos visto.

Venimos enamorados de Gallipienzo, como si nos hubieran dado un bebedizo.

—No hay nada como Gallipienzo visto desde el Aragón.

POR OTAZU

El día del Corpus sacó ayer sus mejores galas de luz y de temperatura, que sólo pude adivinar desde el avión. Pero esta mañana estaban otra vez las nubes nublándolo todo.

Por la tarde se les ha escapado el sol, y sabiendo como sabemos que la Cuenca de Pamplona está todavía verde y para poco tiempo, nos hemos ido a un lugar preferido e incomparable: a Otazu, hoy en manos de «Semillas Ebro».

Nos hemos acercado por arriba. Visto desde Echauri, lleno de rosas y de letreros en las paredes a favor de ETA, el palacio de cabo de armería, de origen medieval, se disimula entre una fronda de árboles sombríos junto al río. Entre árboles y surcando el cielo azul lo pintó Basiano.

—¿No te recuerda un poco a los del Loira?

—Un poco.

Bajamos, entre rosas caseras y rosas silvestres, hasta el puente, frágil y romántico, que canté otro día en letrillas de madrigal.

Volvemos a pasar miedo.

—Ya está.

—Qué alivio.

Dejamos el coche en cuanto podemos, y vamos a coger al sol sobre el repecho, emboscándonos en una floresta de robles.

Habita el bosque a estas horas una penumbra serena y como encantada. Lo atravesamos de puntillas, con miedo a deshacer el embrujo. Subimos la rampa resbaladiza del pinar y nos ponemos a pasear al sol, entre grandes hierbas, lirios azules y matas de madre-selvas que huelen a princesas.

Echauri se distiende bajo la Peña y se defiende sobre el Arga, con casas nuevas a cada lado.

Cuando el sol se entibia, bajamos hacia el llano, entre pinos y retoños de olmos, sorprendentemente vivos.

Un rectilíneo camino bordeado de plátanos, resto de los bellos caminos de estas fincas nobles, deja a un lado un campo de tabaco y al otro uno de alfalfa lleno de tubos de riego. Nos paseamos una y otra vez por el ambulacro. El sol es débil y comienza a airearnos un vientecillo norteño y enredador.

Al campo enverdido de la Cuenca se le ha puesto en cuatro días un color verde manzana que empieza a madurar. Las cebadas caballares verde azulosas, están agachadas de tanta lluvia. Desde el avión parecen mordidas por una gran bestia. Las cebadas cerveceras no han podido crecer ni madurar y están raquíticas y pajosas. Los trigales, en cambio, tienen la color verdemar, y olean.

*Muchedumbres de trigos
en un rumor terminan.*

El ciercillo marea también las copas de los pinos, cipreses y cedros que guardan el viejo palacio, mientras la iglesita románica se reafirma en su tronco secular.

Tiembla la hora del atardecer, pían temerosamente los gorriones, y sobre los troncos derribados de los olmos muertos pasa el recuerdo frío de otras primaveras frondosas y pujantes.

Nadie está seguro de que la noche que se le viene encima vaya a ser como las demás noches. Y la ternura nos abre su regazo.

El caserón rectangular, donde viven algunos de los pocos colonos que quedan, tiene las paredes blancas, las puertas verdes, y rejas en las ventanas de abajo. Nos recuerda los caserones campesinos italianos de la película *Novecento*.

Son casi las diez. La luz de la tarde queda aún suspendida en el centro. Hemos salido en su busca y no podemos desasirnos de ella.

*Esta luz antigua
de tarde feliz
no puede morir.
Ya es mía, ya es mía.*

Nuestra, maestro Jorge Guillén.



POR EL VIEJO CAMINO DE ARIA A GARRALDA

Tomar con sosiego el camino de Aoiz a Oroz-Betelu y de allí hacia el Valle de Aézcoa es tomarse uno de los más gratos respiros ecológicos y adentrarse poco a poco en uno de los parajes más gratos que nos quedan en esta Europa verde de nuestros amores.

Llegamos a Ariztoquia –así se llamaba también el primer autobús de viajeros que recorrió estos lugarotes– y, como su nombre lo dice, sentimos el gozo desnudo de encontrarnos en uno de los más espesos y valiosos bosques de roble albar (*quercus petraea*), de limbo grande y bellotas de pedúnculo corto, indiferente a la naturaleza del suelo pero ávido de luz, resistente a la sequedad y al frío, y longevo hasta los 500 años. Su copa alargada, su tronco recto y estirado, su corteza parda y sus ramas regulares, el verde intenso y brillante de sus hojas simples, alternas y lobuladas, lo distinguen bien de otras especies inferiores.

Nada de pararnos esta vez en el mirador. En el cruce, tiramos hacia la izquierda y en un santiamén nos plantamos en Garralda.

Vi despaciosamente este pueblo pirenaico un día en que fui a visitar la concentración escolar, motivo entonces de un pequeño conflicto. Ahí está, sobre una leve ladera, rodeada de hierbas altas, un tanto envejecida y con el campo de fútbol al otro lado del camino.

Todos estos pueblos de la Aézcoa, un día almiradí, sufrieron de lo lindo durante las luchas entre agramonteses y beamonteses en la segunda mitad del siglo XV, y, antes y después, a causa de los pleitos sonados con los vecinos de Ultrapuertos, casi siempre por cuestiones de límites y por derechos de pastos.

La guerra llamada de la Convención fue declarada por el gobierno revolucionario francés el 17 de mayo de 1793. En el verano de ese año hicieron su entrada en el Valle de Aézcoa varios contingentes de tropas francesas, que se dedicaron al incendio, a la destrucción y al pillaje. El total de casas aezoanas incendiadas ascendió a 247, a las que hay que sumar algunas iglesias y muchos hórreos y bordas. Por si fuera poco, tuvieron que padecer, a los pocos años, la guerra de la independencia, la realista, y las dos carlistas que la siguieron. El 17 de enero de 1834 publicó Zumalacárregui en Garralda un manifiesto conciliador tras haber repelido rápidamente a los aezoanos en el término de Navala, entre Roncesvalles y Burguete.

Garralda se incendió por última vez en 1898, año de desgracias múltiples, como se ve. A la iglesia románico-ojival sucedió la actual, obra de Víctor Eusa reformada posteriormente por Garraus. Tiene una torre en forma de pirámide y luce pinturas murales de Bartolozzi y Lozano de Sotés.

Garralda tuvo un día fábrica de paños, ferrerías e hilados de lana. Hoy vive de la ganadería y de la riqueza forestal del Valle.

Nada más salir del pueblo, encontramos a un pastor que lleva su hato de ovejas al pacerero. Al principio se nos antoja zahareño, pero no, no, pronto rompe a hablar y con él estaríamos aún si de él solo hubiera dependido.

Garralda se nos aparece desde aquí disperso, por cinco barrios, en una suave y larga hondonada a los pies de una hilera de cerros poblados de robles y de matorral. Bonitos nombres: Cherbola, Betelu, Vidrós, Badriaga... La casa del Ayuntamiento es un edificio moderno de tres plantas, casi todo de piedra, con pretensiones de «manoir» francés y un bar en la entreplanta.

El pastor se queja de que el pueblo vaya para abajo, de que se mueran muchos y nazcan poquísimos.

—Y todo el que puede se queda fuera.

Tiene todos los hijos por ahí, excepto el pequeño que aún va a la escuela.

—Ninguno quiere ser como su padre. Es mucho trabajo y hay que estar siempre encima.

Tiene vacas, ovejas, tierras y, además, hace queso en casa.

—¡Y luego se queja usted!

Reparte entre unos y otros los males de la crisis de la patata y del fracaso de la escuela agrícola de Roncesvalles, pero habla bien de la fábrica de queso que funciona allí desde hace poco tiempo y en la que él tiene parte también.

—Así que no pierde usted el tiempo.

—Se hace lo que se puede.

Salvamos la alambrada. Una decena de alambradas tendremos que salvar durante el paseo. Vamos el viejo camino de Garralda a Aria y viceversa, que pronto se interna en un bosque de robles albares y peludos. Se entreveran algunos arces comunes, serbales, acebos, bojés y avellanos. Cantan zorzales y pinzones, y sobrevuelan dos rapaces que no acierto a identificar.

A los lados del camino esplende la plena floración de junio: escabiosas, primaverales, llantenes con sus antenas blanco lilas, cincoenramas grandifloras, betónicas, retamas de olor, tréboles, cuernecillos, velosillas, galios, hierbas de San Roberto, viboreras, brecinas, ranúnculos de montaña, clemátides con su olor a miel suave...

Terminado el trayecto bajo los acantilados del Erondoa, nos quedamos suspensos y embebecidos en un altillo sobre el Irati. En uno de sus bucles se asienta Arive o Aribe, el pueblo más bajo y céntrico de Aézcoa. Con sus dos docenas de casas, casi todas a dos aguas y tres plantas, como en todo el Valle, y reconstruidas tras el

incendio por los franceses en 1794 y por los carlistas en 1837. Hay alguna edificación muy reciente y no de las mejores.

El puente medieval de tres ojos hunde en el río claro y frío las pesadas pezuñas de sus tajamares triangulares.

Corusca el Irati entre los hocinos, resbalándose por las losas escalonadas de su cauce; se remansa, apacible y fresco, junto a la central eléctrica «Aizpea», montada sobre el viejo molino, y se pierde, fúlgido, entre arcabucos de robles. Arive es desde aquí un poblado de gnomos gigantes. Ahí abajo anda el presidente de la Junta del Valle trabajando en su gasolinera.

A nuestra izquierda saca su pecho bizarro el Petxuberro. En el alto prado, llamado Pitiberro, cerca de la cumbre, se reunían «sorguiñas» y «lamias» antes de recogerse al canto del gallo. Más allá centellea la furiosa dentadura del Berrendi, la primera de la Sierra de Abodi. Enfrente, se yergue la Peña de Sanagra.

No andamos muchos metros cuando desembocamos en un declivio que, entre sombrillas de avellanos, astolarosas, sauqueras y zarzales, nos lleva hasta las primeras casas de Aria. Una fuente no esperada nos refocila y nos aserena.

Entramos como nuevos por mitad del caserío, que se acomoda entre frutales, en una ligera pendiente, que baja del monte Arit-zayana. Pedimos la llave de la iglesia en la casa más próxima y tenemos suerte. La portada es románica, con dos archivoltas de arista viva. La torre y la techumbre se quemaron en 1611. Sobre un piso de imágenes de la escuela de Olot, la talla del patrono San Andrés en el retablo barroco impone más respeto que devoción. En la capilla bautismal admiramos la arquería ciega de medio punto en la copa de la pila, según la tradición románica. Por todas partes, flores de tela.

Subimos al campanario, sitio propicio para romperse la crisma sin dificultad, si la vista no funciona del todo. Dos campanas rechonchas de la casa «Isidro Albizu» esperan las manos de hierro que sepa tocarlas. En la destartalada estancia se guardan las cruces de la romería a Roncesvalles.

Salimos y nos acercamos al hórreo —*garaia o gareá*— de Iturralde. Casita a dos aguas, levantada sobre pies derechos de piedra, provistos de losas circulares a modo de capiteles para impedir la entrada de roedores, algunos conservan aún la cubierta de tablazón en solape.

Miren de Inchausti estudió hace años las labras heráldicas y de significado religioso, rústicas o modernas, que adornan las portadas del pueblo. Aún queda algún tejado tradicional de tablillas de haya (*olak o aholak* = cabaña), que era el más seguro para los días de vendaval o de ventisca. Esto mismo nos ha dicho el pastor de Garralda hablando del bochorno y del solano, que levantan los tejados. También se ha referido al viento del noroeste, pero, como no es de origen aezcoano, no debe de conocer el «zearaize», que viene del mar y que también levanta tejas. De ahí el empleo, cada vez más frecuente, de la uralita, tan fea de ver.

Junto al hórreo, al que da nombre, hay una fuente con aska y dos grifos con cabezas de león, en hierro, dentro de una estructura de piedra, estrenada en 1933. Fue una donación de «Antonio Aróstegui a su pueblo», como reza la inscripción. Este señor nació el año 1843 en Arive, hijo del guarda de la presa-esclusa. Hizo dinero en Buenos Aires y subvencionó, entre otras construcciones, la nueva iglesia de Garralda, donde fundó en 1910 un colegio-escuela; el año 1924 dotó su gran obra de las Escuelas Profesionales Salesianas de Pamplona.

Dejamos Aria. Nos apena ver alguna reciente ampliación desafortunada de la casa tradicional. Un huerto en declive se ha convertido, con fortuna, en parque infantil. Por ribazos y taludes crecen rosales, saúcos, bocas de dragón, cuajaleches.

Por un camino pedregoso, antigua calzada ya deshecha, entramos en un bosque de robles y en un sotobosque de rosales silvestres, enebros, éléboros, cañuelas, barbadejos, adelfillas, alheñas... Salidos al claro, nos abrimos a un vasto horizonte soleado donde se levanta la grupa del Ortzantzurieta, precedido por el Otsolezea. Tras el valle que drena la regata Aztapar vemos las cimas de Abracoa y Aitza y, a la derecha, el Agaibel defendiendo la vallonada que abre el Irati, donde se asientan Orbara y Orbaiceta.

A un tiro de piedra un grupo de hombres cargan madera en un camión. Les gritamos:

—¿A Garralda por aquí?

—Por la izquierda.

—Gracias.

Andamos pasicortos y flemáticos, gozosos y contemplativos. Dejamos atrás Bultzarregui o Bultzarrería y nos metemos por Zelaya (prado o paraje llano, en euskara) donde, fuera de algunos patatales cercados, prosperan las «hierbas altas»; donde colorean angélicas, perifollos bordes, árnicas, amargones, búgulas, ranúnculos, margaritas mayores, tréboles, amapolas...

No acertamos a saltar una valla de alambre y hemos de dar un gran rodeo. Divisamos un grupo de casas de Garralda y, por fin, por una senda semiborrada alcanzamos un camino más corto que nos baja hacia el pueblo, pasando junto al depósito de aguas.

Recalamos en el bar del Ayuntamiento. Sorprende, siendo un lugar público como es, encontrar en la barra del bar sólo el diario cercano a una organización terrorista, y ver en la tablilla de anuncios lemas, dibujos y pegatinas de propaganda del abertzalismo radical, junto con una revistilla en vasco titulada «*Resiste*».

Pero no por eso la coca-cola deja de estar fresca y apetitosa.

A la salida del pueblo nos paramos a ver el crucero, decorado con las típicas «pomas» románicas, fuste renacentista y una cruz inapropiada, que sustituye a la destruida en el fatídico año 1794.

Seguimos por el corredor que nos lleva a la carretera Pamplona-Valcarlos, entre la vertiente septentrional del macizo de Arce, formado por areniscas y conglomerados rojo vinosos, y, al otro lado, una serie de montañas calizas, como el Olequin y Arreguía. Campos de patatas, prados, bordas, algunos caballos y yeguas.

En Esteribar los cebadales comienzan a estar ceriondos.

Hace calor y nos falta el «zearaize» de la Aézcoa.

INDICE

Prólogo	7
Fuegos sobre la Ciudadela	11
Hacia el caserío legendario de Amocáin	15
A Europa van los caminos	21
Sagaseta y Alzuza un día de tormenta	23
Leizalarrea	29
Un bautizo en Aralar	35
En la plaza de Urroz	39
Sobre la muerte y los muertos	45
El castillo y el convento de Marcilla	49
Navarra desde el Parlamento Europeo	59
Bajaba la nieve	63
Setuáin, Zay y Errea	65
Arrieta y Villanueva	71
Desde Bigüezal a la Sierra de Leyre	79
Cuando no llueve en Ibarroyora	85
Mundo como cárcel	93
Roncesvalles-Lindux-Roncesvalles	95
José Martínez Chueca	101
Del Irati al Irati por Lacabe	103
Alrededor de Arquijas	109
Desde mi ventana	117
Excursión a Navarzato	119
Aquel 23 de abril	123
Leache, Ezprogui y Moriones	127
Sada y su bodega	133

VICTOR MANUEL ARBELOA

En el vedado de Eguaras	143
Huerta de Tafalla-Pascua Florida	151
Gallipienzo desde el Aragón	153
Por Otazu	159
Por el viejo camino de Aria a Garralda	163

«POR NAVARRA»

Títulos publicados:

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU

Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA

Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES

Tomo IV: DE FITERO A LARRA

Tomo V: DE ABLITAS A LESACA

Tomo VI: DE PAMPLONA A LA AEZCOA

Sobriedad, precisión y una copiosa riqueza de vocabulario que impresiona, especialmente cuando de nombres de la vegetación se trata, o de caracteres y accidentes del terrazgo. Parece como si al poeta se le hubiera incorporado el botánico o el geólogo, remediando así la parquedad del léxico campesino y aun ciudadano, que resume en generalidades la incitante variedad de la naturaleza.

Si a esto añadimos actualidad social y tipismo de carácter en las gentes, todavía nos queda la noticia de restos que el pasado nos ha legado en arte, más el trasfondo de una historia evocada en el escenario correspondiente.

De aquí que estos libros proveen tanto de instrucción como de gozosa lectura, sin estrechez localista pues la perspectiva humana de Arbeloa, resulta de aplicación que alcanza y vale a todos.

Francisco Indurain